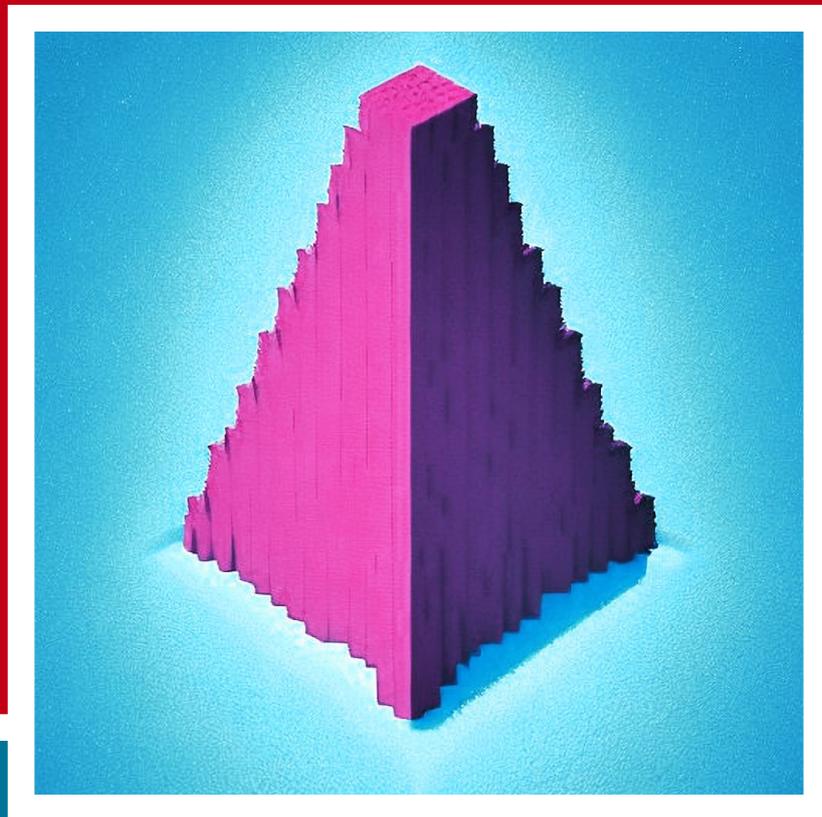


TEORÍA MARXISTA DEL PARTIDO POLÍTICO/ 2

ROSA LUXEMBURG, LENIN, GEORG
LÚKACS, DANIEL BENSAÏD



TEORÍA MARXISTA DEL PARTIDO POLÍTICO/ 2

**ROSA LUXEMBURG, LENIN, GEORG
LÚKACS, DANIEL BENSAÏD**

EDICIONES UNO EN DOS



Este libro no se hizo para languidecer en una estantería o en una carpeta de ordenador. Por ello te animamos a que lo compartas o hagas tu propia versión, y te lo lleves de viaje allá donde desees.

Segunda Edición, Madrid, 2023.

info@unoendos.net

<https://unoendos.net>

Ahora que está en tus manos, este libro es
instrumento de trabajo para construir tu educación.
Cuídalo, para que sirva también a quienes te sigan.

ÍNDICE

ADVERTENCIA	8
NOTA DEL EDITOR	9
A PROPÓSITO DE LA CUESTIÓN DE LA ORGANIZACIÓN: LENIN Y ROSA LUXEMBURG	10
UNA INTRODUCCIÓN REVISADA	10
SOBRE LA CUESTIÓN DE LA ORGANIZACIÓN: LENIN Y ROSA LUXEMBURG	13
I. EL ENFOQUE LENINISTA	13
1) CARACTERIZAR LA FORMACIÓN SOCIAL	13
2) DEFINIR EL SUJETO HISTÓRICO	15
3) CONSTRUIR EL SUJETO POLÍTICO	18
II. LA ORGANIZACIÓN PUESTA A PRUEBA POR LA CRISIS REVOLUCIONARIA	21
1) INTENTOS DE DEFINICIÓN	21
2) LA CRISIS REVOLUCIONARIA COMO PRUEBA DE VERDAD	22
a) Para la organización	22
b) Para la teoría	24
c) Para la formación social	25
III. LA ORGANIZACIÓN COMO VÍA DE ACCESO A LO POLÍTICO	27
1) LOS PROBLEMAS DESPUÉS DE MAYO	27
2) LOS ERRORES DEL LUXEMBURGUISMO	28
a) El pecado de hegelianismo	28
b) Confusión de lo teórico y de lo político	29
c) La teoría de la organización-proceso	30
3) LA ESPECIFICIDAD DEL MARXISMO	32
4) ESTRATEGIA DEL PROLETARIADO Y DE LA BURGUESÍA	33
CONCLUSIÓN	34

CUESTIONES ORGANIZATIVAS DE LA SOCIALDEMOCRACIA RUSA	35
UN PASO ADELANTE, DOS PASOS ATRÁS	51
OBSERVACIONES DE MÉTODO ACERCA DEL PROBLEMA DE LA ORGANIZACIÓN	60
LEGALIDAD E ILEGALIDAD	95
NOTAS	107

ADVERTENCIA

Con el presente Cuaderno continuamos la temática de la teoría marxista del partido político. Así como el número 7 estuvo dedicado a los problemas generales de esta temática, el presente se detiene en particular en las cuestiones de organización tal como se plantean en las elaboraciones de Rosa Luxemburg y de Lenin.

Limitaciones de espacio nos han impedido incluir otros trabajos realmente valiosos sobre la polémica que mantuvieron ambos teóricos y dirigentes revolucionarios. Volveremos sobre el tema en un cuaderno dedicado a Rosa Luxemburg. De todas maneras creemos que el artículo de Bensaïd y Naïr sintetiza bien el contenido central de la polémica y su actual vigencia.

En cuanto a los trabajos de Lukács constituyen textos clásicos de una excepcional importancia teórica y política.

A este Cuaderno le seguirán otros dedicados a los temas más específicos del partido revolucionario en las sociedades socialistas, capitalistas avanzadas y dependientes.

Pasado y Presente. |

En la presente reedición por Uno en Dos se ha procedido a realizar una serie de cambios que creemos que son positivos para este cuaderno:

1. Se ha incluido la introducción realizada en 2008 por Daniel Bensaïd a su propio escrito de 1968. Además se ha cotejado la traducción al español con el original en francés para corregir errores.
2. Se ha sustituido la traducción del texto de Rosa Luxemburg por una traducción directa desde el alemán al español, en lugar de la traducción italiana de la que se partía. Además se han incluido partes no presentes en la traducción italiana y que permitían dar contexto al conjunto del escrito.
3. Se han sustituido las traducciones de los textos de Georg Lukács por traducciones directas del alemán, en concreto la versión traducida por Manuel Sacristán. Esto permite evitar los posibles errores procedentes de las traducciones al español de ediciones francesas.

Uno en Dos. |

NOTA DEL EDITOR

Los trabajos que integran el presente Cuaderno fueron tomados de las siguientes publicaciones:

1. Daniel Bensaïd et Alain Naïr, «À propos de la question de l'organisation: Lénine et Rosa Luxemburg», *Partisans*, n. 45, décembre-janvier 1969, pp. 10-27. Traducción de José Aricó y correcciones por parte de Ed. Uno en Dos.
2. Rosa Luxemburg, «Organisationsfragen der russischen Sozialdemokratie», *Rosa Luxemburg. Gesammelte Werke* Band 1.2. Traducción por Ed. Uno en Dos.
3. Vladimir I. Lenin, «Un paso adelante, dos pasos atrás. Respuesta de N. Lenin a Rosa Luxemburg», en *Obras completas*, t. VII, Cartago, Buenos Aires, 1959, pp., 479-490.
4. Georg Lukács, *Observaciones de método acerca del problema de la organización*. Extraído de la traducción de *Historia y Conciencia de Clase (Geschichte und Klassenbewußtsein – Studien über marxistische Dialektik)* por Manuel Sacristán.
5. Georg Lukács, *Legalidad e ilegalidad*. Extraído de la traducción de *Historia y Conciencia de Clase (Geschichte und Klassenbewußtsein – Studien über marxistische Dialektik)* por Manuel Sacristán.

A PROPÓSITO DE LA CUESTIÓN DE LA ORGANIZACIÓN: LENIN Y ROSA LUXEMBURG

UNA INTRODUCCIÓN REVISADA

Este artículo, escrito en colaboración con Samy Naïr, se publicó en el número 45, de diciembre de 1968 a enero de 1969, de la revista *Partisans*. Por lo tanto, fue escrito durante el otoño de 1968, en plena polémica sobre la interpretación de la huelga general y el seguimiento de la misma. Constituye una especie de antecedente teórico de los animados debates que se desarrollaban entonces en la perspectiva del congreso fundacional de la Liga Comunista que debía celebrarse en Mannheim en abril de 1969. La cuestión del partido revolucionario, de su necesidad o no, de su funcionamiento, de su relación con el movimiento social, era el tema central de estas discusiones.

Para aclarar este artículo sobre *Lenin, Rosa Luxemburg y la cuestión de la organización*, y para corregir ciertos excesos, es necesario recordar el contexto. La brusquedad y la espontaneidad de Mayo del 68, que contrastaban fuertemente con las rigideces burocráticas no solo del Estado burgués, sino también de los aparatos políticos y sindicales de la izquierda, alimentaron lógicamente una ilusión espontaneísta, alimentada, entre los más cultos, por las citas del joven Trotsky en su *Carta a la Delegación de Siberia* o en *Nuestras tareas políticas*. Otros reivindicaron, frente a la mitología leninista inaugurada por Zinóviev en el V Congreso de la Internacional Comunista, un luxemburguismo vulgar y en parte imaginario. Otros, cegados por el gran sol de la Revolución Cultural china, llegaron a proclamar que el viento del Este se imponía al del Oeste, hasta el punto de que la ideología dominante ya no era la de las clases dominantes, y que en adelante bastaría con «echar al policía de la cabeza» para acabar con la servidumbre voluntaria.

El debate fundacional de la Liga Comunista fue, en gran medida, contra estas ilusiones líricas del momento, en un contexto en el que el maoespontaneísmo, representado principalmente por la efímera Izquierda Proletaria, era dominante en la extrema izquierda. Nos tomamos en serio la fórmula de Mayo del 68 como un «ensayo general», una especie de Revolución de febrero que había que preparar seriamente para octubre. Nos impulsó la voluntad de no dejarnos llevar, como tantos otros, por el reflujo temporal de la ola social

y de forjar la herramienta política que, evidentemente, había faltado para esperar una resolución positiva de una crisis política importante. Este deseo se vio sin duda exacerbado por la sensación de que una revolución europea era inminente. La historia nos estaba «mordiéndolo en el cuello». Teníamos prisa. Y no estábamos solos en la nueva izquierda radical europea. Esta sensación de urgencia contribuyó a exacerbar las polémicas, a precipitar escisiones inútiles y a provocar falsos pliegues sectarios. Cada corriente estaba ansiosa por delimitarse rigurosamente para forjar la hoja más afilada y estar a la altura de los desafíos decisivos que estaban muy cerca. Si la crisis de la humanidad se reduce, como dijo Trotsky en una ocasión, a la de sus direcciones revolucionarias, la responsabilidad es abrumadora. Añádase el hecho de que teníamos 22 años, con el entusiasmo de la juventud intacto, y que acabábamos de vivir la huelga general más masiva y larga de este país.

En cuanto a la esperanza de una crisis revolucionaria europea, si puede parecer fantástica *a posteriori* a los eternos incensarios serviles de los hechos consumados, esa es otra historia. Que hubo un aumento de las luchas a escala europea a principios de los años setenta está fuera de toda duda. El mayo francés no debe hacernos olvidar las oleadas huelguísticas del otoño caliente italiano, las huelgas británicas de 1974, o las movilizaciones contra las dictaduras franquista y salazarista, hasta su caída entre 1974 y 1976. Es un hecho, no una fatalidad, que el freno a la Revolución portuguesa en noviembre de 1975, el giro del compromiso histórico en Italia, la transición monárquica pactada en España y la desunión de la izquierda en las elecciones legislativas de 1977 en Francia marcaron un punto de inflexión. Es responsabilidad de las izquierdas políticas europeas que permitieron a la derecha revanchista recuperar la iniciativa y comenzar su contrarreforma liberal a partir de 1979.

En cuanto al artículo de *Partisans*, escrito en paralelo a numerosas contribuciones al debate preparatorio del congreso de la Liga, retoma, en un registro más teórico, elementos de la tesis de maestría que acababa de defender bajo la dirección de Henri Lefebvre sobre *La noción de crisis revolucionaria en Lenin*. La propia elección de ese tema era claramente una crítica a la ideología estructuralista que tendía a dominar en la época (en la universidad al menos), cuya consecuencia última podía ser hacer impensable la propia idea de revolución. En otras palabras, contra las estructuras de los ventrílocuos, ¡todo sobre el sujeto! Y el sujeto, en una lógica voluntarista inspirada en *Historia y conciencia de clase* de Lukács (cuya cita aparece significativamente al principio), pero también en el ejemplarismo encarnado por la figura mítica del Che (tanto en el plano militar como en el económico), es el partido (la conciencia de clase por sí misma) y no la clase en sí misma. Esta metafísica hegeliana del en-sí y del para-sí es atribuible a Lukács, más que al propio Marx (que apenas la utiliza, salvo en *Miseria de la Filosofía*), o a Lenin.

Esta sustitución del partido por la clase tiene una implicación política que puede calificarse de izquierdista. El enfrentamiento entre las clases fundamentales tiende a reducirse a un enfrentamiento entre el Partido y el Estado: «El Partido es el instrumento mediante el cual la fracción consciente de la clase obrera accede a la lucha política y prepara el enfrentamiento con el Estado

burgués centralizado, piedra angular de la formación social capitalista». Este enfoque tendía a reducir el partido a una función instrumental. Otros pasajes del artículo, que conciben la política como un campo estratégico en el que los actores se determinan mutuamente, podrían haber abierto una reflexión sobre la cuestión de la hegemonía: «[La organización revolucionaria] no es una simple pieza que ocupa una casilla vacía en el tablero político; por su sola presencia modifica toda la relación de fuerzas, incluso si es un simple peón, *a fortiori* si es un rey». También se podría haber escrito que la presencia o ausencia de un partido revolucionario sobredetermina la situación.

Teñido de «ultrabolchevismo» juvenil, el artículo de *Partisans* es respetuoso, pero a menudo injusto con Rosa Luxemburg. El hecho es que la concepción de Lenin de un partido y de su papel le permite leer instantáneamente la lógica de una situación y las variaciones de la relación de fuerzas, ya se trate de las *Tesis de abril* de 1917, de las jornadas de julio o del momento insurreccional. Si la conciencia de Rosa del peligro burocrático es más aguda, su confianza en la «sana vida orgánica» de las masas empuja a aplazar la necesaria ruptura con la mayoría socialdemócrata, y contribuye a que la crisis revolucionaria alemana de noviembre de 1918-enero de 1919 no cuente, a pesar del heroísmo espartaquista, con un partido a la altura.

Indudablemente de izquierdas, el artículo de *Partisans* tenía el mérito, probablemente inconsciente en su momento, de romper con el estado de ánimo minoritario y subalterno que lleva a actuar por delegación, a cuestionar a los grandes partidos sobre lo que deben hacer sin atreverse a emprenderlo uno mismo, a susurrar al oído de los poderosos y a aconsejar a los dirigentes de turno, en lugar de poner a prueba en la práctica las propias ideas. Descubrimos intuitivamente que las ideas, por muy correctas que sean, no son suficientes si no eres capaz de traducirlas en relaciones de poder. Este fue un precioso logro del congreso fundador de la Liga Comunista.

Daniel Bensaïd, 23 de junio de 2008, sitio web de
Europe Solidaire Sans Frontières. |

SOBRE LA CUESTIÓN DE LA ORGANIZACIÓN: LENIN Y ROSA LUXEMBURG

La cuestión de la organización de un partido revolucionario solo puede desarrollarse a partir de una teoría de la revolución misma. Solo cuando la revolución se convierte en un problema del día, la cuestión de la organización *revolucionaria* irrumpe como una necesidad imperiosa en la conciencia de las masas y de sus vanguardias teóricas.

Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase*. |

La corriente antiestalinista que se desarrolla en la actualidad en las nuevas vanguardias rehabilita a Rosa Luxemburg como teórica del movimiento obrero. La crítica de las burocracias obreras encuentra en su obra referencias y reflexiones.

En realidad, el entusiasmo luxemburguista llega hasta triturar y distorsionar a Rosa para encontrar una teoría de la organización alternativa de la teoría leninista. La comunidad de preocupaciones explica esta propensión: los escritos de Rosa Luxemburg están casi todos signados por la lucha contra la socialdemocracia alemana, fuertemente burocratizada. La necesidad actual de comprender el fenómeno de las burocracias obreras, de sus cimientos sociales, de su cohesión internacional conduce a la tesis luxemburguista como a la interpretación más lúcida, a la teoría liberadora de la energía de las masas.

Sin embargo, en Rosa Luxemburg solo puede encontrarse un contrapunto fragmentario de las elaboraciones leninistas. Los sobresaltos afectivos y las trivialidades se mezclan; el resultado es una arlequinada colorida, quizás seductora en su fantasía, pero que en modo alguno puede ser considerada como una teoría de la organización. En un debate donde las modas pasajeras sustituyen el rigor político, no es inútil volver a los textos. Sin quitar nada de los méritos de Rosa, se la podría situar así en su justo valor.

I. EL ENFOQUE LENINISTA

1) CARACTERIZAR LA FORMACIÓN SOCIAL

La obra de Lenin presenta la ventaja de descomponer en el tiempo la elaboración de una teoría de la organización. De las polémicas contra los populistas, economistas, mencheviques y liquidadores, emergen los principios y los fundamentos de su teoría.

Como lo subraya Lukács, el problema de la organización se torna realmente una cuestión de actualidad cuando la propia revolución está al orden del día, cuando ya no es más un simple sueño compensatorio, sino el objetivo unificador de todas las luchas cotidianas. Y de esa manera lo concibe Lenin. En sus primeros escritos, de 1894 a 1898, él se propone definir la naturaleza de la futura revolución: ¿cuál es la formación social contra la que combate? ¿qué Estado debe ser destruido? ¿qué clase debe ser vencida?

Para responder a estas cuestiones y provocar el desencadenamiento de una crisis revolucionaria, Lenin distingue cuidadosamente entre el nivel teórico del nivel político, entre la comprensión teórica de la crisis revolucionaria y su manifestación política. Si se considera el encadenamiento de los modos de producción como sistemas teóricamente elaborados, subsumiendo una variedad de formaciones sociales concretas, se puede concebir la existencia de una discontinuidad entre dos modos de producción, pero no de una crisis. No puede haber crisis de un modelo teórico, sino solamente de una sociedad política donde están en juego fuerzas reales.

El modo de producción capitalista, tal como lo construyó Marx extrayendo sus leyes a partir de la formación social inglesa del siglo XIX no tiene existencia real. Constituye un objeto abstracto-formal con el que ninguna formación social concreta coincide de manera absoluta. Poulantzas considera a una formación social como «el superposición específica de muchos modos de producción puros»; y agrega que «la propia formación social constituye una unidad compleja dominada por un determinado modo de producción sobre los otros que la componen» [1]. La crisis revolucionaria que estructura el horizonte de la organización revolucionaria no es, por tanto, la crisis de un modo de producción. La única crisis que se puede considerar es la de una formación social determinada en la que las contradicciones del modo de producción cobran vida y se actualizan a través de fuerzas sociales reales implicadas en ella. Esta distinción elemental tiene consecuencias en el debate entre Lenin y Rosa Luxemburg.

Lenin se esforzó por definir con precisión la naturaleza y el rasgo dominante de la formación social rusa. Desde 1890 se consagró a un estudio preciso: expurgar con paciencia las estadísticas de los *zemstvos*. Desde sus primeras obras pudo definir así el punto de unión del que dependen todas las variaciones estratégicas y tácticas, en particular su actitud de principio acerca del problema de la organización. *El desarrollo del capitalismo en Rusia* es un ejemplo de este trabajo considerable cuyas conclusiones constituyen para el porvenir el punto de referencia y el primer fundamento al que Lenin siempre se remitirá en todos sus aspectos.

En *¿Quiénes «los amigos del pueblo?»*, escrito en 1894, antes de que fuese redactado *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, las conclusiones ya aparecen claramente: «La explotación de los trabajadores en Rusia es en todas partes capitalista en su esencia, si se deja de lado las supervivencias en vía de desaparición de la economía basada en la servidumbre». Extrae de aquí todas las consecuencias, y en particular, la de que es «imposible encontrar en Rusia

una rama algo desarrollada de la industria artesanal que no esté organizada según el modo capitalista» [2].

Desde ese momento, tales certezas adquiridas sirven de base a toda la estrategia política: los revolucionarios rusos luchan contra una formación social con rasgos dominante capitalista y no feudal (aún en el caso de que las supervivencias feudales sean importantes). En 1894, esto no es evidente, y Lenin lo destaca planteándolo como primer punto del proyecto de programa del POSDR: «La producción mercantil se desarrolla cada vez más rápidamente en Rusia y el modo de producción capitalista adquiere allí una posición cada vez más dominante» [3].

Así, desde los primeros años de lucha, Lenin define al adversario con el que se enfrenta. Esta claridad teórica presidirá siempre sus métodos de análisis y sus elecciones tácticas. Los revolucionarios rusos combaten el capitalismo; su estrategia de alianzas tiene en cuenta el desarrollo desigual de los modos económicos implicados en la sociedad rusa, pero nunca olvidan que la crisis que preparan es la del capitalismo. Los análisis del joven Lenin siguen estando en la fuente de su interpretación de la Revolución rusa en *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*:

«Ocurrió, en efecto, tal como lo habíamos dicho. La marcha de la revolución confirmó el acierto de nuestro razonamiento. *Al principio*, del brazo de «todo» el campesinado, contra la monarquía, contra los terratenientes, contra el feudalismo (y en este sentido la revolución sigue siendo burguesa, democrático-burguesa). *Después*, del brazo del campesinado pobre, del brazo del semiproletariado, del brazo de todos los explotados, *contra el capitalismo*, incluyendo a los ricachos del campo, los *kulaks*, los especuladores, y en este sentido, la revolución se convierte en *socialista*. Querer levantar una muralla china artificial entre ambas revoluciones, separar la una de la otra con algo *que no sea* el grado de preparación del proletariado y el grado de su unión con los campesinos pobres, es la mayor tergiversación del marxismo, es adocenarlo, reemplazado por el liberalismo» [4].

La vía seguida es, por lo tanto, clara. Teniendo en cuenta que el objetivo definido sigue siendo la destrucción del capitalismo, modo dominante de la formación social rusa, los socialdemócratas conciertan una alianza con el campesinado, alianza temporal para destruir el despotismo y liquidar las secuelas del feudalismo. Los diversos programas agrarios de Lenin se esfuerzan por definir la base correcta de esta alianza. Pero la lucha contra el feudalismo y la autocracia constituye desde ese momento solo una etapa no aislable de la lucha anticapitalista, que sigue siendo el objetivo principal.

2) DEFINIR EL SUJETO HISTÓRICO

En *El capital*, Marx señala que el proceso de producción capitalista, considerado en su continuidad o como proceso de reproducción, no produce solamente la mercancía, ni solamente plusvalía, «produce y reproduce la rela-

ción capitalista misma: por un lado el capitalista, por el otro el asalariado». El sistema que se reproduce a sí mismo engendra sus propias crisis y contradicciones, suscita puntos de ruptura que pueden manifestarse bajo la forma de crisis económicas. Pero una crisis económica no es forzosamente revolucionaria. Ella puede tomar parte de los mecanismos de autorregulación del sistema; tener únicamente una función «purgativa». Después de la crisis, una vez liquidados los *stocks* y eliminadas las empresas arcaicas, la economía capitalista parte nuevamente de una base saneada. Lukács insiste sobre este aspecto de la crisis: «solo la conciencia del proletariado puede mostrar cómo salir de la crisis capitalista. Si esa conciencia no existe se vuelve permanente, retorna a su punto de partida, repite la situación» [5].

La crisis económica de una formación social dominada por el capitalismo tiene, por consiguiente, una función de apertura, pero no es decisiva. Constituye el punto de equilibrio en el que se perfila un nuevo sistema. Pero ella participa también de la autorregulación del sistema inicial. Esta crisis puede, como máximo, inaugurar una situación revolucionaria, pero no es por sí misma revolucionaria, es decir, superable en el sentido de la revolución, salvo mediante la acción de un sujeto que la asuma y tome a su cargo el proceso de la transformación social. Es esto lo que expresa con claridad Lukács en su respuesta a todos los fatalistas que esperan confiados los resultados de la *última* crisis del capitalismo: «la diferencia cualitativa entre la *última* crisis del capitalismo, su crisis decisiva, y sus crisis anteriores, no reside en una simple metamorfosis de su extensión y de su profundidad, en síntesis, de su cantidad o calidad. Esta metamorfosis se manifiesta más bien en el hecho de que el proletariado deja de ser un simple objeto de la crisis y en que estalla abiertamente el antagonismo inherente a la sociedad capitalista» [6].

La crisis afecta, por lo tanto, a una formación social determinada; pero ella se convierte en revolucionaria solo cuando un sujeto intenta resolverla lanzándose contra el Estado, blanco estratégico, cerrojo con el que se mantienen en sus puestos las relaciones de producción convertidas en camisas de fuerza para las fuerzas productivas. Una vez determinada la naturaleza de la revolución futura, para resolverla de manera victoriosa Lenin se dedica a definir su sujeto.

En este punto, Lenin distingue cuidadosamente el sujeto teórico-histórico de la revolución (el proletariado como clase, que deriva del modo de producción) y su sujeto político-práctico (la vanguardia que deriva de la formación social) que representa no ya al proletariado «en sí», dominado económica, política e ideológicamente, sino al proletariado «para sí» consciente del lugar que ocupa en el proceso de producción y de sus propios intereses de clase. He aquí una de las ideas fundamentales de *¿Qué hacer?*, allí donde Lenin distingue «*espontaneidad* y *espontaneidad*» Ve en la *espontaneidad* «el elemento embrionario de la conciencia». Pero se refiere torpemente sobre los grados de conciencia. Diferencia una *espontaneidad* vaporosa y sometida, de una *espontaneidad* liberada y fecundada por las luchas de la vanguardia; una experiencia espontánea de las masas, que permanece en el terreno del sistema, de una experiencia práctica que extrae su sentido de la presencia de una van-

guardia. Lenin afirma que la conciencia socialdemócrata solo puede provenir desde fuera de los obreros, de los intelectuales revolucionarios portadores del conocimiento y de la comprensión global del proceso de producción. Por sí misma, la clase obrera solo puede arribar a una conciencia «tradeunionista».

En la crisis revolucionaria, los dos sujetos están implicados: el sujeto teórico porque es la condición de posibilidad del orden social por venir, y el soporte de la estrategia revolucionaria; el sujeto político, el partido, porque elabora y asume la táctica de esta estrategia. Lenin asumió la doble tarea de definir el sujeto teórico de la revolución preanunciada y de darle el sujeto político capaz de llevarla a cabo. Definir y presentar al proletariado como la clase social investida de la misión histórica revolucionaria, tal es la preocupación constante de sus primeros escritos. En el mismo momento en que caracteriza como capitalista a la formación social rusa, esclarece la autonomía como clase del proletariado, único capaz de resolver las contradicciones de tal sociedad. Jamás en las alianzas ni en los proyectos de programa omitió reafirmar el rol independiente del proletariado. Desde 1894, estableció que

«Solo pueden los burgueses olvidar que tras la solidaridad de los intereses unidos de todo el pueblo contra las instituciones medievales, feudales, está el profundo e irreconciliable antagonismo de la burguesía y el proletariado en el seno de este pueblo».

En el mismo libro, Lenin adelanta como «*tesis fundamental*» que «Rusia es una sociedad burguesa que ha brotado del régimen de servidumbre, que su forma política es un Estado de clase y que el único camino para abolir la explotación del trabajador consiste en la lucha de clases del *proletariado*».

Precisa además que «el período del desarrollo social de Rusia en que el democratismo y el socialismo se fundían en un todo inseparable, indisoluble... ha pasado para no volver jamás» [7].

Un año más tarde, en *Las tareas de la socialdemócratas rusos*, reiteró el principio según el cual «solo son fuertes los luchadores que se apoyan en intereses reales claramente comprendidos de determinadas clases». En nombre de ese principio, exhorta a los socialdemócratas a recordar siempre que el proletariado es una clase *aparte* que mañana puede encontrarse enfrentada a sus aliados de hoy. Gracias a una definición tan precisa de la naturaleza de la revolución futura y de su sujeto teórico, toda confusión es excluida de los programas. En el proyecto de 1899, Lenin propone «el apoyo al campesinado... en la medida en que este sea capaz de luchar revolucionariamente contra los vestigios de la servidumbre, en general, y contra el absolutismo, en particular».

En el mismo proyecto, vuelve a insistir y dice:

En el campo ruso se entrelazan actualmente dos formas fundamentales de la lucha de clases: a) la lucha del campesinado contra los terratenientes y los restos del régimen de la servidumbre; b) la lucha del naciente proletario rural contra la burguesía rural. Para los socialdemócratas esta segunda lucha es, por

supuesto, la más importante, pero también deben apoyar necesariamente la primera, *siempre y cuando ello no se oponga* a los intereses del desarrollo social.

Es esta comprensión, sólidamente adquirida, pacientemente afinada, de la naturaleza de la formación social rusa y de las clases que allí están en juego, la que permite a Lenin, desde las *Tesis de abril*, aprehender el núcleo real de la crisis revolucionaria de 1917:

Lo que hay de original en la actual situación de Rusia es la *transición* de la primera etapa de la revolución, que dio el poder a la burguesía debido al grado insuficiente de conciencia y de comprensión del proletariado, a su segunda etapa que debe dar el poder al proletariado y a las *capas pobres* del campesinado.

3) CONSTRUIR EL SUJETO POLÍTICO

Estas observaciones acerca del enfoque leninista podrían aparecer como superfluas si este enfoque no estuviera en la base de la teoría leninista de la organización. Es siempre con referencia a estos análisis que Lenin funda los *principios* de organización. Dichos principios definen lo que debe ser una organización que lucha contra un aparato de Estado burgués centralizado, para destruirlo. Con relación a esos principios todo *sistema* de organización no puede menos que constituir una derogación. Los principios constituyen la estrategia de la organización, del que el sistema no es sino la aplicación táctica.

Y esto es lo que se le escapa a Rosa Luxemburg. Y es por ello que demuestra que su comprensión de la organización no se sitúa en el mismo orden: ella es mucho más trivial, a veces emocional, y con frecuencia infrateórica. La propia naturaleza de las metáforas que utiliza constituye una prueba. Muestran siempre un vitalismo ingenuo, un naturalismo organizativo: «Al detener las pulsaciones de una vida orgánica sana, se debilita al cuerpo y se disminuye su resistencia y también su espíritu combativo... Un movimiento obrero tan lleno de vida...» [8]. Paralelamente, a la vitalidad natural inherente al movimiento obrero, ella opone la grisura académica de sus direcciones: «Ninguna fórmula rígida puede soportar... la regla de un maestro de escuela...; el ultracentralismo defendido por Lenin se nos aparece como impregnado no ya de un espíritu positivo y creador, sino del espíritu del vigilante nocturno. Toda su preocupación está dirigida a controlar la actividad del Partido y no a fecundarla, a restringir el movimiento antes que a desarrollarlo, a destrozarlo antes que a unificarlo» [9].

En su simplismo entusiasta, nutrido en la polémica contra la socialdemocracia alemana, ella llega hasta desnaturalizar o invertir las argumentaciones de Lenin. Le replica que si quiere evitar la influencia perniciosa y disolvente de los intelectuales sobre el partido, la fórmula bolchevique logra lo contrario de lo que se propone: coloca a la cabeza del partido una «coraza burocrática» compuesta por una «élite intelectual ávida de poder». Pero Lenin nunca razo-

na nunca en estos términos. Él no habla en abstracto de la influencia nefasta de los intelectuales, sino del principio organizativo de la descentralización, como principio que embota. Los intelectuales intervienen solo como agentes privilegiados de esta disolución de la organización implicada en el principio del descentralismo.

El problema reside en que sobre esta cuestión Lenin y Rosa Luxemburg no hablan el mismo lenguaje, lo cual no impide a esta expresarse sobre la organización de tipo leninista enarbolando la bandera pura de la «libertad», de la «democracia» contra las posiciones «extremas» de Lenin. No hay ninguna duda al respecto: la organización defendida por el «blanquista» Lenin, no tendría ninguna relación con las masas porque el «ultracentralismo» leninista la conducirá al conservadorismo, a la impotencia. Más aún, la centralización acentúa, según Rosa, la «escisión entre el *élan* de las masas y las vacilaciones de la socialdemocracia» [10] y, por consiguiente, «lo que importa siempre para la socialdemocracia... es mantener un juicio histórico correcto sobre las formas de lucha correspondientes a cada momento dado, la comprensión viva de la relatividad de esa fase de lucha y de la ineluctabilidad del agravamiento de las tensiones revolucionarias...» [11]. Esta crítica la lleva a rechazar el *sistema* de organización propuesto por Lenin y aceptar un acuerdo sobre el *principio* de organización. Más allá del hecho de que la separación establecida por Rosa entre centralismo y democracia, su oposición mecánica, muestra más un hegelianismo mal digerido que una dialéctica marxista, ella incurre en una confusión desdichada cuando admite el principio de organización sin aceptar el sistema. Y esto es producto de un mismo pecado: es una metafísica adornada de buenas intenciones. La teoría leninista de la organización tiene justamente la característica de que el sistema propuesto es *necesariamente* lógico con relación al principio, y de *este principio* deriva necesariamente *ese* sistema de organización. Por otra parte, es claro que toda crítica sobre el «sistema» lleva la impronta de un desacuerdo sobre el principio de organización, desacuerdo que existe entre Rosa y Lenin. Porque ocurre que Rosa, lógica consigo mismo, plantea el problema del partido en función de un análisis propio de la sociedad capitalista. Para ella, el capitalismo marcha inevitablemente a la catástrofe. Las contradicciones, agravándose sin cesar, en provecho «de una ínfima minoría de la burguesía reinante» [12] hacen que, por una parte el proletariado sea espontáneamente revolucionario, y por otra parte, que su partido no puede dejar de ser el «punto de reunión organizativo» [13] de todas las capas puestas en movimiento contra la burguesía por esta evolución.

En dicha problemática —clase revolucionaria orgánicamente determinada contra la clase reaccionaria— el partido es el *producto* de la crisis revolucionaria y no de un elemento necesario, como lo demuestra Lenin, en el marco de la formación social capitalista. Así, esta visión simplemente trágica del capitalismo conduce a Rosa a *sobreestimar* el movimiento de masas, a *subestimar*, la necesidad y el rol del partido en el sistema capitalista. Es esto lo que le permite componer un empirismo organizativo exagerado, relativizar el problema de la organización circunscribiendo a Rusia las tesis leninistas: «y ya que se trata de la primera tentativa en Rusia de poner en pie una gran organiza-

ción del proletariado, es dudoso que un estatuto, cualquiera que él sea, pueda ser infalible de antemano: antes es necesario que sufra la prueba de fuego». Ella no comprende que se trata de algo muy distinto. Y es lo que Lenin precisa con claridad: «La camarada Luxemburg dice, por ejemplo, que en mi libro se ha esbozado clara y nítidamente la tendencia de un «centralismo a ultranza». La camarada Luxemburg da por supuesto, así, que yo defiendo un sistema de organización contra cualquier otro. Pero, en realidad no hay tal cosa. Lo que yo defiendo a lo largo de todo el libro, desde la primera página hasta la última, son los principios elementales de cualquier organización de partido que pueda imaginarse. En mi libro no se examina el problema de la diferencia entre este o el otro sistema de organización, sino el problema de cómo es necesario apoyar, criticar y corregir el sistema que sea, siempre y cuando que no contradiga a los principios del partido» [14].

Después de haber dilucidado el problema de saber cuál es el sujeto teórico de la revolución futura —no más el «pueblo», sino el proletariado— Lenin consagra toda su energía militante a darle el sujeto político indispensable. Se esfuerza incesantemente por delimitar la vanguardia y reagruparla en el partido socialdemócrata.

Asignar al proletariado el papel de motor de la revolución significaba luchar contra los populistas, lo que implicaba comprender la naturaleza de la revolución sin todavía darse los medios para llevarla a cabo. Entre quienes admitían por entonces el rol histórico del proletariado, no todos comprendían de qué arma práctica necesitaba para «convertirse en lo que él es»: una clase.

Contra los economistas, Lenin demuestra que, espontáneamente, el proletariado no logra apartarse del terreno de la lucha económica. Afirma que «la lucha de los obreros se convierte en lucha de clases, solo cuando los representantes de vanguardia de toda la clase obrera de un país tienen conciencia de la unidad de la clase obrera y comprenden la lucha, no contra un patrono aislado, sino contra *toda la clase* capitalista y contra el gobierno que apoya a esa clase» [15]. Lenin admite que las organizaciones socialdemócratas locales constituyen el fundamento de toda la actividad del partido; pero si ella continúa siendo la actividad de «artesanos aislados», no se podrá designarla como «socialdemócrata» puesto que no organizará ni dirigirá la lucha de clases del proletariado.

Contra los mencheviques desde 1903, contra la teoría de la organización-proceso desde 1905, contra los liquidadores en 1907, son siempre los mismos principios de organización los que defiende Lenin, siempre las mismas ideas del Partido. El partido es el instrumento mediante el cual la fracción consciente de la clase obrera accede a la lucha política y prepara el enfrentamiento con el Estado burgués centralizado, llave maestra de la formación social capitalista. La organización así concebida como sujeto político no es una pura forma: es el crisol de una voluntad política colectiva que se expresa mediante una teoría en permanente construcción y un programa de lucha. La selección de los militantes y el centralismo constituyen dos normas fundamentales. No por gusto, sino por necesidad; una necesidad que solo puede comprenderse si se confronta la organización con su objetivo: la revolución.

II. LA ORGANIZACIÓN PUESTA A PRUEBA POR LA CRISIS REVOLUCIONARIA

1) INTENTOS DE DEFINICIÓN

En diversos lugares, sobre todo en *La bancarrota de la Segunda Internacional* y en *La enfermedad infantil del «izquierdismo»*, Lenin se esforzó por definir la noción de crisis revolucionaria. Enumera allí los criterios descriptivos cuya apreciación permanece subjetiva; extrae una noción, pero no funda un concepto. En *La Bancarrota* estos criterios son enumerados por primera vez y Lenin define los «*signos distintivos* de una situación revolucionaria» del siguiente modo:

- a) la imposibilidad para las clases dominantes de mantener su dominio en forma inmutable;... la base no quiere vivir como antes y la cúspide no puede seguir viviendo como antes;
- b) agravación, superior a la habitual, de la miseria y las penalidades de las clases oprimidas;
- c) intensificación de la actividad de las masas.

Lenin aprecia de tal modo «el conjunto de los cambios objetivos que constituye una situación revolucionaria». De la apreciación de una situación revolucionaria así definida no está excluido el impresionismo, y por lo demás los criterios enunciados no pueden ser vistos aisladamente, sino en su interdependencia, pues se condicionan de manera recíproca. En *La enfermedad infantil...*, Lenin insiste más, como segundo criterio, en la aproximación al proletariado de las clases medias. Esta aproximación no puede ser considerada como un fenómeno en sí, sino en su relación con los otros fenómenos señalados: la aproximación de las clases intermedias es tanto más resuelta cuanto más determinación muestra el proletariado en su lucha. La definición leninista de la situación revolucionaria hace intervenir un juego de elementos en interacción compleja y variable del que no se podría dar un análisis rigurosamente objetivo. La elaboración de Trotsky en su *Historia de la revolución rusa* es análoga; retoma por su cuenta los criterios leninistas e insiste explícitamente en «la reciprocidad condicional de las premisas».

Si la estimación objetiva de una situación revolucionaria parece sujeta a caución, la intervención de un último factor, que unifica los diferentes factores y concreta su interacción corrigiendo los peligros, Trotsky lo considera como la condición última en la enumeración, pero no en su importancia, de la conquista del poder: «el partido revolucionario como vanguardia unida y templada de la clase». En cuanto a Lenin, hace de esta última condición el punto de diferenciación entre la situación revolucionaria y la crisis revolucionaria, que

existe solamente en el caso en que a todos los cambios objetivos enumerados viene a agregársele un cambio subjetivo, a saber: «la capacidad de la *clase revolucionaria* para llevar a cabo acciones revolucionarias de masas lo bastante *fuertes* como para destruir (o quebrantar) al viejo gobierno, que jamás «caerá», ni siquiera en las épocas de crisis, si no se lo «hace caer»».

Así, la organización revolucionaria supera las vacilaciones de los distintos criterios, los vincula y los unifica. Siendo el punto de su intersección, ella desestima la yuxtaposición. La debilidad de las capas dirigentes, la aproximación de las capas medias, la impaciencia de la base se convierten en su fuerza. La condición de éxito de la crisis no reside ya en uno u otro de los elementos objetivos, sino en el corazón mismo del sujeto que los sintetiza al interiorizarse. Su núcleo ya no está en la inconmensurable diversidad que esboza la situación revolucionaria, sino en la organización que unifica esta diversidad, la interioriza y la supera.

Por ella el proletariado no es más algo dado dirigido, según las variaciones previstas por el cálculo burgués de probabilidades. Se convierte en una voluntad que se expresa, no es más un simple objeto en el campo social, sino un sujeto, una incógnita que hipoteca para siempre los planes de la clase dominante. Para desempeñar realmente ese rol, la organización revolucionaria no debe presentarse como una acumulación fluida de individuos, sino como un cuerpo constituido, coherente, con la suficiente densidad para atravesar las fauces de la burguesía. No es una simple pieza que ocupa una casilla vacía en el ajedrez político. Con su sola presencia modifica toda la relación de fuerzas, aunque se trate de un simple peón. Con mucha más razón si se trata de un rey.

2) LA CRISIS REVOLUCIONARIA COMO PRUEBA DE VERDAD

La crisis revolucionaria ilumina con una luz nueva la lucha de clases y asigna a los protagonistas su justo valor. En los desgarramientos de la crisis, se intuyen los momentos fugaces de verdad: «la experiencia de la guerra, al igual que la de todas las crisis de la historia, de toda gran calamidad y de cada viraje en la vida del hombre, embrutece y quebranta la voluntad de unos, *pero en cambio educa y temple a otros*» (Lenin).

a) Para la organización

Lenin recuerda en toda ocasión que la socialdemocracia es la fusión del movimiento obrero y del socialismo. «Escindido de la socialdemocracia, el movimiento obrero degenera y realmente se aburguesa». Se podría agregar que escindido de las luchas obreras, el socialismo tambalea y también se aburguesa, pues en ellas se alimenta del «instinto» de clase revolucionaria. El partido constituye un puente entre la conciencia balbuceante del proletariado y el papel que *teóricamente* le corresponde. Constituye la mediación necesaria entre el concepto de clase obrera y su realización práctica, alienada, en la sociedad capitalista. Por eso «la tarea del partido no consiste en imaginar deta-

lladamente medios inéditos de ayudar a los obreros, sino de ayudarles en las luchas que ellos *ya* han emprendido... de desarrollar su conciencia de clase».

La tarea del partido consiste en equilibrar los dos polos complementarios entre los cuales se mueve: la comprensión teórica del proceso de producción, del papel del proletariado, de la revolución, por una parte y el nexo concreto con las luchas cotidianas de los obreros por la otra. En esta doble apoyatura basa su estrategia. A la vez que «encarnación visible de la conciencia de clase del proletariado», el partido es el vivo testimonio de la diferencia entre el papel teórico del proletariado y su conciencia mistificada por la ideología dominante. Así concebida, la organización no es una pura perfección ni la teoría es tampoco una pura ciencia. La organización interioriza las contradicciones del sistema en el cual ella se arraiga. El fenómeno del oportunismo en la Segunda Internacional es un evidente testimonio. En el análisis de las bases sociales de este oportunismo, las tesis de Lenin y de Rosa coinciden en varios puntos. Los dos insisten sobre el legalismo parlamentario de los largos períodos de paz relativa, que suscita la aparición de un sector de representantes profesionales de la clase obrera, manejables y sensibles a las adulaciones de la burguesía. Ese personal político se apoya en la aristocracia obrera y la pequeña burguesía intelectual, enriquecidos con los restos del pillaje colonial.

Pero Rosa elabora un argumento mucho más sutil que hace a la existencia misma de la organización: el fenómeno del conservadorismo de la organización. Lenin ya lo había mencionado en *La bancarrota...* Sin teorizarlo: «Los partidos *grandes y fuertes* tuvieron miedo de ver disueltas sus organizaciones, sus arcas saqueadas y sus dirigentes detenidos». Rosa va mucho más lejos para tratar de comprender el alcance del problema. Se remonta a la situación misma de la organización revolucionaria en la sociedad capitalista: la defensa de los privilegios concedidos, el contagio de las costumbres parlamentarias no bastan para explicar el oportunismo. Rosa remite los avatares de la organización a una contradicción fundamental que expresa en varias oportunidades. En *Problemas de organización de la socialdemocracia rusa*, afirma: «El movimiento mundial del proletariado hacia su emancipación total es un proceso cuya particularidad consiste en lo siguiente: por primera vez desde que existe la sociedad civil, las masas populares hacen valer su voluntad conscientemente y frente a todas las clases dominantes, mientras que la realización de esta voluntad solo es posible más allá de los límites del actual sistema social. Pero las masas solo pueden adquirir y fortificar dentro de sí esta voluntad en la lucha cotidiana contra el orden constituido, o sea, en los límites de este orden. Por una parte las masas populares, por la otra un objetivo situado más allá del orden social existente; por un lado la lucha cotidiana, y por el otro la revolución: tales son los términos de la contradicción dialéctica en la que se mueve el movimiento socialista».

En *Reforma o revolución*, señala los dos escollos del movimiento socialdemócrata: «... el del abandono del carácter de masa y el del olvido del objetivo final, el de la recaída en la secta y el de su naufragio en el movimiento reformista burgués, el o el anarquismo y el del oportunismo».

De aquí resulta, en el seno de la organización revolucionaria, la existencia de corrientes rivales, una fiel a la revolución, otras presas de las tentaciones sectarias u oportunistas. La organización revolucionaria no puede aislarse para la lucha, pues en esta perspectiva un cierto conservadurismo es la condición de una necesaria estabilidad. No puede constituirse en cuerpo absolutamente extraño al sistema. La organización revolucionaria lleva siempre simultáneamente en su propio seno una lucha permanente contra las desviaciones oportunistas, «la herencia del capitalismo».

En su lucha cotidiana aún sus victorias son como frutos envenenados: cada terreno conquistado «se convierte al mismo tiempo en un bastión contra los progresos ulteriores de más vasta envergadura».

En realidad, la organización nunca es una hoja de acero templado. Ella es más bien *diferencial*. Se asienta en el espacio que ella mide: el que separa la clase como sujeto teórico de su espontaneidad práctica sometida. El principio del centralismo democrático es el signo mismo de esta posición contradictoria de la organización enraizada en el sistema que debe destruir y superar. El centralismo democrático es la expresión conciliadora y contradictoria de la manifestación de la espontaneidad revolucionaria (de los militantes) en la red centralizada de la organización. De este modo es evidente que la cohesión de la organización revolucionaria nunca atraviesa sin dificultades la crisis, como un cuerpo homogéneo. La crisis revolucionaria no afecta solo al sistema que conmueve sino también a la organización constituida en su seno. Es el momento del gran examen de la organización y de los reajustes. El partido bolchevique no escapa a la historia; los artículos públicos de Zinóviev y Kamenev contra la insurrección llevan a Lenin a solicitar su exclusión en otoño de 1917: en abril, Lenin estaba en minoría contra el Comité central. La crisis revolucionaria actúa sobre la organización como un revelador. Destaca sus vicios y delimita la fracción capaz de acabar con la crisis por medio de la revolución. Sirve de patrón sobre el cual la organización provisoria se recorta y se ajusta a la medida de su tarea histórica. Por eso en 1905, Lenin abre de par en par las puertas del partido...

b) Para la teoría

Así como la organización no es acero puro, tampoco es pura ciencia. En un período de estancamiento revolucionario, aparecen tendencias científicas en el movimiento obrero. Se corre el riesgo de considerar que la teoría dice la verdad, separadamente y fuera de los alcances de la historia. Lenin es más prudente cuando constata, luego de la insurrección de 1905, que «la práctica como *siempre* predomina sobre la teoría». Lo que no le impide recordar constantemente que «la teoría de Marx es poderosa porque es verdadera» [16]. En realidad al «*como siempre*» habría que agregarle: en períodos de crisis.

La teoría es también la marca de una diferencia entre la ideología y una verdad hipotética. Es del tipo de la «verdad relativa» que Lenin toma de Engels. En la crisis revolucionaria, la ruptura entre ideología y verdad, hasta ese

momento inextricablemente mezcladas se revela y la teoría pasa «al criterio de la práctica».

De la escisión entre la verdad y la ideología, la teoría es por consiguiente una medida posible. Pero ella no es la única que puede reunir las y acoplarlas. Si ella es un medio para superar el conservadorismo de la organización, una teoría tomada demasiado en serio que quiera colar forzosamente la historia en los moldes que le ha destinado, constituye en última instancia un gran peligro.

Es por ello que Lenin, aunque aborda prioritariamente todo problema desde el ángulo de la teoría, no se exime también de apelar al correctivo de la imaginación revolucionaria; allí encuentra otro puente, menos racional es cierto en su arquitectura, que el provisto por la teoría. Sin embargo, de la ideología a la verdad, el camino de la fantasía sustituye a veces el de la teoría y revela atajos a los que repugna una delimitación rigurosa. Es esta una imagen de Lenin muy distinta de la del pedagogo austero y frío que gusta construir Rosa.

«¡Hay que soñar!»

Paradójicamente, esta es una de las conclusiones de *¿Qué hacer?*

«Hay que soñar» repite Lenin. Y traza en pocas líneas el cuadro burlesco de las perillas y de los monóculos de congreso, que lo agreden por esta incongruencia. Evoca a los Martinov y a los Kritchevski persiguiéndolo con sus tonos amenazadores: «¿tiene un marxista derecho a soñar?». Y les responde con una larga cita sobre la dialéctica fecunda del sueño y de la realidad, para concluir diciendo que «los sueños de esta naturaleza, por desgracia, son sobradamente raros en nuestro movimiento!».

Del mismo modo que la crisis revolucionaria constituye la hora de la verdad para la organización, es también la hora de la verdad para la teoría. Resta saber por qué.

c) Para la formación social

Hemos indicado que la crisis revolucionaria no afecta al modo de producción sino a la formación social. La estructura con contradicciones del modo de producción constituye el resorte oculto de esta crisis. El segundo criterio leninista de la situación revolucionaria testimonia que la crisis es ante todo crisis de la formación social. Mediante la aproximación de las capas medias al proletariado, la formación social reabsorbe el entrecruzamiento de los modos de producción cuya consecuencia es la existencia de capas intermedias. En la crisis, la formación social tiende asintóticamente a su modo de producción dominante que constituye su verdad oculta. Rosa Luxemburg insiste en *La acumulación del capital* en el hecho de que el desarrollo del capitalismo entraña la desintegración de las clases y capas intermedias. Cuanto más la formación social capitalista elimina los vestigios de feudalismo, más tiende ella hacia el modo de producción capitalista (que es el modelo abstracto producido por Marx), más formas impetuosas adopta esta desintegración. Capas cada vez mayores se separan del edificio aparentemente sólido de la sociedad burguesa, desencadenando movimientos que pueden acelerar mucho, por la

violencia con que estallan, el derrumbe de la burguesía. La crisis revolucionaria acelera el proceso, pone a rojo vivo las contradicciones, deja frente a frente al proletariado y a la burguesía, al asalariado y al capital, tales como Marx los distinguió teóricamente en cuanto dos polos necesarios e irreductiblemente antagónicos del modo de producción capitalista.

Porque en el desgarramiento de la crisis, la formación social tiende a reducirse a su modo de producción dominante, se produce la emergencia del doble poder. Luego de estudiar con precisión las lecciones de 1905, Lenin repitió incesantemente que «los Soviets constituyen un nuevo aparato del Estado». Polemizó violentamente contra Mártov que reconocía a los consejos como órganos de combate sin comprender su misión, que es la de convertirse en aparato del Estado. En la crisis, las relaciones entre la vanguardia y las masas se modifican. El proletariado accede bruscamente a la conciencia de sí. En la temporalidad propia de la crisis, las masas aprenden más en algunas horas que en veinte años. Su espontaneidad sometida y mistificada se troca en espontaneidad revolucionaria, fecundada por la actividad de la vanguardia. Son los Soviets, «la forma más potente de Frente Único Obrero» (Trotsky) y no el partido, quienes constituyen los órganos de poder de la clase proletaria. Contrariamente a lo que piensan los ultraizquierdistas, a diferencia del partido y del sindicato, los consejos no son organización permanente de la clase. Su posibilidad concreta de existir supera el marco de la sociedad burguesa y su simple presencia significa ya la lucha real por el poder del Estado: a saber, la guerra civil.

La crisis revolucionaria constituye, por consiguiente, el punto de ruptura en el cual el proletariado irrumpe en tanto que clase en la historia, y «las masas toman en sus manos su propio destino» y comienzan a desempeñar el papel principal. Es por ello que en la crisis revolucionaria la formación social tiende a coincidir con su modo de producción dominante. La organización y la teoría soportan la prueba de la práctica frente al proletariado, que por primera vez se sacude y se expresa *como* base. La incomprensión de este carácter específico de la crisis revolucionaria, hace que la teoría de la organización se extravíe y caiga en el delirio. Y Rosa Luxemburg no siempre escapa a este delirio.

La crisis actúa como un catalizador a través del cual las diferencias se acusan, como el tiempo de un alumbramiento. «Lo importante de todas las crisis, dice Lenin, es que en ellas se manifiesta lo que hasta entonces estaba latente, rechazando lo que es secundario, superficial, sacudiendo el polvo de la política, poniendo al desnudo los verdaderos resortes de la lucha de clases tal como ella se desarrolla realmente». Solo este doble fondo, revelado por la brusca irrupción de procesos latentes, explica todas las imágenes y metáforas marxistas que hacen referencia a los trabajos ocultos, y de las cuales la del «viejo topo» es la más célebre. La percepción de la sociedad oscila entre dos alcances. El primero es descriptivo, resume y registra los fenómenos sociales, compara las reivindicaciones, los resultados electorales de los partidos. El segundo es de orden estratégico: no se limita a alinear las clases, va más allá de las apariencias y encuentra sus conflictos profundos, decisivos. «La estadística, escribe Glucksmann, encuentra su clave en la lucha de clases, y no a la inver-

sa». Para retomar una distinción análoga propia de Lenin, la política se parece más al álgebra que a la aritmética, a las matemáticas superiores más que a las aritméticas elementales. Los burócratas se obstinan en machacar que tres es más que dos, pero en su ceguera electoralista no ven que «las formas antiguas del movimiento socialista se han llenado de nuevo contenido, por lo cual ha aparecido delante de las cifras un signo nuevo, el signo «menos», mientras nuestros sabios seguían (y siguen) tratando con tozudez de persuadirse y de persuadir a todo el mundo de que «menos tres» es más que «menos dos»» [17].

Esta *algebrización* de la lucha de clases que es la única que da acceso a la estrategia, es característica del campo político. La crisis revolucionaria se distingue de la simple crisis económica purgativa del sistema en que ella pertenece al *orden de la política*. Y es en este orden donde la teoría leninista de la organización nos permite hacer pie.

III. LA ORGANIZACIÓN COMO VÍA DE ACCESO A LO POLÍTICO

1) LOS PROBLEMAS DESPUÉS DE MAYO

Las discusiones consecutivas a los acontecimientos de mayo de 1968 giran alrededor del problema del partido revolucionario. La mayoría de las veces para lanzar innovaciones, proponiendo «un partido de tipo nuevo», o más simplemente para denunciar el anacronismo del Partido abandonado a la pauplía anticuada del bolchevismo.

En realidad, bajo el pretexto de novedad y de actualidad, es un viejo problema del movimiento obrero que vuelve a la superficie. ¿Qué dicen hoy los innovadores en la materia? El editorial de *Les Temps Modernes* de mayo-junio de 1968 asigna como única función al aparato del partido, la de «coordinar las actividades de los animadores locales gracias a una red de comunicaciones y de informaciones; de elaborar las perspectivas generales...». Glucksmann, por su parte, descompone las diversas funciones del partido (teóricas, políticas y económicas). Afirma que un *movimiento revolucionario* «no tiene necesidad de organizarse según el aparato del Estado, su tarea no consiste en dirigir sino en coordinar...». La afirmación es o un truismo (el partido no puede jamás erigirse en aparato del Estado) o un error, pues la clase en lucha debe tender a crear una dualidad de poder, a crear sus propios órganos de poder centralizado, su propio Estado. El término mal definido de movimiento revolucionario mantiene la ambigüedad. De aquí deriva toda una concepción de la organización en la que los centros son necesarios «no para hacer la revolución sino para coordinarla», o donde el papel de los «estados mayores» se esfuma en provecho de «equipos de trabajo que reúnen a los especialistas»

Ciertos grupos fundan esta renuncia al partido de «tipo leninista» en el hecho de que la ideología dominante a escala mundial no sería más la de la burguesía, sino la del proletariado. La Revolución china en particular, habría invertido las relaciones de fuerza de manera tal que el proletariado ha establecido un cerco y asedio a la burguesía [18]. En otras palabras, la ideología proletaria se ha convertido en dominante, lo que torna superfluo la delimitación estricta de la vanguardia. El momento es el del intercambio simple entre las diversas corrientes de vanguardia que comparten desde el comienzo una ideología marxista ambiente. En realidad, todas estas hipótesis renuevan una problemática de la que Rossanda se convierte en una lúcida intérprete en su artículo de *Les Temps Modernes*: «El centro de gravedad se desplaza de las fuerzas políticas a las fuerzas sociales». Una de las sistematizaciones más rigurosas de esta problemática se encuentra en Arthur Rosenberg (*Histoire du Bolchevisme*), para quien la teoría del partido es una función del estado de desarrollo del proletariado. En la época en que el proletariado está débilmente desarrollado, un puñado de intelectuales funda organizaciones conspirativas restringidas portadoras de la conciencia de clase aún adormecida del proletariado. Así ocurre con Marx y Engels que consideran a veces que el partido se limita a sus propias personas físicas. Según Rosenberg, Lenin retoma para Rusia, donde el proletariado está poco desarrollado todavía, el mismo tipo de partido. En una etapa ulterior, el proletariado que se ha desarrollado a consecuencia de la expansión de la gran industria, se apropia de la teoría marxista y penetra de ella; pero las organizaciones extraen de allí la justificación de su propia existencia y de las luchas reivindicativas elementales que ellas animan: es la época de la II Internacional. Finalmente, en un tercer período el proletariado educado por sus luchas deviene una clave revolucionaria; el papel del partido, por lo tanto, se reduce: no puede pretender ya la dirección y se limita a ser el simple intérprete de las aspiraciones del proletariado.

2) LOS ERRORES DEL LUXEMBURGUISMO

a) El pecado de hegelianismo

En suma, mediante el desarrollo histórico del proletariado, la clase en sí deviene progresivamente clase para sí, el sujeto teórico de la revolución tiende a coincidir con su sujeto político. Esta tesis reposa sobre la problemática hegeliana del en sí y del para sí. La lectura de Marx de la que ella parte es la que Poulantzas califica de histórico-genética: masa indiferenciada en sus comienzos, la clase social se organizaría en clase en sí para llegar a ser clase para sí. Esta problemática opera un deslizamiento por el cual la clase es concebida como sujeto práctico de la historia. El autodesarrollo histórico de la conciencia de clase suprime el rol del partido. Ahora bien, subraya Poulantzas, «si la clase es un concepto, no designa una realidad que pueda ser situada en las estructuras». Dicho de otra manera, la política que es el orden al que pertenece el partido es irreductible a lo social: la clase como concepto permanece como

sujeto teórico y no práctico de la historia; la mediación del partido por el cual ella accede a lo político sigue siendo indispensable.

La posición de Rosa Luxemburg no es clara; su vocabulario y su sintaxis revelan con frecuencia hegelianismos, como lo señala justamente Robert Paris en su prefacio a *La Revolución Russe*. En la historia, el concepto de proletariado, al principio alienado, se realiza progresivamente. Por lo tanto, la Revolución es presentada como un sujeto oculto del que las vicisitudes de la lucha de las clases son simplemente sus manifestaciones. Cada derrota, cada error, cada revés, son pensados como *momentos* necesarios en el proceso de realización del concepto. De allí resulta evidentemente un rol muy desdibujado para la organización de vanguardia: «el único sujeto al que corresponde hoy el papel de dirigente es el *yo colectivo* de la *clase* obrera, que reclama resueltamente el derecho de cometer *ella misma las equivocaciones...*».

b) Confusión de lo teórico y de lo político

Esta concepción criptohegeliana de la historia se manifiesta con otro sesgo. Rosa Luxemburg señala en *La acumulación del capital* una depuración progresiva de la formación social que vuelve visible el modo de producción, observa una polarización creciente de las clases alrededor de la burguesía y del proletariado. Ella deduce directamente de esta evolución el desarrollo de la conciencia de las clases en presencia.

Ella confunde así el nivel teórico de análisis y el nivel político deduciendo el segundo del primero. Es lo que Lukács denomina la sobreestimación del carácter «orgánico» de las luchas de clase. Si la formación social coincide con el modo de producción, la política se disuelve en la teoría, la táctica en la estrategia. En la época del imperialismo, no hay ya guerras de liberación nacional; en la época de la revolución proletaria no hay más concesiones hacia el campesinado. En realidad, lo que falta a Rosa Luxemburg es la dimensión política. Cree en el «reforzamiento *creciente* de la conciencia de clase del proletariado». Habría una marcha evolutiva de la conciencia de clase en el curso de la cual la autonomía organizativa del partido solo es necesaria como momento (el tiempo en que el proletariado advierte su rol histórico encarnado) en el proceso de desalienación del proletariado.

Debido a esta confusión de los niveles, Rosa Luxemburg subestima los factores políticos e ideológicos, y su función.

No es suficiente que las clases estén polarizadas al extremo para que se expresen espontáneamente sus intereses revolucionarios. Ellas pueden durante largo tiempo permanecer bajo el influjo de la ideología burguesa cuya función es precisamente la de enmascarar las relaciones de producción. La crisis revolucionaria solo disuelve esta ideología y pone al día los mecanismos. En la crisis, la ideología burguesa revela su desnudez; las escuelas autojustificativas de la burguesía, las tentativas por hipostasiar la historia están en bancarrota. En mayo, la burguesía francesa tuvo como taparrabo solo la mediocridad de las fanfarronadas académicas y la prosa grisácea, estúpidamente reaccionaria, de un Papillon. Pero más allá de la crisis, si ella sigue detentando el poder,

la burguesía se reconstruye una fachada, vuelve a lanzar sus mecanismos de seducción ideológica, que actúan como corrosivos de la cohesión de clase.

Los que hoy hacen de mayo un acto de nacimiento (de la espontaneidad revolucionaria del proletariado que sucede a su espontaneidad sometida) no hacen sino extrapolar un momento político preciso: el de la crisis revolucionaria. Teorizan su propia sorpresa y admiración, tanto más grande por cuanto no entreveían la posibilidad de una crisis semejante. De ese modo abandonan el terreno de la política para entrar en el de la metapolítica. Y de ese modo también tienen cierto parentesco con Rosa Luxemburg.

c) La teoría de la organización-proceso

Los resabios de hegelianismo, la confusión de lo teórico y de lo político, tiene como consecuencia la teoría luxemburguista de la organización-proceso. Rosa se obstina con toda lógica en pensar la organización como un producto histórico: «En el movimiento socialdemócrata, la organización también... es un *producto* histórico de la lucha de clases en la cual la socialdemocracia introduce simplemente la conciencia política». En otra parte define la socialdemocracia como «el *movimiento propio* de la clase obrera». Partiendo de la agravación de las contradicciones del capitalismo, y confiando en el proletariado y en su espontaneidad revolucionaria, ella concibe a la organización como la sanción del estado de desarrollo de la clase, y como el punto de mira susceptible de precipitar (en el sentido químico) su condensación. La dimensión organizativa no tiene, en esta perspectiva, un peso específico. Definir la socialdemocracia como el movimiento propio de la clase implica una concepción mecanicista y no política. Si los bolcheviques se hubieran atendido a tal concepción hubieran esperado la luz verde del congreso de los Soviets para desencadenar la insurrección. Sin embargo, solo la vanguardia organizada podía comprender que la fecha de la insurrección debía preceder al congreso, y desencadenarla efectivamente.

Todos los esfuerzos de Lenin en materia de organización están consagrados precisamente a evitar la confusión entre el partido y la clase. En *¿Qué hacer?* insiste en que el movimiento puramente obrero es incapaz de elaborar por sí mismo una ideología independiente, que toda reducción de la ideología socialista implica un reforzamiento de la ideología burguesa, que «el desarrollo espontáneo del movimiento obrero conduce a subordinarlo a la ideología burguesa», lo que significa «el sometimiento ideológico de los obreros por la burguesía». Más precisamente, en *Un paso adelante, dos pasos atrás*, toda la discusión con MártoV sobre el parágrafo 1º de los estatutos tiene por finalidad la distinción clara y neta de la clase y del partido. La amplia difusión de la pertenencia a un partido «implica una idea *desorganizada*: la confusión de la clase y del partido».

Más adelante, Lenin retoma la fórmula utilizada por MártoV según el cual «el partido es el intérprete consciente de un proceso inconsciente», para concluir diciendo que «precisamente por ello es erróneo querer que cada huelguista pueda titularse miembro del partido, pues si cada huelga no fuera la simple

expresión espontánea de un potente *instinto* de clase, si ella fuera la expresión *consciente* del proceso que conduce a la revolución... entonces nuestro partido *se identificaría inmediatamente, de golpe, con toda la clase obrera y a continuación terminaría también de un solo golpe con la sociedad burguesa*».

Solamente en la crisis revolucionaria el partido y la clase tienden a fundirse, porque en ese momento la clase accede masivamente a la lucha política. El partido es el instrumento mediante el cual la clase revolucionaria mantiene su presencia a nivel *político* como una amenaza permanente para la burguesía y su Estado. Pero la crisis revolucionaria, abriendo el campo político a la clase como tal, transforma cualitativamente la vida política. Es por ello que las organizaciones conciben a la crisis como su prueba de verdad, y es por ello también que en la crisis la práctica predomina sobre la teoría.

La política leninista se asienta sobre esta relación dialéctica entre clase y partido. Ninguno de los términos es reductible al otro. Los que minimizan el rol de la organización solo la conciben en función de coyunturas precisas; así, por ejemplo, los que distinguen normas organizativas distintas para los períodos de legalidad y de ilegalidad. Lenin concebía al partido de manera distinta, y determinaba una invariancia de los *principios* de organización correlativa a la tarea del partido: la lucha por la destrucción del Estado burgués, punto de sutura de la formación social capitalista. Y es también este objetivo el que sitúa al partido en el orden de la política: como cerrojo de las relaciones de producción, el Estado es la apuesta por excelencia de la lucha política. Sobre este fondo de invariancia el partido dispone de un margen de adaptación relativo a sus *tareas* inmediatas; pero nunca es definido en función de esas tareas, siempre lo es en función de su *tarea fundamental*.

Toda revisión de los principios leninistas de organización en un sentido o en otro procede de un desplazamiento fuera del campo político, mientras que es solamente en este campo donde se arman y se erigen los protagonistas de la crisis revolucionaria y donde se encierra la apuesta fundamental: el Estado.

Rosa Luxemburg ilustra frecuentemente su concepción de la evolución histórica del proletariado por el paso de lo inconsciente a lo consciente: «el inconsciente precede a lo consciente, y la lógica del proceso histórico objetivo precede a la lógica subjetiva de sus protagonistas». En realidad, más allá del esquematismo simplista de lo consciente y de lo inconsciente concebidos como los atributos respectivos del partido y de la clase, la problemática leninista va más al encuentro de la reelaboración freudiana donde la oposición consciente-inconsciente es sustituida por la oposición «yo coherente»—«elementos rechazados», en el cual el inconsciente es un atributo común a los dos términos. De este modo, en la problemática leninista de la organización, no hay un trayecto continuo del en sí al para sí, del inconsciente al consciente. El partido no es la clase en armas, sigue presa de las incertidumbres, de los balbuceos teóricos y del inconsciente. Expresa el hecho de que en una formación social capitalista no podría haber clase «para sí» como realidad, sino solo como proyecto, a través de la mediación del partido. Lukács lo destaca vigorosamente en su folleto sobre Lenin: «Sería hacerse ilusiones contrarias a la verdad histórica, si se llegara a imaginar que la conciencia de clase verdadera

y capaz de conducir a la toma del poder es capaz de nacer espontáneamente en el seno del proletariado, progresivamente, sin tropiezos, sin regresiones, como si el proletariado pudiera adquirir ideológicamente su vocación revolucionaria de acuerdo a una línea de clase». Además, esta es la razón por la cual la crisis revolucionaria, según la propia Rosa Luxemburg, no sobreviene nunca demasiado pronto y siempre demasiado pronto. Nunca demasiado pronto, porque las premisas económicas, la existencia del proletariado, están necesariamente reunidas; siempre demasiado pronto, porque las premisas políticas, la plena autoconciencia del proletariado, nunca están totalmente realizadas. De aquí resulta que el partido puede ser armado para derrocar el Estado Burgués, pero siempre lo está insuficientemente para asumir las consecuencias de la crisis.

3) LA ESPECIFICIDAD DEL MARXISMO

¿En qué consiste para Lenin la lucha política en la que insiste incesantemente? Ante todo, se esfuerza por definir lo que ella no es: «Es inexacto decir que la realización de la libertad política sea tan necesaria al proletariado como el aumento de salarios... Su necesidad es *de otro orden, no es la misma*, es de un orden *mucho más complejo*». Nuevamente se trata aquí del dominio del álgebra. Incesantemente, Lenin lucha contra la reducción del orden político al orden económico, contra todos los que debilitan la lucha de clases. Corrige a la *Rabóchaia Mysl*, para quien «lo político sigue siempre a lo económico»; fustiga a *Rabócheie Dielo*, que «deduce los objetivos políticos de las luchas económicas».

Pero más allá de estas prevenciones, Lenin habla de lo político, pero sin definirlo.

En realidad, el terreno político no existe *a priori*; solo se constituye con la estructuración de las propias fuerzas políticas. Es por eso que «la expresión más vigorosa, más completa y la mejor definida de la lucha de clases *política*, es la lucha de los *partidos*». Por esta lucha cuyo objetivo es el Estado, se instaura la especificidad de lo político, que es el lugar de irrupción de la crisis revolucionaria. Esta especificidad hace que no se pueda definir más precisamente el sujeto político en ruptura con todo determinismo riguroso de la economía. Lenin sigue siempre atento al papel original que pueden desempeñar ciertas fuerzas políticas, más allá de sus bases sociales reales. Ese papel no depende solamente de las raíces sociales, sino también del lugar ocupado en la estructuración específica del campo político. De este modo se puede comprender, en toda ortodoxia leninista, y sin recurrir a las extrapolaciones sociológicas, el papel desempeñado en mayo por los estudiantes. En un artículo sobre *Las tareas de la juventud revolucionaria*, Lenin ya señalaba: «La división en clases es, por cierto, la base más profunda del agolpamiento político; ella es quien, *en última instancia* determina ese agrupamiento... Pero esta *última instancia* la establece la lucha *política solamente*».

El resultado es que, en contra de todo fatalismo, la iniciativa del sujeto político contribuye a desencadenar una crisis revolucionaria, cuyo desenla-

ce sigue dependiendo en parte de él. La lección correlativa es que la riqueza de la política desdibuja las cartas; su complejidad hace que el detonante, el pretexto de la crisis, casi nunca se produzca donde «lógicamente» se esperaba. Por eso, solo el partido puede permanecer atento a todo el horizonte social, «cultivar todos los terrenos, incluso los más antiguos, los más estériles, los más podridos en apariencia», convencido de que «si bloqueamos una salida, el contagio encontrará otra vía, a veces la más imprevisible». Estos desvíos, estos estallidos repentinos e inesperados, que pueden pillar desprevenida incluso a la organización revolucionaria, víctima de sus anteojeras y sus prejuicios, son, en efecto, el sello de la política, donde la crisis revolucionaria surge donde nadie la preveía. Mayo ilustró su estructuración específica, dando a la política una imagen desusada y desalienada, atractiva para todos aquellos que pensaban que tenía una fachada austera. Amputada por los partidos tradicionales, truncada en luchas sindicales, políticas y antiimperialistas, la política, desgarrada y expoliada, no era más que una triste marioneta. Nanterre inició la recomposición del rompecabezas y devolvió a la política su función totalizadora a través de la cual la crisis puede emerger y socavar el montaje de las contradicciones. En la política destrozada, la crisis revolucionaria se desmenuza, se taponan brecha a brecha, se domina frente a frente.

4) ESTRATEGIA DEL PROLETARIADO Y DE LA BURGUESÍA

Para la burguesía, las formas de dominación política son secundarias a su dominación económica. El poder político de la burguesía puede adoptar la forma de fascismo, bonapartismo o democracia parlamentaria. Pero es en el plano de lo económico donde se sitúa estratégicamente: «la dominación económica lo es todo para la burguesía, mientras que la forma de dominación política es una cuestión de último orden». Mantenerse en el terreno de la lucha económica es tratar de vencer a la burguesía en su terreno; por eso Lenin llega a decir repetidamente en *¿Qué hacer?* que «la política sindicalista de la clase obrera es precisamente la política burguesa de la clase obrera».

Por otro lado, el terreno político es el espacio estratégico del proletariado. Las estructuras políticas burguesas concentran y reproducen todas las formas de sometimiento del proletariado que, como subrayaba el *Manifiesto*, es la primera clase de la historia en ser dominada en todos los niveles (económico, ideológico y político), mientras que en el momento de su revolución política, la burguesía ya tiene el poder económico. En consecuencia, las luchas estratégicas del proletariado como clase son luchas políticas. Esto es lo que ve claramente Rosa Luxemburg cuando subraya en varias ocasiones que no existe una separación artificial entre las luchas reivindicativas y las luchas políticas, que no existe una huelga de masas puramente económica. Sin embargo, no extrae todas las consecuencias de ello; también en este punto permanece por debajo de la comprensión táctica de Lenin. Con respecto a su crítica de la sustitución del Constituyente en el invierno de 1917, Lukács sugiere que concibe la revolución proletaria en las formas estructurales de la revolución burguesa.

CONCLUSIÓN

Los desencuentros entre Lenin y Rosa Luxemburg no son simples escaramuzas aisladas. Muestran la existencia de diferentes problemáticas en las que chocan la dialéctica marxista y la hegeliana. Uno es político, el otro metapolítico. Para nosotros, aunque Rosa contribuya en varios puntos al enriquecimiento de la teoría revolucionaria, solo la problemática leninista permite plantear realmente los problemas de organización. El resultado inmediato son dos puntos fundamentales:

1) La elaboración de una estrategia revolucionaria no puede dissociarse de la estrategia de construcción de una organización revolucionaria. Se condicionan mutuamente. La estrategia revolucionaria es la condición para la eficacia de la organización, pero la organización es la condición para la existencia de la estrategia. Si es cierto que la validez de una consigna depende de la relación de fuerza que la sustenta, la existencia de la organización y su desarrollo transforman las condiciones de formulación de las consignas.

2) Todo el trabajo organizativo debe tener como objetivo la construcción de un Partido. Esto no significa que la existencia de un Partido acabado sea un «requisito» para la lucha revolucionaria. Pero según los principios leninistas, hay que aspirar a la constitución de ese partido. Si no lo tomamos como un objetivo externo a la práctica inmediata, sino como un horizonte que orienta y condiciona esta práctica, cualquier sistema organizativo no quedará suspendido en el vacío, sino que tenderá a ajustarse a los principios. Al igual que en la lucha revolucionaria, en la construcción de la organización el movimiento no lo es todo; el objetivo que uno se propone retrocede sobre el carácter y el curso del movimiento.

Daniel Bensaïd, Alain Nair, Partisans nº 45, enero 1969. |

CUESTIONES ORGANIZATIVAS DE LA SOCIALDEMOCRACIA RUSA [19]

El ultracentralismo defendido por Lenin, sin embargo, nos parece llevado en toda su esencia no por el espíritu creativo positivo, sino un espíritu de vigilante nocturno estéril. Su línea de pensamiento se adapta principalmente al *control de la actividad del partido* y no a su *fertilización*, al *estrechamiento* y no al *despliegue*, a la *agitación* y no a la *unificación* del movimiento.

Rosa Luxemburg, Cuestiones organizativas de la socialdemocracia rusa. |

Es una de las verdades permanentes y consagradas que el movimiento socialdemócrata de los países atrasados debe aprender del movimiento más antiguo de los países más avanzados. Nos atrevemos a añadir lo contrario a esta proposición: Los partidos socialdemócratas más antiguos y avanzados pueden y deben aprender igualmente de un conocimiento más cercano de sus partidos hermanos más jóvenes. Así como para el economista marxista —en contraste con el clasicista burgués y aún más con el economista vulgar— todas las etapas económicas que preceden al orden económico capitalista no son simples formas de «subdesarrollo» con respecto a la corona de la creación —el capitalismo—, sino tipos de economía *históricamente* iguales, para el político marxista los movimientos socialistas diversamente desarrollados son determinados individuos históricos por derecho propio. Y cuanto más conozcamos los mismos rasgos básicos de la socialdemocracia en toda la diversidad de sus distintos medios sociales, cuanto más nos demos cuenta de lo esencial, de lo fundamental, de los *principios* fundamentales del movimiento socialdemócrata, más retrocederá la estrechez de miras provocada por todo localismo. No en vano la nota internacional vibra con tanta fuerza en el marxismo revolucionario; no en vano el tren de pensamiento oportunista siempre termina en el aislamiento nacional. El siguiente artículo, escrito para «Iskra», el órgano del partido socialdemócrata ruso, a petición de este, debería ser también de cierto interés para el público alemán.

La socialdemocracia rusa ha recibido una tarea peculiar, sin precedentes en la historia del socialismo: crear una táctica socialdemócrata adaptada a la lucha de clases proletaria en un Estado absolutista. La comparación habitual de las condiciones actuales de Rusia con las de Alemania en la época de la Ley Socialista no es válida en la medida en que considera las condiciones rusas desde el punto de vista policial y no desde el punto de vista político. Los *obstáculos* que la falta de libertades democráticas pone en el camino del movimiento de masas tienen una importancia relativamente menor: el movimiento de masas en Rusia también ha logrado derribar las barreras de la «constitución» absolutista y ha creado su propia «constitución», aunque lisiada, de «disturbios callejeros». Seguirá haciéndolo hasta su victoria final sobre el absolutismo. Lo que constituye la principal dificultad de la lucha socialdemócrata en Rusia es la ocultación del dominio de la clase burguesa por la tiranía del absolutismo, que da necesariamente a la doctrina de la lucha de clases socialista real un carácter propagandístico abstracto y a la agitación política inmediata un carácter esencialmente revolucionario-democrático.

La Ley Socialista solo pretendía situar a la clase obrera fuera de la constitución, en medio de una sociedad burguesa muy desarrollada, con antagonismos de clase completamente expuestos y desplegados en el parlamentarismo; en eso consistía precisamente la locura, el absurdo de la empresa de Bismarck. En Rusia se va a realizar el experimento contrario, se va a crear una democracia social sin la dominación política directa de la burguesía.

Esto ha configurado de manera muy peculiar no solo la cuestión de trasplantar la doctrina socialista a suelo ruso, no solo la cuestión de la *agitación*, sino también la de la *organización*. En el movimiento socialdemócrata, a diferencia de los anteriores intentos utópicos de socialismo, la *organización* tampoco es un producto artificial de la propaganda, sino un producto histórico de la lucha de clases, al que la socialdemocracia solo aporta la conciencia política. En condiciones normales, es decir, allí donde el dominio político desarrollado de clase de la burguesía precede al movimiento socialdemócrata, la primera soldadura política de los trabajadores es en gran medida ya proporcionada por la burguesía. «En esta etapa», dice el *Manifiesto Comunista*, «la cohesión de masas de los trabajadores... todavía no es la consecuencia de su propia unificación, sino la consecuencia de la unificación de la burguesía» [20]. En Rusia, ha correspondido a la socialdemocracia sustituir una etapa del proceso histórico por una intervención consciente y conducir al proletariado directamente de la atomización política, que es la base del régimen absoluto, a la forma más elevada de organización: como clase que lucha decididamente. La cuestión de la organización es, pues, especialmente difícil para la socialdemocracia rusa, no solo porque tiene que crearla sin todos los adornos formales de la democracia burguesa, sino sobre todo porque tiene que crearla, por

así decirlo, como el querido Dios, «de la nada», en el aire vacío, sin la materia prima política que, por otra parte, prepara la sociedad burguesa.

El problema en el que trabaja la socialdemocracia rusa desde hace algunos años es precisamente el paso del tipo de organización local y de círculos fragmentados y completamente independientes que correspondía a la fase preparatoria, principalmente propagandística, del movimiento, a la organización necesaria para la acción política unida de las masas en todo el Estado. Pero como el rasgo más llamativo de las viejas formas de organización, que se habían vuelto insufribles y políticamente obsoletas, era la fragmentación y la completa autonomía, la prepotencia de las organizaciones locales, la consigna de la nueva fase, del gran trabajo organizativo preparado, se convirtió naturalmente en: *centralismo*. El énfasis en la idea centralista fue el leitmotiv de «Iskra» en su brillante campaña de tres años de preparación del último Congreso del Partido, realmente constituyente [21], la misma idea dominó a toda la joven guardia de la socialdemocracia en Rusia. Sin embargo, pronto se puso de manifiesto en el Congreso del Partido, y más aún *después de él*, que el centralismo es una consigna que no agota ni remotamente el contenido histórico, las peculiaridades del tipo de organización socialdemócrata; se ha puesto de manifiesto una vez más que la concepción marxista del socialismo no puede fijarse en fórmulas rígidas en ningún ámbito, ni siquiera en el de las cuestiones organizativas.

El libro que tenemos ante nosotros del camarada *Lenin*, uno de los destacados dirigentes y luchadores de la «Iskra» en su campaña preparatoria antes del Congreso del Partido Ruso [22], es la exposición sistemática de los puntos de vista de la dirección *ultracentralista* del Partido Ruso. La concepción que se ha expresado aquí de manera contundente y exhaustiva es la de un centralismo despiadado, cuyo principio vital es, por un lado, la distinción y separación tajante de las escuadras organizadas de revolucionarios declarados y activos del medio circundante, aunque no organizado, pero activo desde el punto de vista revolucionario, y, por otro lado, la férrea disciplina y la injerencia directa, decisiva y determinante de la autoridad central en todas las expresiones de vida de las organizaciones locales del partido [23]. Baste decir, por ejemplo, que según este punto de vista el Comité Central tiene el poder de organizar todos los subcomités del partido, por lo tanto también de determinar la composición personal de cada organización local rusa individual, desde Ginebra y Lieja hasta Tomsk e Irkutsk, de darle un estatuto local propio, de disolverlo totalmente por una decisión de poder y de crearlo de nuevo, y finalmente de esta manera influir indirectamente en la composición de la máxima autoridad del partido, el Congreso del Partido. Según esto, el Comité Central aparece como el verdadero núcleo activo del partido [24], y todas las demás organizaciones simplemente como sus herramientas ejecutivas.

Lenin ve un principio marxista específicamente revolucionario precisamente en la unificación de ese estrecho centralismo en la organización con el movimiento de masas socialdemócrata y sabe exponer muchos hechos en apoyo de su opinión. Pero examinemos el asunto un poco más de cerca.

No cabe duda de que la socialdemocracia en general tiene una fuerte vena centralista. Surgida del suelo económico del capitalismo, de tendencia centralista, y dependiente en su lucha del marco político del gran Estado burgués centralizado, la socialdemocracia es, por naturaleza, una pronunciada opositora de todo particularismo y federalismo nacional. Llamado a representar los intereses totales del proletariado como clase frente a todos los intereses parciales y de grupo del proletariado en el marco de un Estado determinado, tiene en todas partes la aspiración natural de soldar todos los grupos nacionales, religiosos, profesionales de la clase obrera en un partido total unificado, del que solo hace una excepción en favor del principio federalista en condiciones exclusivas y anormales, como por ejemplo en Austria.

En este sentido, para la socialdemocracia rusa no era ni es cuestión de formar un conglomerado federal de una miríada de organizaciones especiales nacionales y provinciales, sino un partido obrero unido y compacto del Imperio ruso. Sin embargo, una cuestión muy diferente es la del mayor o menor grado de centralización y de su *carácter* más cercano dentro de una socialdemocracia unida y uniforme de Rusia [25].

Desde el punto de vista de las tareas formales de la socialdemocracia como partido de lucha, el centralismo en su organización aparece desde el principio como una condición de cuyo cumplimiento dependen en proporción directa la capacidad de lucha del partido y su poder de acción. Pero mucho más importante aquí que los aspectos de los requisitos formales de cualquier organización de la lucha son las condiciones históricas específicas de la lucha proletaria.

El movimiento socialdemócrata es el primero en la historia de las sociedades de clase que en todos sus momentos, en todo su curso, se calcula sobre la organización y la acción directa independiente de las masas.

En este sentido, la socialdemocracia crea un tipo de organización muy diferente al de los movimientos socialistas anteriores, por ejemplo, los de tipo jacobino-blanquista.

Lenin parece subestimar esto cuando dice en su libro (p. 140) que el socialdemócrata revolucionario no es otra cosa que «el jacobino inseparablemente ligado a la *organización* del proletariado *con conciencia de clase*» [26]. En la organización y la conciencia de clase del proletariado, frente a la conspiración de una pequeña minoría, Lenin ve la diferencia exhaustiva entre la socialdemocracia y el blanquismo. Olvida que con ello se produce también una completa revalorización de los conceptos de organización, un contenido totalmente nuevo para el concepto de centralismo, una concepción totalmente nueva de la relación recíproca de organización y lucha.

El blanquismo no estaba calculado sobre la acción de clase inmediata de las masas trabajadoras, ni por tanto necesitaba también una organización de masas. Por el contrario, dado que la amplia masa del pueblo no iba a aparecer en el campo de batalla hasta el momento de la revolución, pero la acción preliminar consistía en la preparación de un golpe de Estado revolucionario por parte de una pequeña minoría, la delimitación tajante de las personas encargadas de esta acción particular de la masa del pueblo era directamente

necesaria para el éxito de su tarea. Pero también era posible y factible porque no había ninguna conexión interna entre la actividad conspirativa de una organización blanquista y la vida cotidiana de las masas.

Al mismo tiempo, la táctica y las tareas más detalladas de la actividad, ya que estas se improvisaban libremente, de improviso, sin ninguna conexión con el terreno de la lucha de clases elemental, se elaboraban de antemano hasta el último detalle, fijado y prescrito como un plan definido. Por lo tanto, los miembros activos de la organización se convirtieron naturalmente en meros órganos de ejecución de una voluntad determinada de antemano fuera de su propio campo de actividad, en *instrumentos* de un comité central. Así se dio también el segundo momento del centralismo conspirativo: la subordinación absoluta y ciega de los órganos individuales del partido a su autoridad central y la extensión de los poderes decisivos de esta a la propia periferia de la organización del partido.

Las condiciones de la acción socialdemócrata son fundamentalmente diferentes. Esto surge históricamente de la lucha de clases elemental. Se mueve en la contradicción dialéctica de que aquí el ejército proletario solo se recluta en la lucha y solo en la lucha tiene claras las tareas de la misma. La organización, la ilustración y la lucha no son aquí momentos separados, mecánicamente y también temporalmente, como en un movimiento blanquista, sino que son solo lados diferentes de un mismo proceso. Por un lado, aparte de los principios generales de lucha, no existe una táctica de lucha detallada y preestablecida en la que los miembros socialdemócratas puedan ser instruidos por un comité central. Por otra parte, el proceso de creación de organización de la lucha implica una fluctuación constante de la esfera de influencia de la socialdemocracia.

De ello se desprende que la centralización socialdemócrata no puede basarse en la obediencia ciega, en la subordinación mecánica de los militantes del partido a su poder central, y que, por otra parte, nunca se puede erigir una partición absoluta entre el núcleo del proletariado con conciencia de clase, ya organizado en cuadros firmes del partido, y el estrato circundante, ya arrebatado por la lucha de clases y en proceso de ilustración de clase. La erección de la centralización en la socialdemocracia sobre estos dos principios —sobre la subordinación ciega de todas las organizaciones del partido, con su actividad hasta el más mínimo detalle, a un poder central que es el único que piensa, crea y decide por todos, y sobre la demarcación tajante del núcleo organizado del partido del medio revolucionario que lo rodea, tal como preconiza Lenin— nos parece, por tanto, una transferencia mecánica de los principios organizativos del movimiento blanquista de los círculos conspirativos al movimiento socialdemócrata de las masas trabajadoras. Y Lenin ha marcado su punto de vista quizás con más astucia que cualquiera de sus oponentes al definir a su «socialdemócrata revolucionario» como el «jacobino *asociado* a la organización de los trabajadores con conciencia de clase». Sin embargo, la socialdemocracia no está *relacionada* con la organización de la clase obrera, sino que es *el propio movimiento* de la clase obrera. El centralismo socialdemócrata debe ser, por tanto, de naturaleza esencialmente diferente al centralismo

blanquista. No puede ser otra cosa que la suma imperiosa de la voluntad de la vanguardia ilustrada y combatiente de la clase obrera frente a sus grupos e individuos individuales; se trata, por así decirlo, de un «autocentrismo» del estrato dirigente del proletariado, de su gobierno mayoritario dentro de su propia organización partidaria.

Ya desde el examen de este contenido real del centralismo socialdemócrata queda claro que las condiciones necesarias para un centralismo de este tipo no pueden estar todavía plenamente presentes en la Rusia actual. Estos son: la existencia de un estrato considerable de proletarios ya formados en la lucha política y la posibilidad de plasmar su capacidad de disposición mediante el ejercicio directo de la influencia (en los congresos públicos del partido, en la prensa del partido, etc.).

Es evidente que esta última condición solo puede crearse con la libertad política en Rusia, pero la primera— la formación de una vanguardia del proletariado con conciencia de clase y discernimiento— solo está en proceso de creación.

Hay que entenderlo y considerarlo como el objetivo que guía el próximo trabajo de agitación y de organización.

Tanto más sorprendente es la confianza a la inversa de Lenin, según la cual ya se dan todas las condiciones previas para la realización de un partido obrero grande y extremadamente centralizado en Rusia [27]. Y vuelve a delatar una concepción demasiado mecánica de la organización socialdemócrata cuando proclama con optimismo que incluso ahora «no el proletariado, sino algunos académicos de la socialdemocracia rusa necesitan autoeducación en el sentido de organización y disciplina» (p. 145) [28], cuando alaba la importancia educativa de la fábrica para el proletariado, que la hace innatamente madura para la «disciplina y la organización» (p. 147) [29]. La «disciplina» a la que se refiere Lenin no es de ninguna manera implantada en el proletariado simplemente por la fábrica, sino también por los *cuarteles*, también por el burocratismo moderno, en resumen, por el mecanismo total del Estado burgués centralizado. Pero no es más que un mal uso de la palabra clave designar uniformemente como «disciplina» dos conceptos tan opuestos como la falta de voluntad y la irreflexión de una masa de carne con muchas piernas y muchos brazos que ejecuta movimientos mecánicos según la batuta, y la coordinación voluntaria de las acciones políticas conscientes de un estrato social; como la obediencia cadavérica de una clase dominada y la rebelión organizada de una clase que lucha por su liberación. No es adhiriéndose a la disciplina que le impone el Estado capitalista —con el mero traspaso del bastón de mando de las manos de la burguesía a las de un Comité Central socialdemócrata—, sino rompiendo, desarraigando este espíritu servil de disciplina, como el proletario puede ser educado primero para la nueva disciplina: la autodisciplina voluntaria de la socialdemocracia.

De la misma reflexión se desprende que el centralismo en el sentido socialdemócrata no es en absoluto un concepto absoluto que pueda llevarse a cabo en la misma medida en todos los peldaños de la escala del movimiento obrero, sino que debe concebirse más bien como una *tendencia* cuya realiza-

ción progresa uniformemente con la ilustración y la formación política de las masas trabajadoras en el proceso de su lucha.

Hay que reconocer que la existencia insuficiente de las condiciones más importantes para la realización en toda su extensión del centralismo en el movimiento ruso actual puede ser muy perturbadora. Pero, en nuestra opinión, es un error pensar que el todavía irrealizable gobierno mayoritario de los obreros ilustrados en el seno de la organización de su partido puede ser sustituido «por el momento» por una autocracia «delegada» del poder central del partido, y que la falta de control público por parte de las masas trabajadoras sobre los actos de los órganos del partido podría ser igualmente sustituida por el control inverso de la actividad de los obreros revolucionarios por un comité central.

La propia historia del movimiento ruso da muchas pruebas del valor problemático del centralismo en este último sentido. El poder central omnipotente, con sus poderes casi ilimitados de injerencia y control según el ideal de Lenin, sería evidentemente un absurdo si limitara su poder meramente al aspecto puramente *técnico* de la actividad socialdemócrata, a la regulación de los medios externos y de las improvisaciones de la agitación —por ejemplo, el suministro de la literatura del partido y la distribución expedita de las fuerzas de agitación y financieras—. Solo tendría un propósito político comprensible si utilizara su poder para crear una táctica de lucha unificada, para desencadenar una gran acción política en Rusia. Pero, ¿qué vemos en las transformaciones del movimiento ruso hasta ahora? Sus giros tácticos más importantes y fructíferos de la última década no han sido «inventados» por ciertos líderes del movimiento, y mucho menos por organizaciones dirigentes, sino que han sido cada vez el producto espontáneo del propio movimiento desatado. Así, la primera etapa del movimiento proletario real en Rusia, que comenzó con el estallido elemental de la enormes huelgas de San Petersburgo en 1896 [30] y que inauguró por primera vez la acción económica de masas del proletariado ruso. Asimismo, la segunda fase —la de las manifestaciones políticas callejeras— se inauguró de forma bastante espontánea con los disturbios estudiantiles de San Petersburgo de marzo de 1901 [31]. El otro punto de inflexión significativo de la táctica, que le mostró nuevos horizontes, fue la huelga de masas en Rostov del Don, que estalló «por sí misma» [32], con su agitación callejera improvisada *ad hoc*, las reuniones populares al aire libre, los discursos públicos, que solo unos años antes el más audaz huelguista entre los socialdemócratas no se habría atrevido a pensar como una fantasía. En todos estos casos «el hecho» estaba en el principio. La *iniciativa* y el liderazgo consciente de las organizaciones socialdemócratas desempeñaron un papel extremadamente secundario. Sin embargo, esto no se debió ni a la inadecuada preparación de estas organizaciones especiales para su papel —aunque este momento también puede haber contribuido en gran medida— ni, desde luego, a la ausencia en aquel momento en la socialdemocracia rusa de un poder central omnipotente según el plan desarrollado por Lenin. Por el contrario, lo más probable es que un poder central de este tipo solo hubiera servido para aumentar la indecisión de los comités individuales del partido y para crear una división

entre las masas asaltantes y la vacilante socialdemocracia. Por el contrario, en Alemania y en todas partes se observa el mismo fenómeno: el escaso papel de la iniciativa consciente de las direcciones de los partidos en la configuración de la táctica. Los rasgos principales de la táctica de la socialdemocracia no son en absoluto «inventados», sino que son el resultado de una serie continua de grandes actos creativos de lucha de clases experimentales, a menudo elementales. También en este caso, el inconsciente prevalece sobre el consciente, la lógica del proceso histórico objetivo sobre la lógica subjetiva de sus portadores. El papel de la dirección socialdemócrata en esto tiene un *carácter* esencialmente *conservador*, en el sentido de que lleva, como ha demostrado la experiencia, a trabajar el terreno recién ganado de la lucha hasta sus últimas consecuencias y a convertirlo pronto en un baluarte contra nuevas innovaciones a mayor escala. La táctica actual de la socialdemocracia alemana, por ejemplo, es generalmente admirada por su extraña variedad, flexibilidad y al mismo tiempo seguridad. Pero esto solo significa que en su lucha diaria nuestro partido se ha adaptado maravillosamente al actual terreno parlamentario hasta el más mínimo detalle, que sabe explotar todo el terreno de lucha que ofrece el parlamentarismo y dominarlo de acuerdo con sus principios. Sin embargo, al mismo tiempo, esta configuración específica de la táctica oscurece ya los horizontes más amplios hasta el punto de que la tendencia a perpetuar y considerar la táctica parlamentaria como *la* táctica de la lucha socialdemócrata por excelencia pasa a primer plano. Indicativo de este estado de ánimo es, por ejemplo, la inutilidad con la que *Parvus* lleva años esforzándose por hacer fluir en la prensa del partido el debate sobre una posible reorganización de la táctica en caso de abolición del sufragio universal, a pesar de que tal contingencia es prevista con amarga seriedad por los dirigentes del partido. Esta inercia, sin embargo, se explica en gran medida por el hecho de que también es difícil representar en el aire vacío de la especulación abstracta los contornos y las formas tangibles de una situación política que aún no existe, es decir, que es imaginaria. Lo importante para la socialdemocracia no es cada vez la previsión y la construcción previa de una receta preparada para la táctica futura, sino la conservación viva en el partido de la correcta apreciación histórica de las respectivas formas de lucha imperantes, el sentimiento vivo de la relatividad de la fase dada de la lucha y del necesario incremento de los momentos revolucionarios desde el punto de vista del objetivo último de la lucha de clases proletaria.

Pero sería aumentar artificialmente el conservadurismo de toda dirección de partido, que surge necesariamente de su naturaleza, hasta el grado más peligroso, si se quisiera dotarla de tales poderes absolutos de carácter *negativo*, como hace Lenin. Si la táctica socialdemócrata no es creada por un comité central, sino por el partido en su conjunto o, más correctamente aún, por el movimiento en su totalidad, es evidente que es necesario que las organizaciones individuales del partido tengan el espacio necesario para utilizar completamente todos los medios que ofrece la situación respectiva para la potenciación de la lucha, así como para el desarrollo de la iniciativa revolucionaria. El ultracentralismo defendido por Lenin, sin embargo, nos parece llevado en

toda su esencia no por el espíritu creativo positivo, sino un espíritu de vigilante nocturno estéril. Su línea de pensamiento se adapta principalmente al *control de la actividad del partido* y no a su *fertilización*, al *estrechamiento* y no al *despliegue*, a la *agitación* y no a la *unificación* del movimiento.

Tal experimento parece doblemente audaz para la socialdemocracia rusa en el momento actual. Se encuentra en vísperas de las grandes luchas revolucionarias por la derrota del absolutismo, antes o más bien en un período de actividad más intensa y creativa en el campo de la táctica y —lo que es natural en las épocas revolucionarias— de expansiones y desplazamientos febriles y erráticos de su esfera de influencia. En estos tiempos, querer poner un grillete a la propia iniciativa del espíritu del partido y contener su capacidad de expansión rápida con una valla de alambre de espino sería hacer que la socialdemocracia fuera muy inadecuada desde el principio para las grandes tareas del momento.

De las anteriores consideraciones generales sobre el contenido peculiar del centralismo socialdemócrata, no es posible, por supuesto, deducir la redacción concreta de los párrafos del estatuto de organización del partido ruso. Esta versión depende, naturalmente, en última instancia, de las circunstancias concretas en las que se desarrolla la actividad en el período dado, y —dado que en Rusia se trata del primer intento de una gran organización del partido proletario— difícilmente puede pretender ser infalible de antemano, sino que en todo caso debe pasar primero la prueba de fuego de la vida práctica. Sin embargo, lo que se puede deducir de la concepción general del tipo de organización socialdemócrata son las líneas generales, el *espíritu* de la organización, y esto, especialmente en los inicios del movimiento de masas, determina principalmente el carácter coordinador, unificador y no regulador y exclusivo del centralismo socialdemócrata. Pero cuando este espíritu de libertad política de movimiento, unido a una aguda mirada por la solidez fundamental del movimiento y por su unidad, se ha instalado en las filas del partido, entonces la brusquedad de cualquier estatuto de organización, aunque esté torpemente redactado, será muy pronto corregida eficazmente por la propia práctica. No es la redacción del estatuto, sino el sentido y el espíritu que le dan los militantes activos lo que decide el valor de una forma de organización.

II

Hasta ahora hemos considerado la cuestión del centralismo desde el punto de vista de los fundamentos generales de la socialdemocracia y, en parte, de las condiciones de la Rusia actual. Pero el espíritu de vigilante nocturno del ultracentralismo defendido por Lenin y sus amigos no es en él un producto accidental de errores, sino que está relacionado con una oposición al *oportunismo* llevada hasta el más mínimo detalle de las cuestiones organizativas.

«Se trata —dice Lenin (p. 52)— *de forjar un arma más o menos afilada contra el oportunismo por medio de los párrafos del estatuto de la organización.*

Cuanto más profundas sean las fuentes del oportunismo, más afilada debe ser esta arma» [33].

Lenin también ve en el poder absoluto del Comité Central y en el estricto cerco estatutario del partido precisamente el dique eficaz contra la corriente oportunista, cuyas características específicas describe como la predilección innata del académico por el autonomismo, por la desorganización y su aborrecimiento de la disciplina estricta del partido, de todo «burocratismo» en la vida del partido. En opinión de Lenin, solo el «literato» socialista, en virtud de su desarticulación e individualismo innatos, puede resistirse a tales poderes ilimitados del Comité Central; un proletario genuino, en cambio, incluso como resultado de su instinto de clase revolucionario, debe sentir cierto deleite ante toda la tirantez, estrechez y gallardía de su autoridad suprema de partido, sometiéndose a todas las crudas operaciones de la «disciplina de partido» con los ojos alegremente cerrados. «*El burocratismo opuesto al democratismo*», dice Lenin, «ese es precisamente el principio organizador de la socialdemocracia revolucionaria opuesto al principio organizador de los oportunistas» (p. 151.) [34]. Invoca enfáticamente el hecho de que la misma oposición de la concepción centralista y autonomista se nota en la socialdemocracia de todos los países donde se oponen las direcciones revolucionaria y reformista o revisionista. Lo ejemplifica concretamente con los últimos acontecimientos en el partido alemán y con el debate que se ha desarrollado en torno a la cuestión de la autonomía de la circunscripción. Solo por esta razón, un nuevo examen de los paralelismos de Lenin no debería carecer de interés y beneficio.

Sobre todo, hay que señalar que en el fuerte énfasis en las capacidades innatas de los proletarios para la organización socialdemócrata y en la sospecha de los elementos «académicos» del movimiento socialdemócrata no hay en sí mismo nada «marxista revolucionario», sino que en él se puede demostrar fácilmente el parentesco con las opiniones oportunistas. El antagonismo entre el elemento puramente proletario y la intelectualidad socialista no proletaria es, al fin y al cabo, el escudo ideológico común bajo el que se esconde el sindicalista semianarquista francés, con su viejo grito: *Méfiez-vous de politiciens!* [*¡Cuidado con los políticos! (N. del T.)*], la desconfianza del sindicalismo inglés frente a los «fantasiosos» socialistas y, por último —si nos orientamos correctamente—, también el «economismo» puro del antiguo «Rabóchaia Mysl» (pensamiento obrero) de San Petersburgo con su transferencia de la estrechez de miras sindicalista a la Rusia absolutista.

Sin embargo, en la práctica de la socialdemocracia europea occidental hasta ahora, se puede observar una conexión innegable entre el oportunismo y el elemento académico y, por otro lado, entre el oportunismo y las tendencias de descentralización en cuestiones organizativas. Pero si estos fenómenos, que han surgido en un terreno histórico concreto, se desprenden de esta conexión para estamparlos en plantillas abstractas de validez general y absoluta, tal procedimiento es el mayor pecado contra el «Espíritu Santo» del marxismo, es decir, contra su método de pensamiento histórico-dialéctico.

Tomado en abstracto, solo se puede afirmar que el «académico», como elemento ajeno al proletariado por origen y descendiente de la burguesía, no

puede llegar al socialismo en armonía con su propio sentimiento de clase, sino solo superándolo, puede llegar al socialismo por la vía de la *ideología* y, por lo tanto, está más predispuesto a los saltos laterales oportunistas que el proletario ilustrado, al que —siempre que no haya perdido la conexión viva con su suelo madre social, con la *masa* proletaria— su instinto de clase inmediato le da un asidero revolucionario seguro. Sin embargo, la forma concreta en que aparece esta disposición del académico al oportunismo, la forma tangible que adopta, es decir, de tendencias organizativas, depende en cada caso del medio social concreto de la sociedad en cuestión.

Los fenómenos de la vida de la socialdemocracia alemana, francesa e italiana a los que se refiere Lenin han surgido de una base social muy específica, a saber, *el parlamentarismo burgués*. Así como el parlamentarismo burgués es el caldo de cultivo específico de la actual corriente oportunista en el movimiento socialista de Europa Occidental, las tendencias particulares del oportunismo hacia la desorganización también han brotado de él.

El parlamentarismo no solo apoya todas las ilusiones conocidas del oportunismo actual, tal como las hemos conocido en Francia, Italia y Alemania: la sobrevaloración de la labor de las reformas, de la cooperación de clases y partidos, del desarrollo pacífico, etc., sino que, al mismo tiempo, constituye el terreno sobre el que pueden operar prácticamente estas ilusiones, al separar a los universitarios de las masas proletarias como parlamentarios, incluso en la socialdemocracia, y, por así decirlo, elevarlos por encima de ellas. Finalmente, con el crecimiento del movimiento obrero, el mismo parlamentarismo convierte a este en un trampolín para el ascenso político, por lo que lo convierte fácilmente en un refugio para las existencias burguesas ambiciosas y naufragantes.

De todos estos momentos surge también la cierta tendencia del académico oportunista de la socialdemocracia europea occidental a la desorganización y la indisciplina. La segunda condición cierta de la actual corriente oportunista es, concretamente, la existencia de un estado de desarrollo ya elevado del movimiento socialdemócrata, es decir, también de una organización partidista socialdemócrata influyente. Este último aparece ahora como el muro protector del movimiento revolucionario de clase contra las tendencias burguesas parlamentarias, que tiene que ser desmoronado, llevado a pedazos, para disolver de nuevo el núcleo activo compacto del proletariado en la masa amorfa de votantes. Así surgen las tendencias «autonomistas» y descentralistas del oportunismo moderno, históricamente bien fundadas y excelentemente adaptadas, que no se explican, pues, por la disolución y flaqueza innatas del «intelectual», como supone Lenin, sino por las necesidades del parlamentario burgués, no por la *psicología* del académico, sino por la *política* del oportunista.

Pero todas estas condiciones parecen significativamente diferentes en la Rusia absolutista, donde el oportunismo en el movimiento obrero no es en absoluto un producto del fuerte crecimiento de la socialdemocracia, de la descomposición de la sociedad burguesa, como en Occidente, sino, por el contrario, de su retraso político.

La intelectualidad rusa, de la que se recluta el académico socialista, tiene comprensiblemente un carácter de clase mucho más indeterminado, está mucho más desclasada en el sentido exacto de la palabra que la intelectualidad europea occidental. Esto, junto con la juventud del movimiento proletario en Rusia, da lugar a un margen mucho más amplio para la inercia teórica y la vagancia oportunista, que a veces conduce a una negación completa del lado político del movimiento obrero, a veces a la creencia opuesta en el terror que es la única solución, y finalmente a un descanso «filosófico» en las ramas del liberalismo o el idealismo kantiano.

Solo para la tendencia *activa* específica a la desorganización, el académico socialdemócrata ruso carece, en nuestra opinión, no solo del punto de referencia positivo en el parlamentarismo burgués, sino también del medio social-psíquico correspondiente. El moderno hombre de letras de Europa Occidental, que se dedica al culto de su supuesto «yo» y que además lleva esta «moral de hombre maestro» al mundo socialista de la lucha y el pensamiento, es el tipo no de la intelectualidad burguesa en general, sino de una determinada fase de su existencia, es decir, es el producto de una burguesía decadente y podrida ya atascada en el círculo malo de su dominio de clase.

Los caprichos utópicos y oportunistas del académico socialista ruso, por otra parte, tienen una tendencia explicable a adoptar la forma teórica opuesta de vaciarse de sí mismo, de autoflagelarse. Al fin y al cabo, el antiguo «ir al pueblo», es decir, la obligada mascarada del académico como campesino, fue precisamente una invención desesperada del mismo académico entre los antiguos «folcloristas», al igual que el burdo culto al «puño callosa» se ha convertido recientemente entre los seguidores del «economismo» puro.

Si se intenta resolver la cuestión de las formas de organización no trasladando mecánicamente plantillas rígidas de Europa Occidental a Rusia, sino examinando las condiciones concretas dadas en la propia Rusia, se llega a un resultado bastante diferente. Atribuir al oportunismo, como hace Lenin, el hecho de que le guste una forma particular de organización —digamos la descentralización— es, en cualquier caso, juzgar mal su naturaleza interna. Por muy oportunista que sea, el oportunismo tiene como único principio la falta de principios incluso en cuestiones de organización. Siempre elige sus medios en función de las circunstancias, en la medida en que se adaptan a sus fines. Pero si formulamos el oportunismo, como lo hizo Lenin, como el empeño de paralizar el movimiento revolucionario independiente de clase del proletariado para someterlo a los deseos de dominación de la intelectualidad burguesa, entonces en las *etapas iniciales* del movimiento obrero este fin es más probable que se logre no por medio de la descentralización, sino precisamente por medio del *centralismo* estricto, que entrega el movimiento proletario, aún poco claro, con su cabeza a un puñado de dirigentes académicos. Es característico que también en Alemania, al *principio* del movimiento, donde todavía faltaba un núcleo fuerte de proletarios ilustrados y una táctica socialdemócrata probada, estuvieran representadas en la organización las dos tendencias, a saber, el centralismo extremo de la Asociación General de Trabajadores Alemanes de Lassalle, y el «autonomismo», por otra parte, de

los eisenachianos. Y, sin embargo, esta táctica de los eisenachianos, a pesar de toda su concedida falta de claridad de principios, había provocado una participación activa significativamente mayor del elemento proletario en la vida intelectual del partido, un mayor espíritu de iniciativa en los propios obreros —como prueba, entre otras cosas, puede servir el rápido desarrollo de una considerable prensa provincial de esta fracción— y, en general, una saludable tendencia a lo *general* mucho más fuerte que la de los lassalleanos, que naturalmente tenían experiencias cada vez más tristes con sus «dictadores».

En general, en condiciones en las que la parte revolucionaria de las masas trabajadoras aún está dispersa, en las que el propio movimiento está vacilando, en definitiva, en las que las condiciones son similares a las de Rusia en la actualidad, la tendencia organizativa adecuada del académico oportunista puede demostrarse fácilmente que es precisamente el centralismo férreo y despótico. Al igual que en una etapa posterior —en el medio parlamentario y frente a un partido obrero fuerte y firmemente establecido— la *descentralización*, por el contrario, se convierte en la tendencia correspondiente del académico oportunista.

Es precisamente desde el punto de vista de los temores de Lenin sobre las peligrosas influencias de la intelectualidad en el movimiento proletario que su propia concepción de la organización constituye el mayor peligro para la socialdemocracia rusa.

De hecho, nada entrega un movimiento obrero incipiente a las ansias de dominación de los académicos tan fácilmente y con tanta seguridad como el confinamiento del movimiento en la coraza de un centralismo burocrático que degrada a los trabajadores en lucha a la herramienta sumisa de un «comité» [35]. Y, a la inversa, nada protege tanto al movimiento obrero de todos los abusos oportunistas por parte de una intelectualidad ambiciosa como la autoactivación revolucionaria de los trabajadores, como la potenciación de su sentido de la responsabilidad política.

De hecho, lo que Lenin ve como un espectro hoy puede convertirse muy fácilmente en una realidad tangible mañana.

No olvidemos que la revolución en cuya víspera nos encontramos en Rusia no es una revolución proletaria sino burguesa, que cambiará en gran medida todo el escenario de la lucha socialdemócrata. Entonces, muy pronto, la intelectualidad rusa se llenará también de un contenido de clase burguesa muy pronunciado. Si hoy la socialdemocracia es el único líder de las masas trabajadoras rusas, al día siguiente de la revolución la burguesía, y en primer lugar su intelectualidad, querrá naturalmente formar a las masas en el pedestal de su gobierno parlamentario. Cuanto menos se desencadene la autoactividad, la libre iniciativa, el sentido político de la capa más despierta de la clase obrera en el actual período de lucha, cuanto más se encauce políticamente y se perfore por un Comité Central socialdemócrata, más fácil será el juego de los demagogos burgueses en la Rusia renovada, más irá mañana a los graneros de la burguesía la cosecha del trabajo de hoy de la socialdemocracia.

Pero, sobre todo, toda la idea básica de la concepción ultracentralista, que culmina en alejar al oportunismo del movimiento obrero mediante un esta-

tuto de organización, es errónea. Bajo la impresión inmediata de los últimos acontecimientos en la socialdemocracia francesa, italiana y alemana, se ha desarrollado evidentemente entre los socialdemócratas rusos la tendencia a considerar el oportunismo en general como una mezcla traída al movimiento obrero desde el exterior solo con los elementos de la democracia burguesa, pero ajena al propio movimiento proletario. Si esto también fuera correcto, las barreras estatutarias a la organización se mostrarían en sí mismas bastante impotentes frente a la embestida del elemento oportunista. Una vez que la afluencia masiva de elementos no proletarios a la socialdemocracia surge de causas sociales tan arraigadas como el rápido colapso económico de la pequeña burguesía y el colapso político aún más rápido del liberalismo burgués, la extinción de la democracia burguesa, entonces es una ilusión ingenua imaginar que se podría frenar esta oleada que se avecina mediante esta u otra versión de los párrafos de los estatutos del partido. Los párrafos solo rigen la existencia de pequeñas sectas o sociedades privadas; las corrientes históricas siempre han conseguido anular los párrafos más sutiles. Además, es bastante erróneo pensar que al movimiento obrero le interesa incluso rechazar la afluencia masiva de elementos liberados por la disolución progresiva de la sociedad burguesa. La proposición de que la socialdemocracia, representante de clase del proletariado, es al mismo tiempo la representante de todos los intereses progresistas de la sociedad y de todas las víctimas oprimidas del orden social burgués, no debe interpretarse simplemente en el sentido de que en el programa de la socialdemocracia se combinan idealmente todos estos intereses. Esta proposición se convierte en verdad en la forma del proceso histórico de desarrollo en virtud del cual la socialdemocracia, incluso como *partido político*, se convierte gradualmente en el refugio de los más diversos elementos descontentos, que se convierte realmente en el partido del pueblo contra una pequeña minoría de la burguesía gobernante. Solo se trata de subordinar los dolores actuales de esta abigarrada multitud de compañeros de viaje a los objetivos últimos de la clase obrera, de integrar el espíritu de oposición no proletario en la acción revolucionaria proletaria, en una palabra, de asimilar y digerir los elementos que desembocan en ella.

Esto último, sin embargo, solo es posible allí donde, como hasta ahora en Alemania, unas tropas centrales proletarias fuertes y formadas ya marcan la pauta en la socialdemocracia y son lo suficientemente claras como para llevar a los compañeros de viaje desclasados y pequeñoburgueses. En este caso, una aplicación más estricta de la idea centralista en el estatuto de la organización y el endurecimiento de la disciplina del partido son también muy convenientes como dique contra la corriente oportunista. En estas circunstancias, el estatuto de la organización puede servir, sin duda, de asidero en la lucha con el oportunismo, como ha servido, en efecto, a la socialdemocracia revolucionaria francesa contra los embates del batiburrillo jauresista, y como una revisión del estatuto del partido alemán en este sentido se ha convertido ahora en una necesidad.

Pero también en este caso, el estatuto del partido no debe ser en sí mismo un arma para rechazar el oportunismo, sino simplemente un medio de poder

externo para el ejercicio de la influencia decisiva de la mayoría proletaria revolucionaria realmente existente en el partido. En los casos en los que todavía falta, no se puede sustituir por los párrafos más rigurosos sobre el papel.

Pero la afluencia de elementos burgueses, como he dicho, no es en absoluto la única fuente de la corriente oportunista en la socialdemocracia. La otra fuente reside más bien en la naturaleza de la propia lucha socialdemócrata, en sus contradicciones internas. El avance histórico-mundial del proletariado hacia su victoria es un proceso cuya peculiaridad radica en que aquí, por primera vez en la historia, las masas populares deben hacer valer su voluntad por sí mismas y contra todas las clases dominantes, pero deben ponerla más allá de la sociedad actual, más allá de ellas. Por otra parte, las masas solo pueden formar esta *voluntad* en su lucha diaria con el orden existente, es decir, solo dentro de su marco. La unificación de la gran masa del pueblo con un objetivo que trasciende todo el orden existente, de la lucha cotidiana con la agitación revolucionaria, esa es la contradicción dialéctica del movimiento socialdemócrata, que también debe abrirse paso lógicamente a lo largo de todo el curso del desarrollo entre los dos precipicios: entre el abandono del carácter de masas y el abandono del objetivo final, entre la recaída en la secta y la caída en el movimiento reformista burgués.

Por lo tanto, es una ilusión muy poco histórica pensar que la táctica socialdemócrata en el sentido revolucionario puede ser asegurada por adelantado de una vez por todas, que el movimiento obrero puede ser preservado de una vez por todas de las aventuras oportunistas. Es cierto que la doctrina de Marx proporciona armas devastadoras contra todos los tipos básicos de pensamiento oportunista. Pero como el movimiento socialdemócrata es un movimiento de masas, y como los escollos que lo amenazan no provienen de las mentes humanas, sino de las condiciones sociales, las derivas oportunistas no pueden evitarse desde el principio; deben ser superadas por el propio movimiento solo después de que hayan tomado forma tangible en la práctica, aunque con la ayuda de las armas suministradas por el marxismo. Visto desde este ángulo, el oportunismo aparece también como un producto del propio movimiento obrero, como un momento inevitable de su desarrollo histórico. Especialmente en Rusia, donde la socialdemocracia es todavía joven y las condiciones políticas del movimiento obrero son tan anormales, es probable que el oportunismo surja en gran medida por el momento de esta fuente, del inevitable tanteo y experimentación de la táctica, de la necesidad de conciliar la lucha contemporánea con los principios socialistas en circunstancias bastante peculiares y sin precedentes.

Pero si esto es así, la idea de poder prohibir la aparición de corrientes oportunistas justo al principio de un movimiento obrero mediante esta u otras versiones de los estatutos de organización parece aún más extraña. El intento de alejar el oportunismo por medios de papel no puede, de hecho, cortar en la carne del oportunismo, sino solo en la carne de la propia socialdemocracia, y al impedir la pulsación de una vida sana en su interior, debilita su capacidad de resistir no solo a las corrientes oportunistas, sino también —lo que tam-

bién puede tener cierta importancia— al orden social existente. Los medios se vuelven contra el fin.

En este afanoso esfuerzo de una parte de los socialdemócratas rusos por proteger al movimiento obrero ruso, que se levanta con tanta esperanza y vitalidad, de los errores de la tutela de un Comité Central omnisciente y omnipotente, nos parece que interviene el mismo *subjetivismo* que a menudo ha hecho estragos en la idea socialista en Rusia. Las cabriolas que el venerado sujeto humano de la historia a veces gusta de realizar en su propio proceso histórico son realmente graciosas. El *yo*, exacerbado y destrozado por el absolutismo ruso, se venga colocándose en el trono de su mundo de pensamiento revolucionario y declarándose omnipotente, como un comité de conspiradores en nombre de una inexistente «voluntad del pueblo». El «objeto», sin embargo, se muestra más fuerte; el *knut* pronto triunfa demostrando ser la expresión «legítima» de la etapa dada del proceso histórico. Finalmente, aparece en escena un hijo aún más legítimo del proceso histórico: el movimiento obrero ruso, que realiza el más bello intento de crear una voluntad popular por primera vez en la historia de Rusia. Ahora, sin embargo, el «yo» del revolucionario ruso gira rápidamente sobre su cabeza y vuelve a declararse guía todopoderoso de la historia, esta vez en la suprema majestad de un Comité Central del movimiento obrero socialdemócrata. El audaz acróbata pasa por alto el hecho de que el único sujeto en el que ha recaído este papel de guía es el *yo de las masas* de la clase obrera, que insiste en que se le permita cometer sus propios errores y aprender la dialéctica histórica por sí mismo. Y por último, digamos abiertamente entre nosotros: los errores cometidos por un movimiento obrero verdaderamente revolucionario son inconmensurablemente más fructíferos y valiosos históricamente que la infalibilidad del mejor «Comité Central».

Die Neue Zeit (Stuttgart), 22º año 1903/04, |
segundo volumen, I: PP. 484-492, II: PP. 529-535. |

UN PASO ADELANTE, DOS PASOS ATRÁS

Vladimir I. Lenin. |

RESPUESTA DE N. LENIN A ROSA LUXEMBURG ^[36]

El artículo de Rosa Luxemburg publicado en los números 42 y 43 de *Die Neue Zeit* es un análisis crítico de mi libro, publicado en ruso, acerca de la crisis existente en el seno de nuestro partido. No puedo por menos de expresar a los camaradas alemanes mi agradecimiento por la atención que dispensan a las publicaciones de nuestro partido y por su esfuerzo de darlas a conocer a la socialdemocracia alemana, pero debo señalar que lo que el artículo de Rosa Luxemburg publicado en *Neue Zeit* da a conocer al lector no es mi libro, sino otra cosa distinta. Pondré algunos ejemplos en apoyo de esto. La camarada Luxemburg dice, por ejemplo, que en mi libro se manifiesta clara y nítidamente la tendencia de un «centralismo a ultranza». La camarada Luxemburg da por supuesto, así, que yo defiendo un sistema de organización contra cualquier otro. Pero, en realidad, no hay tal cosa. Lo que yo defiendo a lo largo de todo el libro, desde la primera página hasta la última, son los principios elementales de cualquier organización de partido que pueda imaginarse. En mi libro no se examina el problema de la diferencia entre este o el otro sistema de organización, sino el problema de cómo es necesario apoyar, criticar y corregir el sistema que sea, siempre y cuando que no contradiga a los principios del partido. Rosa Luxemburg dice, más adelante, que «según su concepción [la de Lenin], el C. C. tiene plenos poderes para organizar todos los poderes locales del partido». Esto no es verdad. Lo que yo opino acerca de esta cuestión puede demostrarse documentalmente mediante el proyecto de los estatutos de organización del partido presentado por mí. En él no se dice ni una palabra del derecho a organizar comités locales. Fue la comisión elegida por el congreso del partido para elaborar los estatutos la que introdujo en ellos este derecho, y el congreso del partido aprobó el proyecto de la comisión. Para esta comisión fueron elegidos, aparte de mí y de otro partidario de la mayoría, tres representantes de la minoría del partido, lo que quiere decir que en esta comisión, que confirió al C. C. el derecho a organizar los comités locales, prevaleció

precisamente el criterio de tres adversarios míos. La camarada R. Luxemburg confunde dos hechos distintos. En primer lugar, confunde mi proyecto de organización con el proyecto modificado de la comisión, de una parte, y de otra con los estatutos de organización aprobados por el congreso del partido; y, en segundo lugar, confunde la defensa de un determinado postulado que figura en un determinado artículo de los estatutos (en modo alguno es verdad que, en esta defensa, yo mantuviera una posición a ultranza, puesto que en el pleno no objeté en contra de las enmiendas introducidas por la comisión) con la defensa (¿tiene esto algo que ver con el auténtico «ultracentralismo»?) de la tesis según la cual los estatutos aprobados por el congreso del partido deberán aplicarse en la práctica mientras no sean modificados por el congreso siguiente. Esta tesis («puramente blanquista», como fácilmente podrá advertir el lector) ha sido defendida por mí en mi libro, a pesar de que, verdaderamente, mantengo una actitud «a ultranza». Dice la camarada Luxemburg que, en mi opinión, «el C. C. es el único núcleo activo del partido». Esto no es verdad. Yo no he defendido jamás semejante opinión. Por el contrario, mis contradictores (la minoría del II Congreso del partido) me han acusado en sus escritos de no defender lo bastante la independencia y la autonomía del C. C. y de subordinarla excesivamente a la Redacción del O. C. y al Consejo del partido, organismos que funcionan en el extranjero. A esta acusación he respondido en mi libro diciendo que cuando la mayoría del partido prevalezca en el Consejo jamás intentará coartar la autonomía del C. C.; pero esto fue lo que ocurrió tan pronto como el Consejo del partido se convirtió en un instrumento en manos de la minoría. La camarada Rosa Luxemburg dice que en la socialdemocracia rusa nadie duda de la necesidad de contar con un partido unido y que toda disputa gira en torno a la mayor o menor centralización. Esto no es verdad. Si la camarada Luxemburg se diera el trabajo de leer las resoluciones de numerosos comités locales del partido, que constituyen la minoría, comprendería fácilmente (cosa que se destaca con particular claridad en mi libro) que la disputa entre nosotros gira, principalmente, en torno a si el C. C. y el O. C. deben o no representar la tendencia de la mayoría del congreso del partido. De esta exigencia «ultracentralista» y «puramente blanquista» no dice ni una palabra la respetable camarada, que prefiere declamar en contra de la supeditación mecánica de la parte al todo, en contra de la sumisión servil, de la obediencia ciega y de otras monstruosidades por el estilo. Le agradezco mucho a la camarada Luxemburg sus esclarecimientos en torno a la profunda idea de que la sumisión servil es funesta para el partido, pero desearía preguntarle si ella consideraría como normal, si reputaría tolerable el que en un partido cualquiera predominara en los órganos centrales, titulados órganos del partido, la minoría del congreso de este. La camarada R. Luxemburg me achaca la idea de que en Rusia se dan ya todas las premisas necesarias para organizar un gran partido obrero, rigurosamente centralizado. Es una nueva afirmación que falta a la verdad de los hechos. En ninguna parte de mi libro defiende esta idea, ni siquiera la expreso. La tesis defendida por mí expresaba y expresa algo distinto. Lo que yo subrayo es que se dan ya todas las premisas necesarias para que sean acatadas las decisiones del congreso y que hace ya

mucho que ha pasado el tiempo en que los organismos del partido podían ser suplantados por círculos privados. He aportado pruebas de que algunos académicos de nuestro partido han revelado su inconsecuencia y falta de firmeza y de que no tienen derecho alguno a achacar su falta de disciplina al proletariado ruso. Los obreros rusos se han pronunciado ya repetidas veces y en diversas ocasiones en pro de la observancia de los acuerdos del congreso del partido. Es sencillamente ridículo el que la camarada Luxemburg declare que esto no pasa de ser una opinión «optimista» (¿no debiera considerarse más bien como «pesimista»?), sin decir a este propósito ni una palabra acerca del fundamento de hecho sobre que descansa mi tesis. No he sido yo, sino un adversario mío, quien ha dicho que concibo el partido a la manera de una fábrica. Lo que yo he hecho ha sido burlarme de él, demostrándole con sus propias palabras que confundía dos aspectos distintos de la disciplina fabril, lo que, por desgracia, le ocurre también a la camarada R. Luxemburg [37].

Dice la camarada Luxemburg que yo, al definir socialdemócrata revolucionario como un jacobino vinculado a una organización obrera con conciencia de clase, probablemente he trazado una caracterización más ingeniosa de mi punto de vista de la que haya podido trazar ninguno de mis adversarios. Esta afirmación se aparta una vez más de los hechos. El primero que ha hablado de jacobinismo no he sido yo, sino P. Axelrod. Ha sido él quien por primera vez comparó los grupos de nuestro partido con los del tiempo de la Gran Revolución francesa. Yo me he limitado a advertir que esta comparación solo era admisible en el sentido de que la división de la socialdemocracia actual en un ala revolucionaria y otra oportunista coincidía hasta cierto punto con la división en montañeses y girondinos. Esta comparación fue hecha con frecuencia por la vieja *Iskra*, reconocida como órgano por el congreso. Reconociendo precisamente esta división, la vieja *Iskra* luchó contra el ala oportunista de nuestro partido, contra la tendencia de *Rabócheie Dielo*. Rosa Luxemburg confunde aquí la correlación entre dos tendencias revolucionarias de los siglos XVIII-XIX con la identificación de estas tendencias. Así, por ejemplo, si digo que entre el Pequeño Echeidegg y la Jungfrau [38] hay la misma diferencia que entre una casa de dos pisos y otra de cuatro, no quiere decir eso que identifique a la Jungfrau con una casa de cuatro pisos. La camarada Luxemburg deja totalmente fuera de su horizonte visual el análisis de hecho de las distintas tendencias existentes en nuestro partido. Pues bien, más de la mitad de mi libro se dedica precisamente a este análisis, basado en las actas del congreso de nuestro partido, hacia lo cual llamo la atención especialmente en mi introducción. Rosa Luxemburg quiere hablar de la situación actual de nuestro partido y, al hacerlo, prescinde totalmente del congreso que ha sido, en rigor, el que ha sentado los fundamentos de este. ¡No hay más remedio que considerar que esta empresa es bastante arriesgada! Tanto más arriesgada cuanto que, como ya hube de señalar cientos de veces en mi libro, mis adversarios hacen caso omiso del congreso, y esto es precisamente lo que hace que todas sus afirmaciones carezcan de todo fundamento en los hechos.

Es, cabalmente, el mismo error cardinal en que incurre la camarada Rosa Luxemburg. Se limita a repetir unas cuantas frases vacuas, sin tomarse el

trabajo de entrar a examinar su sentido concreto. Se deja intimidar por una serie de monstruosidades, sin penetrar en los verdaderos fundamentos de la disputa. Me atribuye una serie de lugares comunes, principios y reflexiones generalmente conocidos y verdades absolutas, procurando silenciar las verdades relativas, basadas en hechos rigurosamente determinados, los únicos con los que yo opero. Y se lamenta, además, de que se apliquen esquemas, remitiéndose a este propósito a la dialéctica marxista. Pero es el caso de que el artículo de la respetable camarada no contiene, precisamente, más que esquemas producto de la cavilación, y su artículo contradice a los rudimentos de la dialéctica. Estos rudimentos nos dicen que la verdad abstracta no existe, que la verdad es siempre concreta. La camarada Rosa Luxemburg ignora desdenosamente los hechos concretos de la lucha de nuestro partido y se ocupa noblemente de declamaciones acerca de problemas que no es posible, seriamente, enjuiciar. Citaré el último ejemplo, tomado del segundo artículo de la camarada Luxemburg. Cita mis palabras según las cuales esta o la otra redacción dada a los estatutos de organización puede servir de arma más o menos afilada de lucha en contra del oportunismo. Pero no dice ni una palabra acerca de las formulaciones de que yo hablo en mi libro y de que hablamos todos en el congreso del partido. La camarada autora del artículo no se refiere para nada a cuál era la polémica mantenida por mí en el congreso del partido, no dice contra qué planteaba yo mis tesis. En vez de ello ¡;se digna administrarme toda una lección sobre el oportunismo... en los países parlamentarios!! Pero acerca de las distintas variantes específicas del oportunismo, acerca de los matices que adopta en nuestro país, en Rusia y de los que se habla en mi libro, no encontraremos en su artículo ni una sola palabra. La conclusión a que se llega, partiendo de estos razonamientos, agudos e ingeniosos a más no poder, es la siguiente: «Los estatutos del partido no deben ser, de por sí [??;entiéndalo quien pueda!], un arma cualquiera para rechazar el oportunismo, sino solamente un arma externa poderosísima para asegurar la influencia dirigente de la mayoría revolucionario-proletaria del partido realmente existente». Absolutamente cierto. Pero R. Luxemburg silencia cómo se ha formado la mayoría realmente existente de nuestro partido, que es precisamente de lo que yo hablo en mi libro. Y no dice tampoco cuál era la influencia que defendíamos Plejánov y yo por medio de esta poderosísima arma externa. Y únicamente podría añadir que yo jamás ni en parte alguna he dicho algo tan sin sentido como eso de que los estatutos del partido sean un arma “por sí mismos».

La respuesta más certera a semejante modo de interpretar mis ideas sería exponer los hechos concretos de la lucha mantenida en nuestro partido. A la vista de ellos, todo el mundo vería claramente con qué fuerza contradicen los hechos concretos a los lugares comunes y las abstracciones esquemáticas de la camarada Luxemburg.

Nuestro partido se fundó en la primavera de 1898, en un congreso de representantes de algunas organizaciones rusas, celebrado dentro del país. El partido recibió el nombre de Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Fue designado su órgano central *Rabóchaia Gazeta* [39]; la «Unión de socialdemócratas rusos en el extranjero» pasó a ser la representación extranjera del par-

tido. Poco después de la celebración del congreso, el C. C. del partido fue arrestado. *Rabóchaia Gazeta* dejó de publicarse después de la salida del segundo número. El partido se convirtió en un informe conglomerado de organizaciones locales (los llamados comités). Entre ellos no había más nexo de unión que un nexo ideológico, puramente espiritual. Tenía que sobrevenir, inevitablemente, un período de disensiones, vacilaciones y escisiones. Los intelectuales, que en nuestro partido representaban un porcentaje bastante mayor que en los partidos del Occidente de Europa, se sentían atraídos por el marxismo, que estaba de moda. Pero esta atracción pronto dejó el puesto, de una parte, a la inclinación servil ante la crítica burguesa de Marx y, de otra, ante el movimiento obrero puramente sindical (huelguismo, economismo). La disensión entre la tendencia intelectual-oportunista y la tendencia proletario-revolucionaria condujo a la escisión de la «Unión» extranjera. El periódico titulado *Rabóchaia Mysl* y la revista del extranjero *Rabócheie Dielo* eran (la segunda, más débilmente) los portavoces del economismo, negaban la importancia de la lucha política y negaban los elementos de la democracia burguesa en Rusia. Los críticos «legales» de Marx, los señores Struve, Tugan-Baranovski, Bulgákov, Berdiáiev, etc., marchan resueltamente hacia la derecha. En ningún país de Europa vemos que el bernsteinianismo desembocase tan rápidamente en su final lógico, en la formación de una fracción liberal, como sucedió en Rusia. El señor Struve comenzó por la «crítica» en nombre del bernsteinianismo y terminó con la organización de la revista liberal *Osvobozhdenie*, liberal en el sentido europeo de la palabra. Plejánov y sus amigos abandonaron la agrupación extranjera y fueron apoyados por los fundadores de *Iskra* y *Zariá*. Estas dos publicaciones (de las que seguramente ha oído hablar la camarada Rosa Luxemburg) libraron «durante tres años una brillante campaña» contra el ala oportunista del partido, la campaña de la «Montaña» contra la «Gironda» socialdemocrática (para decirlo con una expresión tomada de la vieja *Iskra*), la campaña en contra de *Rabócheie Dielo* (camaradas Kritchevski, Akímov, Martinov y otros), contra el Bund judío y contra las organizaciones rusas animadas por esta misma tendencia (en primer lugar, contra la llamada «Organización Obrera» de Petersburgo y contra el comité de Vorónezh).

Cada vez se veía más claramente que no bastaba con la existencia de un nexo ideológico entre los comités. Se ponía de relieve de un modo cada vez más palpable la necesidad de tomar un partido realmente cohesionado, es decir, de poner en práctica lo que se había querido hacer en 1898. Por último, a fines de 1902, se formó el Comité de Organización, que se había trazado como tarea convocar al II Congreso del partido. De este Comité de Organización, integrado principalmente por la organización de *Iskra* en Rusia, formaba también parte un representante del Bund judío. En el otoño de 1903 se celebró, finalmente, el II Congreso, en el que, de una parte, se llevó a cabo la unificación formal del partido y en el que, de otra parte, se produjo la escisión de este en una «mayoría» y una «minoría». Semejante división no existía con anterioridad a la celebración del congreso y solo puede explicarse mediante el análisis detallado de la lucha librada en el congreso del partido. Por desgracia,

los partidarios de la minoría (incluyendo a la camarada Luxemburg) rehuyen medrosamente este análisis.

En mi libro, que la camarada Luxemburg da a conocer de un modo tan peregrino a los lectores alemanes, dedico más de cien páginas a examinar en detalle las actas del congreso (que forman un tomo de cerca de cuatrocientas páginas). Este análisis me llevó a clasificar a los delegados, o mejor dicho los votos (pues había en el congreso delegados que tenían uno o dos votos) en cuatro grupos fundamentales: 1) los iskristas de la mayoría (partidarios de la tendencia de la vieja *Iskra*), 24 votos; 2) los iskristas de la minoría, 9 votos; 3) el centro (llamado también, irónicamente, «el pantano»), 10 votos, y, por último, 4) los antiiskristas, 9 votos, en total 51. Analizo la participación de estos grupos en *todas* las votaciones producidas en el congreso del partido y demuestro cómo, en todos los problemas (de programa, táctica y organización), el congreso del partido fue la palestra de lucha de los iskristas contra los antiiskristas, en la que se observan diversas vacilaciones por parte del «pantano». Y no podía ser de otro modo, como necesariamente tiene que ver claro todo el que conozca un poco la historia de nuestro partido. Pero todos los partidarios de la minoría (incluyendo a R. Luxemburg) cierran discretamente los ojos a esta lucha. ¿Por qué? Precisamente porque esta lucha pone de manifiesto todo lo que hay de falso en la actual situación política de la minoría. A lo largo de toda esta lucha librada en el congreso del partido, en torno a decenas de cuestiones y en decenas de votaciones, los iskristas tuvieron que pelear contra los antiiskristas y el «pantano», el cual se ponía tanto más resueltamente de lado de los antiiskristas cuanto más concretas eran las cuestiones debatidas, cuanto de un modo más positivo se consideraba el sentido fundamental del trabajo socialdemocrático, cuanto más efectivamente se aspiraba a llevar a la práctica los planes inquebrantables de la vieja *Iskra*. Los antiiskristas (especialmente, el camarada Akímov y la camarada Brúker, delegada de la «Organización obrera» de Petersburgo, que siempre estaba de acuerdo con él, y casi siempre el camarada Martinov y los 5 delegados del Bund judío) eran contrarios a la tendencia de la vieja *Iskra*. Defendían a las viejas organizaciones sueltas, votaban en contra de su supeditación al partido, en contra de su fusión con el partido (incidente del C. O., disolución del grupo «El Obrero del Sur», que era el grupo más importante del «pantano», etc.). Lucharon en contra de unos estatutos de organización inspirados en el espíritu del centralismo (14ª sesión del Congreso) y, con este motivo, acusaron a *todos* los iskristas de que trataban de implantar «la desconfianza organizada», de promulgar una «ley excepcional», y de otras atrocidades. *Todos* los iskristas sin excepción se rieron entonces de esto; y merece hacerse notar que la camarada Rosa Luxemburg toma ahora como algo serio todas estas necesidades. En la inmensa mayoría de los casos triunfaron los iskristas, que predominaban en el congreso, como se ve claramente por los datos numéricos señalados más arriba. Pero, al llegar la segunda parte del Congreso, cuando se debatían ya cuestiones menos de principio, se impusieron los antiiskristas, gracias al hecho de que algunas iskristas votaron con ellos. Así sucedió, por ejemplo, en lo tocante al problema de la equiparación de todas las lenguas en nuestro programa; acerca de este

punto, los antiiskristas casi lograron derrotar a la comisión de programa y sacar adelante su propia formulación. Y así sucedió también en lo referente al artículo primero de los estatutos, donde los antiiskristas, mano a mano con el «pantano», impusieron la fórmula del camarada Márto. Con arreglo a esta redacción, se consideran miembros del partido, no solo los que pertenezcan a una de sus organizaciones (esta era la redacción que defendíamos Plejánov y yo), sino también todas las personas que trabajen bajo el control de una organización del partido [40].

Lo mismo sucedió con motivo de las elecciones al C. C. y a la Redacción del Órgano Central, 24 iskristas formaban una coherente mayoría. Llevaron adelante el plan de renovación del cuerpo de redactores meditado de largo tiempo atrás: de los seis antiguos redactores se elegiría a tres; la minoría quedó formada por 9 iskristas, 10 del centro y 1 antiiskrista (los 7 antiiskristas restantes, los delegados del Bund judío y los de *Rabócheie Dielo* se habían retirado del congreso ya antes). Esta minoría quedó tan descontenta por el resultado de la elección, que decidió abstenerse de tomar parte en las demás que se celebraran. Al camarada Kautsky le asistía toda la razón cuando veía en el hecho de la renovación del cuerpo de redactores la causa fundamental de la lucha subsiguiente. Pero su opinión de que fui yo (*sic!*) quien «eliminó» de la Redacción a tres camaradas solo puede explicarse por su desconocimiento total de lo que fue nuestro congreso. En primer lugar, el hecho de no ser elegidos no es lo mismo que el ser eliminados y, como es natural, yo no tenía en el congreso derecho de ninguna clase para eliminar a nadie; y, en segundo lugar, el camarada Kautsky, al parecer, no sospecha siquiera de que el hecho de la coalición de los antiiskristas, el centro y una parte de los partidarios de *Iskra* encerraba también una significación política y no podía por menos de influir en el resultado de la elección. Quien no se empeña en cerrar los ojos a la evidencia de lo sucedido en nuestro congreso no tiene más que ver que una minoría y una mayoría es solamente una variante de la vieja división en el ala proletario-revolucionaria y el ala intelectual-oportunista de nuestro partido. Es este un hecho que no se puede rehuir con ninguna interpretación, ni con ninguna clase de ironías.

Por desgracia, después del congreso la importancia de principio de esta escisión se vio obstruida por las mezquinas querellas relacionadas con la cooptación. Dos meses duró esta lucha. Se emplearon como medios de combate el boicot y la desorganización del partido. Doce comités (de los catorce que se hicieron oír con este motivo) condenaron enérgicamente tales procedimientos de lucha. La minoría se negó incluso a aceptar nuestra proposición (formulada por Plejánov y por mí) y a expresar su punto de vista en las páginas de *Iskra*. En el congreso de la «Liga extranjera», las cosas llegaron hasta el extremo de lanzar ofensas e injurias de carácter personal contra miembros de los organismos centrales (llamándolos autócratas, burócratas, gendarmes, mentirosos y que se yo cuántas cosas más). Se les acusó de ahogar la iniciativa personal, de querer implantar la obediencia incondicional y la ciega sumisión, etc. De nada sirvieron los intentos hechos por Plejánov para calificar como anarquistas estos métodos de lucha de la minoría. Después de este congreso,

Plejánov publicó (en el núm. 52 de *Iskra*) su artículo titulado *¿Qué no hacer?*, artículo que sienta época y que iba dirigido contra mí. En este artículo, decía que la lucha contra el revisionismo no debía significar a todo trance la lucha contra los revisionistas; para todos estaba claro que, al decir esto, quería referirse a nuestra minoría. Y más adelante sostenía que, a veces, no conviene luchar contra el individualismo anarquista, tan profundamente arraigado en los revolucionarios rusos; que, en ocasiones, el mejor medio para refrenarlo y evitar la escisión es hacer algunas concesiones. Yo salí de la Redacción, ya que no podía incorporarlos a ella a los redactores de la minoría. Siguió luego la lucha por la cooptación al Comité Central. Fue rechazada mi propuesta de hacer las paces dejando a la minoría el O. C. y respetando en el C. C. a la mayoría. Siguió adelante la lucha, combatiéndose «en principio» contra el burocratismo, el ultracentrismo, el formalismo, el jacobinismo, el schweitzerismo (a mí se me llamaba, en efecto, el Schweitzer ruso) y contra otras monstruosidades. En mi libro me burlé de todas estas acusaciones e hice notar que esto o eran simplemente líos de cooptación o (suponiendo que hubiera que reconocer condicionalmente el carácter «de principio» de tales acusaciones) no pasaban de ser frases oportunistas, girondistas. La actual minoría no hace más que repetir lo que el camarada Akímov en contra del centralismo, defendido por todos los partidarios de la vieja *Iskra*.

Los comités de Rusia expresaron su indignación ante el hecho de que el Órgano Central se hubiera convertido en el órgano de un círculo privado, en el órgano de los chismes de la cooptación y de las comadrerías del partido. Se recibieron gran número de resoluciones en las que se manifestaba la más profunda irritación. Solamente la llamada «Organización obrera» de Petersburgo, de que ya hemos hecho mención, y el comité de Vorónezh (formado por partidarios del camarada Akímov) expresaron su satisfacción *de principio* con la tendencia de la nueva *Iskra*. Las voces pidiendo la convocatoria del tercer Congreso eran cada vez más numerosas.

El lector que se tome la molestia de estudiar las fuentes de primera mano acerca de la lucha de nuestro partido comprenderá sin dificultad que lo que la camarada Rosa Luxemburg dice acerca del «ultracentrismo», de la necesidad de ir gradualmente hacia la centralización, etc., equivale, concreta y prácticamente, a burlarse de lo que ha sido nuestro congreso y, abstracta y teóricamente (si puede hablarse aquí de teoría) es un simple adocenamiento del marxismo, una tergiversación de la auténtica dialéctica marxista, etc.

La última fase de la lucha mantenida en nuestro partido se caracteriza por el hecho de que los miembros de la mayoría han sido en parte eliminados del C. C. y en parte convertidos en elementos introducidos en el C. C. [41], etc.) El Consejo del partido (que después de la cooptación de los antiguos redactores ha caído también en manos de la minoría) y el actual C. C. han condenado toda labor de agitación en favor de la convocatoria del III Congreso y han pasado al camino de los acuerdos y pactos personales con algunos miembros de la minoría. Han sido disueltas, por ejemplo, las organizaciones que, como el organismo formado por agentes (apoderados) del C. C., han osado cometer un crimen como el de hacer agitación en pro de la convocatoria del congreso

[42]. Se ha declarado en toda la línea la guerra a la convocatoria del III Congreso del partido. La mayoría ha contestado a esto con la consigna de «¡Abajo el bonapartismo!» (es el título del folleto del camarada Galiorka, que actúa en nombre de la mayoría). Aumenta el número de resoluciones en que se declara contrarios al partido y bonapartistas a los organismos del partido que mantienen la lucha en contra de la convocatoria del Congreso. Cuán hipócritas eran todas las chácharas de la minoría en contra del ultracentrismo y en pro de la autonomía, lo revela claramente el hecho de que se haya declarado como al margen del partido la nueva editorial de la mayoría creada por mí y otro camarada (en la que se publicaron el folleto ya citado de Galiorka y algunos otros) [43]. La nueva editorial ofrece a la mayoría la única posibilidad de propagar sus ideas, ya que las páginas de *Iskra* están casi cerradas para ella. A pesar de lo cual, o, por mejor decir, precisamente en virtud de ello, el Consejo del Partido ha adoptado la resolución a que nos referimos, basándose en la razón puramente formal de que nuestra editorial no cuenta con poderes de ninguna organización del partido.

Huelga decir en qué abandono se halla actualmente el trabajo constructivo, cuánto ha descendido el prestigio de la socialdemocracia y cuán desmoralizado se halla todo el partido, al ver cómo se han reducido a la nada todas las decisiones del II Congreso y todas las elecciones llevadas a cabo en él y cómo los organismos del partido responsables ante este han desatado la lucha contra la convocatoria del III Congreso.

OBSERVACIONES DE MÉTODO ACERCA DEL PROBLEMA DE LA ORGANIZACIÓN

I

No es posible separar mecánicamente lo político de lo organizativo.

Lenin, Conclusiones del XI Congreso del Partido Comunista de Rusia. |

Aunque los problemas de organización han estado alguna vez —por ejemplo, al discutirse las condiciones de admisión [44]— en el primer plano de las luchas de opiniones, se cuentan entre las cuestiones menos elaboradas teóricamente. La concepción del partido comunista, hostilizada y calumniada por todos los oportunistas e instintivamente recogida y hecha propia por los mejores trabajadores revolucionarios, sigue a pesar de todo tratándose frecuentemente como cuestión meramente *técnica* y no como uno de los principales problemas *intelectuales* de la revolución. Y no es que falten los materiales necesarios para una profundización teórica del problema de la organización. Las tesis de los Congresos II y III, las luchas de tendencia en el seno del partido ruso, así como las experiencias prácticas de los últimos años, ofrecen un material riquísimo. Pero parece como si el interés teórico de los partidos comunistas (siempre con la excepción del ruso) estuviera tan solicitado por los problemas de la situación económica y política mundial, por las consecuencias tácticas que haya de inferirse de ella y por su fundamentación doctrinal que no quedara ya ningún interés teórico vivo y vivaz por asentar el problema de la organización en la teoría comunista. De modo que mucho de lo que acertadamente se hace debe su acierto más al instinto revolucionario que a una actitud teórica clara. Por otra parte, muchas actitudes tácticas equivocadas —por ejemplo, en las discusiones acerca del frente único [45]— puede reconducirse a concepciones erróneas de los problemas organizativos.

Esa «inconsciencia» que impera en las cuestiones de organización es, empero, sin duda alguna, un signo de la inmadurez del movimiento. Pues la madurez y la inmadurez no pueden propiamente apreciarse más que averiguando si la comprensión o la actitud respecto de lo que hay que hacer se presenta

a la consciencia de la clase que actúa y de su partido dirigente en una forma abstracta e inmediata o en una forma concreta y mediada. Es sin duda posible que, aun estando la meta buscada en una lejanía inalcanzable, los de vista más aguda consigan ver con alguna claridad la meta misma, su naturaleza y su necesidad social; pero, a pesar de ello, incluso esos hombres serán incapaces de apreciar conscientemente los pasos concretos que pueden llevar a la meta, los medios concretos que se desprenden de su visión, acaso correcta. Sin duda, análogamente, pueden hasta los utópicos ver correctamente el hecho del que hay que partir; pero lo que hace de ellos meros utópicos es que lo ven solo como hecho, o, a lo sumo, como problema dado para que se encuentre su solución, pero no pueden llegar a ver que la solución y el camino que lleva a ella están dados aquí mismo, precisamente en el problema. Y así «no ven en la miseria más que la miseria, sin descubrir en ella el aspecto revolucionario y trasformador que arrojará por la borda la sociedad vieja» [46]. La contraposición ahí apuntada entre ciencia doctrinaria y ciencia revolucionaria va, empero, más allá del caso analizado por Marx y se amplía hasta constituirse en contraposición típica en el desarrollo de la consciencia de la clase revolucionaria. Al avanzar por el camino de la actitud revolucionaria del proletariado, la miseria pierde su carácter de mero dato y entra en la dialéctica viva de la acción. Pero en su lugar, y según el estado en que se encuentre el desarrollo de la clase, aparecen otros contenidos ante los cuales el comportamiento de la teoría proletaria presenta una *estructura* análoga a la aquí analizada por Marx. Pues sería utópico creer que la superación de la utopía haya sido ya consumada para el movimiento obrero revolucionario por la superación intelectual de su primera forma de manifestación primitiva realizada por Marx. Esta cuestión —que es en última instancia el problema de la relación dialéctica entre el «objetivo final» y el «movimiento», el problema de la relación entre la teoría y la práctica— se reproduce siempre en formas cada vez más desarrolladas —y, por supuesto, con contenidos siempre cambiantes— a cada nivel decisivo del desarrollo revolucionario. Pues toda tarea se hace siempre visible en su posibilidad abstracta antes que las formas concretas de su realización. Y la verdad o falsedad de los planteamientos no resulta realmente discutible más que cuando se alcanza ese segundo estadio, cuando se hace reconocible la totalidad concreta destinada a ser el mundo circundante de su solución y el camino hacia ella. Así fue el tema de la huelga general en las primeras discusiones de la II Internacional una utopía puramente abstracta que no cobró forma concreta, sino por obra de la primera Revolución rusa, la huelga general belga, etc. Y así también tuvieron que pasar años de aguda lucha revolucionaria antes de que el consejo obrero se liberara del carácter utópico-mitológico de su curallotodo de los problemas de la revolución y se hiciera visible en su realidad para el proletariado no ruso. (Con lo que no pretendo en modo alguno afirmar que ese proceso de clarificación se haya completado ya; por el contrario, yo lo pondría muy en duda; pero como el consejo obrero no se ha aducido aquí sino a título de ejemplo, no es necesario discutir la cuestión).

Las cuestiones de la organización son precisamente de las que por más tiempo han permanecido en ese claroscuro utópico. Ello no es casual. Pues el

desarrollo de los grandes partidos obreros se consumó por lo general en épocas en las cuales la cuestión de la revolución no podía ser sino un elemento influyente en el programa, pero en modo alguno un problema que determinara directamente todas las acciones de la vida cotidiana. No parecía, pues, necesario formularse con claridad teórica la esencia y el decurso previsible de la revolución, con objeto de obtener luego consecuencias acerca del modo como tiene que obrar en la revolución la parte consciente del proletariado. Ahora bien: el problema de la organización de un partido revolucionario no puede desarrollarse orgánicamente sino a partir de una teoría de la revolución misma. Solo cuando la revolución se ha convertido en un problema del día aparece en la consciencia de las masas y de sus portavoces teóricos con imperiosa necesidad la cuestión de la organización *revolucionaria*.

Pero tampoco en ese momento ocurre de una vez, sino solo paulatinamente. Pues ni siquiera el hecho de la revolución, ni siquiera la necesidad de tomar posición ante él como problema del día, según ocurrió en el momento de la primera Revolución rusa y después de ella, pudo entonces imponer una comprensión adecuada. En parte, sin duda, porque el oportunismo ha arraigado ya tan profundamente en los partidos proletarios que imposibilita un adecuado conocimiento teórico de la revolución. Pero incluso en los casos en que no se dio ese motivo, en los casos en que se dispuso de un conocimiento claro de las fuerzas motoras de la revolución, este no pudo desarrollarse hasta constituirse en teoría de la organización revolucionaria. Como obstáculo en el camino hacia una claridad de principio puede en parte contarse el carácter inconsciente, teóricamente sin elaborar, meramente «natural» de las organizaciones existentes. Pues la Revolución rusa ha revelado con toda claridad las limitaciones de las formas de organización europeo-occidentales. El problema de las acciones de masas, de la huelga revolucionaria de masas, muestra la impotencia de aquellas formas organizativas frente a los movimientos espontáneos de las masas, resquebraja la ilusión oportunista de la «preparación organizativa» de esas acciones, prueba que dichas formas de organización se retrasan respecto de las acciones reales de las masas, las inhiben y obstaculizan en vez de promoverlas, por no hablar ya de dirigir las. Rosa Luxemburg, que ve del modo más claro la significación de las acciones de masas, rebasa ampliamente esa mera crítica. Ella ve muy agudamente la limitación de la idea organizativa por entonces corriente en su falsa relación con la masa: «La sobrestimación y la falsa valoración de la función de la organización en la lucha de clases del proletariado», dice [47], «se complementa generalmente con la subestimación de la masa proletaria sin organizar y de su madurez política». Así, pues, sus conclusiones se orientan, por una parte, a la polémica contra la sobrestimación de la organización y, por otra, a la determinación de la función del partido, que no debe «consistir en la preparación y la dirección técnicas de la huelga de masas, sino, ante todo, en la *dirección política* de todo el movimiento» [48].

Con esto se daba un gran paso hacia el claro reconocimiento del problema de la organización. Al arrancar este problema del abstracto aislamiento en que estaba (terminado con la «sobrestimación» de la organización) se emprende

el camino por el que se le podrá atribuir su adecuada *función* en el proceso revolucionario. Pero para recorrer ese camino habría hecho falta que Rosa Luxemburg planteara, a su vez, organizativamente la cuestión de la dirección política, que descubriera los *momentos organizativos* que capacitan al partido del proletariado para la dirección política. En otro lugar se estudia detalladamente qué es lo que le impidió dar ese otro paso. Aquí basta con indicar que el paso en cuestión se había dado ya algunos años antes, a saber, en el curso de la pugna por cuestiones de organización en la socialdemocracia rusa. Rosa Luxemburg conoció esa disputa, pero se colocó en ella precisamente al lado de la tendencia atrasada que obstaculizaba el desarrollo (la menchevique). No es en modo alguno casual que los puntos que ocasionaron la escisión de la socialdemocracia rusa fueran la concepción del carácter de la revolución que se aproximaba y de las consiguientes tareas (coalición con la burguesía «progresiva» o lucha al lado de la revolución campesina) y, por otra parte, las cuestiones de organización. Fue catastrófico para el movimiento no ruso el que nadie (ni Rosa Luxemburg) comprendiera entonces la indestructible unidad dialéctica de *ambas cuestiones*. Pues a causa de esa incomprensión no solo se dejó de difundir, al menos, propagandísticamente en el proletariado las cuestiones de la organización revolucionaria, para prepararle, en la más modesta de las hipótesis, a lo que iba a producirse (y poco más era posible hacer por entonces), sino que, por otra parte, las acertadas visiones políticas de Rosa Luxemburg, Pannekoek y otros no pudieron concretarse suficientemente, ni siquiera en cuanto tendencias políticas; según las palabras de Rosa Luxemburg, quedaron en estado latente, meramente teórico, mientras su relación con el movimiento concreto seguía siendo de carácter utópico [49].

Pues la organización es la forma de mediación entre la teoría y la práctica. Y, al igual que en toda relación dialéctica, los miembros no cobran tampoco en este caso concreción y realidad sino por su mediación. Este carácter de la organización, mediadora entre la teoría y la práctica, se manifiesta del modo más claro en el hecho de que para la organización las tendencias discrepantes tienen una sensibilidad mucho mayor, más fina y más segura que para cualquier otro terreno del pensamiento y la acción políticos. Mientras que en la mera teoría pueden convivir pacíficamente las concepciones y las tendencias más dispares y sus contrastes toman simplemente la forma de discusiones que pueden desarrollarse en el marco de una misma organización sin que necesariamente rompan esta, cuando esas mismas cuestiones se presentan desde el punto de vista organizativo irrumpen como orientaciones crudamente contrapuestas e irreconciliables.

Pero toda tendencia «teórica», toda divergencia de opiniones tiene que mutar de un momento a otro en discrepancia organizativa si no quiere quedar en teoría mera, en opinión abstracta, sino que tiene realmente la intención de mostrar el camino de su realización. Sería, sin embargo, también erróneo creer que la mera acción, el mero actuar sea capaz de arrojar un criterio real y seguro para estimar la corrección de las concepciones en pugna, o ni siquiera para estimar su compatibilidad o incompatibilidad. Toda acción es, en sí y por sí, una madeja de actos singulares de hombres individuales y de grupos con-

cretos, y puede entenderse con la misma falsedad como acontecimiento «necesario», totalmente motivado por causas histórico-sociales, y como consecuencia de «errores» o decisiones «acertadas» de individuos. Aquella confusa madeja no cobra sentido y realidad más que cuando se la capta en su totalidad histórica, en su función en el proceso histórico, en su oficio mediador entre el pasado y el futuro. Mas un planteamiento que conciba el conocimiento de una acción como conocimiento de las lecciones que la acción imparte sobre el futuro, como respuesta a la cuestión «¿qué hacer?», es ya un planteamiento organizativo del problema. Ese planteamiento intenta descubrir en la consideración de la situación, en la preparación y la dirección de la acción, los momentos que han llevado *necesariamente* de la teoría a una acción lo más adecuada a ella. Busca, pues, las *determinaciones esenciales* que vinculan la teoría con la práctica.

Es obvio que solo de ese modo es posible una autocrítica realmente fecunda, un descubrimiento realmente fecundo de los «errores» cometidos. La idea de la «necesidad» abstracta del acaecer conduce al fatalismo; y tampoco la mera suposición de que los «errores» o las habilidades de individuos hayan provocado el fracaso o el éxito puede ofrecer enseñanzas decisivamente fecundas para la acción futura. Pues desde ese punto de vista tendrá que resultar más o menos «casual» el que precisamente tal o cual persona haya estado presente en el momento oportuno en tal o cual sitio, y haya cometido tal o cual error, etc. La comprobación de un error así no puede conducir más que a la comprobación de que esa persona era inadecuada para aquel lugar; y ese es un resultado correcto, no sin valor, pero solo secundario para la autocrítica decisiva. Precisamente la exagerada importancia que ese punto de vista da a la función de las personas individuales muestra que no es capaz de objetivar la función de estas, su posibilidad de determinar tan decisivamente la acción, y que acepta esa función de un modo tan fatalista como aquel con el cual el fatalismo objetivo acepta el entero acaecer. En cambio, si el problema se profundiza hasta más allá de lo meramente singular y casual, reconociendo, por supuesto, en la acción correcta o errónea de las personas singulares una concausa del entero complejo, pero buscando además el fundamento de la posibilidad objetiva de su acción y del hecho de que esas personas estuvieran en los lugares indicados, etc., la cuestión queda planteada organizativamente [50]. Pues en este caso la unidad que vinculó a los hombres en su acción se estudia ya como unidad objetiva de la acción desde el punto de vista de su adecuación a aquella acción determinada, y así se plantea el problema de si fueron correctos los medios organizativos para la trasposición de la teoría en práctica.

Es verdad que el «error» puede estar en la teoría misma, en las metas fijadas y en la estimación de la situación. Pero solo un planteamiento organizativamente orientado permite criticar realmente la teoría desde el punto de vista de la práctica. Si la teoría se sitúa directamente junto a una acción, sin aclarar el modo como se entiende su efecto sobre ella, o sea, sin aclarar la vinculación organizativa entre ambas, la teoría misma no podrá criticarse más que respecto de sus contradicciones teóricas inmanentes, etc. Esta función

de las cuestiones organizativas permite entender que el oportunismo haya sido siempre muy reacio a *obtener de diferencias teóricas consecuencias organizativas*. La actitud de los independientes de derecha alemanes y de los partidarios de Serrati respecto de las condiciones de admisión del II Congreso, sus intentos de desplazar las diferencias objetivas ante ellos y la Internacional Comunista del terreno de la organización al terreno de lo «puramente político», partió de su acertado instinto oportunista, el cual les indicaba que en este último terreno las diferencias podían paralizarse durante mucho tiempo en un estado latente, prácticamente sin manifestación, mientras que el planteamiento organizativo del II Congreso tenía por fuerza que conseguir una decisión inmediata y clara. Pero esa actitud no es ninguna novedad. La historia entera de la II Internacional abunda en intentos así de reunir las concepciones más diversas, objetivamente discrepantes, irreconciliables, en la teórica «unidad» de una resolución, de tal modo que el texto las tenga en cuenta a todas. Lo cual tiene como consecuencia necesaria el que esas resoluciones sean incapaces de dar orientación alguna a la acción concreta, pues en este punto tienen siempre que ser ambiguas y permitir las interpretaciones más diversas. De este modo la II Internacional —precisamente porque en sus resoluciones ignoraba cuidadosamente todas las consecuencias organizativas— pudo permitirse teóricamente mucho sin comprometerse ni obligarse prácticamente a nada determinado. Así, pudo, por ejemplo, votar la tan radical resolución de Stuttgart acerca de la guerra, porque no contenía ninguna obligación organizativa de realizar acciones concretas y determinadas, ningunas orientaciones acerca de cómo actuar, ninguna garantía organizativa de la efectiva realización de la resolución. La minoría oportunista no sacó ninguna consecuencia organizativa de su derrota porque se dio cuenta de que la resolución misma no iba a tener consecuencia organizativa alguna. Por eso tras la descomposición de la Internacional todas las tendencias pudieron apelar a ella.

El punto débil de todas las tendencias radicales no rusas de la Internacional consistió, pues, en no poder o no querer concretar organizativamente sus actitudes revolucionarias, discrepantes del oportunismo de los revisionistas declarados y del centro. Con ello posibilitaron a sus contrincantes, y particularmente al centro, disimular sus desviaciones ante el proletariado revolucionario; su oposición no impidió en absoluto al centro presentarse a los sectores revolucionarios del proletariado como guardián del verdadero marxismo. No puede ser tarea de estas líneas el dar una explicación teórica e histórica del dominio del centro en la preguerra. Bastará con indicar de nuevo que la inactualidad de la revolución y de la toma de posición ante sus problemas en el movimiento cotidiano de la época posibilitó la actitud del centro, que era una polémica simultánea contra el revisionismo declarado y contra la exigencia de una acción revolucionaria, una defensa teórica frente al primero, pero sin intentar seriamente eliminarle de la práctica del partido, y una afirmación teórica de la última tendencia, pero negándole actualidad por entonces. En esa polémica era posible, como hicieron, por ejemplo, Kautsky y Hilferding, admitir el carácter revolucionario general de la época, la *actualidad histórica de la revolución*, sin verse obligados a aplicar ese reconocimiento a las decisio-

nes del día. Por eso el proletariado entendió aquellas diferencias como meros matices de opinión *dentro* de movimientos obreros en sustancia revolucionarios; y con eso se hizo imposible una distinción clara entre las tendencias. Pero esa oscuridad repercutió también en las concepciones de la izquierda. Como las concepciones imperantes imposibilitaban el contacto con la acción, tampoco la izquierda pudo desarrollarse, concretarse, mediante la autocrítica productiva que es el paso a la acción. Por eso la izquierda, pese a lo mucho que objetivamente se acercó a la verdad, siguió teniendo un carácter abstracto y utópico. Piénsese, por ejemplo, en la polémica de Pannekoek con Kautsky acerca de las acciones de masas. Pero tampoco Rosa Luxemburg fue capaz —y por la misma razón— de desarrollar, como *dirigente política* del movimiento, sus acertadas ideas acerca de la organización del proletariado revolucionario. Su correcta polémica contra las formas de organización mecánicas del movimiento obrero —por ejemplo, en la cuestión de las relaciones entre el partido y el sindicato, entre las masas organizadas y las sin organizar— condujo, por una parte, a una sobrestimación de los movimientos espontáneos de las masas, y, por otra parte, impidió que su concepción de la dirección política se desprendiera completamente de su regusto meramente teórico o propagandístico.

II

Ya en otro lugar [51] hemos mostrado que eso no es un mero «error» de una pensadora tan importante e innovadora. El elemento de esas reflexiones que es esencial para el presente contexto puede describirse del mejor modo diciendo que es la ilusión de una revolución «orgánica» y *puramente proletaria*. En la lucha contra la doctrina evolucionista «orgánica» de los oportunistas —según la cual el proletariado, por su lento crecimiento, conquistará paulatinamente la mayoría de la población y podrá así alcanzar el poder por medios legales [52]— ha surgido una teoría también «organicista» de las luchas de masas espontáneas. Y pese a todas las prudentes reservas de sus mejores representantes, esta teoría desembocaba en última instancia en la tesis de que la constante agudización de la situación económica, la inevitable guerra mundial imperialista, y el subsiguiente período de luchas revolucionarias de masas iban a producir con necesidad histórico-social acciones espontáneas de masa del proletariado, en el curso de las cuales se impondría en la dirección política la claridad acerca de las metas y los caminos de la revolución. Esta teoría, empero, tomaba obviamente como tácito presupuesto el carácter puramente proletario de la revolución. Es verdad que la concepción de la extensión del concepto «proletariado» es en el pensamiento de Rosa Luxemburg completamente distinta de la de los oportunistas. Pues Rosa Luxemburg muestra penetrantemente que la situación revolucionaria moviliza grandes masas del proletariado hasta entonces desorganizadas e inaccesibles al trabajo organizativo (braceros, etc.), las cuales manifiestan en sus acciones un

grado de consciencia de clase infinitamente superior al del partido y los sindicatos que se permiten tratarlas despectivamente como sectores políticamente inmaduros y «sin desarrollar». Pero, a pesar de eso, su concepción se basa en la idea del carácter puramente proletario de la revolución. El proletariado aparece unitariamente en el plano de la batalla y, además, las masas cuyas acciones se estudian son masas puramente proletarias. Y así tiene que ser según esa concepción. Pues solo en la consciencia de clase del proletariado puede la actitud correcta respecto de la acción revolucionaria basarse y arraigarse, por instinto, tan profundamente que baste una toma de consciencia, una dirección clara, para, conducir la acción misma por el camino acertado. Si otras capas intervienen decisivamente en la revolución, aunque su movimiento pueda promoverla en ciertas condiciones, también puede, con la misma facilidad, tomar una orientación contrarrevolucionaria, porque la situación de clase de esas capas (pequeños burgueses, naciones oprimidas, etc.) no tiene en modo alguno prefigurada una orientación necesaria de sus acciones en el sentido de la revolución proletaria, ni puede tenerla. Un partido revolucionario así concebido tiene que fracasar necesariamente en su acción respecto de esas capas, en la promoción de sus movimientos en beneficio de la revolución proletaria, en la tarea de impedir que la acción de estas favorezca la contrarrevolución.

Pero también tiene que fracasar respecto del proletariado mismo. Pues así organizado, el partido corresponde a una idea de la situación de la consciencia proletaria de clase dada la cual se trata solo de hacer consciente lo inconsciente y actual lo latente, etc. O, por mejor decir: para esa concepción, el proceso de toma de consciencia no significa una *tremenda crisis ideológica* interna del proletariado mismo. No se trata ahora de refutar el miedo oportunista a la «inmadurez» del proletariado para tomar y conservar el poder. Rosa Luxemburg ha refutado ya concluyentemente esa objeción en su polémica con Bernstein. Se trata de que la consciencia de clase del proletariado no se desarrolla en paralelo con la crisis económica objetiva, rectilíneamente y del mismo modo en todo el proletariado a la vez, sino que grandes sectores del proletariado se quedan intelectualmente bajo la influencia de la burguesía y ni siquiera el desarrollo más brutal de la crisis económica los desprende de esa situación, de modo *que el comportamiento del proletariado, su reacción a la crisis, queda muy por detrás de esta en cuanto a violencia e intensidad* [53].

Esta situación, base de la posibilidad del menchevismo, tiene también fundamentos económicos objetivos. Marx y Engels [54] han observado muy tempranamente este desarrollo, el aburguesamiento de las capas obreras que han conseguido, gracias a los beneficios monopolísticos de la Inglaterra de la época, una posición privilegiada en comparación con la de sus compañeros de clase. Con la fase imperialista del capitalismo esa capa se ha desarrollado en todas partes y es, sin duda, un apoyo importante para la evolución general oportunista y antirrevolucionaria de grandes sectores de la clase obrera. Pero, en mi opinión, es imposible explicar con solo ese dato todo el problema del menchevismo. Pues, en primer lugar, esta privilegiada situación de ciertas capas obreras se encuentra hoy debilitada desde muchos puntos de vista sin que

por ello se haya debilitado análogamente la posición del menchevismo. También en este punto el desarrollo subjetivo del proletariado queda en muchos casos retrasado respecto de la velocidad de la crisis objetiva, de modo que es imposible ver en ese motivo la causa *única* del menchevismo, so pena de facilitar a este la cómoda posición teórica que consiste en justificarse por la falta de una voluntad revolucionaria clara y general en el proletariado infiriendo injustificadamente de ella la inexistencia de una situación objetivamente revolucionaria. En segundo lugar, las experiencias de las luchas revolucionarias no han mostrado en modo alguno que la decisión revolucionaria y la voluntad de lucha del proletariado se articulen simplemente según la estratificación económica de sus sectores. En este punto se aprecian importantes discrepancias respecto de cualquier paralelismo simple y rectilíneo, así como grandes diferencias dentro de capas obreras de idéntica posición cuando se trata de estimar la madurez de la consciencia de clase.

Pero estas observaciones cobran importancia real solo en el marco de una teoría no fatalista, no «economicista». Si el desarrollo social se entiende como si el proceso económico del capitalismo fuera a conducir inexorable y automáticamente, a través de sus crisis, al socialismo, entonces los momentos ideológicos indicados son meras consecuencias de un planteamiento falso. Resultan, entonces, efectivamente, meros síntomas de que la crisis objetivamente decisiva del capitalismo no se ha presentado todavía. Pues sobre la base de aquella concepción es una imposibilidad de principio el retraso de la ideología proletaria respecto de la crisis económica, así como cualquier crisis ideológica del proletariado. Mas la situación no cambia tampoco esencialmente cuando la concepción de la crisis es de optimismo revolucionario, pero sin desprenderse del fatalismo económico de su actitud básica, o sea, cuando se afirman la inevitabilidad de la crisis y su necesaria irresolubilidad para el capitalismo. Tampoco en este caso puede percibirse como problema el que aquí estamos considerando; la única diferencia es que el dictamen de «imposible» se modifica en el de «todavía no». Ahora bien: Lenin ha mostrado con toda razón que no hay situación alguna que en sí y por sí carezca de salida. Cualquiera que sea la situación en que se encuentre, el capitalismo descubrirá siempre posibilidades de solución «puramente económicas»; la cuestión es, simplemente, si esas soluciones podrán realizarse, imponerse, cuando pasen del mundo teórico puro de la economía a la realidad de las luchas de clases. Así pues, vistas las cosas en esa pureza abstracta, siempre son imaginables salidas o soluciones para el capitalismo. Pero el que sean realizables *depende del proletariado*. Es el proletariado, la acción del proletariado, lo que ha de cerrar al capitalismo la escapatoria desde la crisis. Por supuesto que *el hecho* de que el proletariado tenga *en tal momento* la fuerza necesaria para conseguirlo es consecuencia del desarrollo de la economía por «leyes naturales». Pero esas «leyes naturales» no determinan más que la crisis misma, dándole una dimensión y un alcance que imposibilitan el ulterior desarrollo «tranquilo» del capitalismo. Pero la acción no obstaculizada de esas leyes (en el sentido del capitalismo) no llevaría a la desaparición simple del capitalismo, a la transición al socialismo, sino que, pasando por un largo período

de crisis, guerras civiles y guerras mundiales imperialistas a niveles cada vez más generales, conduciría «a la catástrofe simultánea de las clases en lucha», a una nueva barbarie.

Por otra parte, aquellas fuerzas y su despliegue según «leyes naturales» han producido un proletariado cuya fuerza física y económica da al capitalismo pocas posibilidades de conseguir, según el esquema de crisis anteriores, una solución puramente económica, una solución en la cual el proletariado figure solo como *objeto* de la evolución económica. Esa fuerza del proletariado es consecuencia de «leyes» económicas objetivas. Pero la cuestión de cómo esa fuerza posible ha de convertirse en realidad, de cómo el proletariado —hoy, efectivamente, objeto mero del proceso económico y solo potencialmente, latentemente, sujeto codeterminante del mismo— puede aparecer como sujeto en la realidad, no es ya un asunto determinado automática y fatalmente por dichas «leyes». Mejor dicho: la determinación automática y fatal por ellas no afecta ya al núcleo de la fuerza real del proletariado. En la medida en que las reacciones del proletariado a la crisis ocurren en plena concordancia con las «leyes» capitalistas de la economía, en la medida en que se manifiestan a lo sumo como *acciones espontáneas de masas*, esas reacciones evidencian en el fondo una estructura muy análoga a la de los movimientos del período prerrevolucionario. Estallan espontáneamente (y la espontaneidad de un movimiento no es sino la expresión subjetiva, de psicología de las masas, de su determinación total por las leyes económicas) como defensa, casi sin excepciones, contra un ataque económico —pocas veces político— de la burguesía, contra su intento de encontrar una solución «puramente económica» de la crisis. Pero así mismo mueren espontáneamente, se apagan por sí mismas en cuanto que sus objetivos inmediatos parecen conseguidos o inalcanzables. Con lo que parecen preservar su decurso según «leyes naturales» de la economía capitalista.

Pero esa apariencia se debilita cuando se considera esos movimientos no abstractamente, sino en su real mundo circundante, en la totalidad histórica de la crisis mundial. Ese entorno o mundo circundante es el conjunto de *los efectos de la crisis en todas las clases*, no solo en la burguesía y el proletariado. Pues hay una diferencia cualitativa y de principio muy importante entre que, dada una situación en la cual el proceso económico suscite en el proletariado un movimiento espontáneo de masas, la situación de la sociedad entera sea a grandes rasgos estable, o que se produzca en ella una profunda reagrupación de todas las fuerzas sociales, un resquebrajamiento de los fundamentos del poder de la sociedad dominante. Por eso tiene tanta significación el reconocimiento de la importante función de las capas no proletarias en la revolución, el reconocimiento del carácter no puramente proletario de esta. Ningún dominio minoritario puede mantenerse más que si le es posible situar ideológicamente en su estela las capas que no son directa ni inmediatamente revolucionarias, consiguiendo de ellas el apoyo a su poder o, por lo menos, una neutralidad en su lucha por el poder. (Es obvio que a eso se añade el esfuerzo por neutralizar partes de la clase revolucionaria, etc.) Esto se refiere por encima de todo otro caso a la burguesía. En efecto, la burguesía tiene el poder en

las manos de un modo mucho menos *inmediato* que las clases dominantes anteriores (por ejemplo, que los ciudadanos de las ciudades-estados griegas, o que la nobleza en la época de florecimiento del feudalismo). La burguesía tiene que contar mucho más con pactos y compromisos con las clases que dominaron antes que ella y que aún compiten con ella, para poder utilizar según sus fines propios el aparato del poder dominado por aquellas otras fuerzas; y, por otra parte, se ve obligada a dejar el ejercicio efectivo de la violencia (ejército, baja burocracia, etc.) en manos de pequeños burgueses, campesinos, miembros de naciones oprimidas, etc. Si, a consecuencia de la crisis, se desplaza la situación económica de esas capas y su adhesión ingenua e irreflexiva al sistema social dominado por la burguesía queda, en consecuencia de ello, debilitada, entonces el entero aparato de poder de la burguesía puede disgregarse de un solo golpe, por así decirlo, y el proletariado puede encontrarse como vencedor, como única fuerza organizada, sin haber librado ni siquiera una sola batalla seria, y sin que, por tanto, el proletariado haya realmente vencido en una tal pugna.

Los movimientos de esas capas intermedias son realmente espontáneos y exclusivamente espontáneos. Son realmente meros frutos de fuerzas naturales sociales que se ejercen ciegamente y según «leyes naturales»; y como tales son ellos mismos socialmente ciegos. Como esas capas no tienen una conciencia de clase referible ni referida a la transformación de la sociedad entera [55]; como siempre representan, por consiguiente, intereses de clase estrictamente particulares, que ni siquiera en la apariencia pretenden ser intereses objetivos de la sociedad entera; como su vinculación objetiva con el todo es puramente causal, o sea, *causada* solo por los desplazamientos del todo, sin poder *orientarse* a la transformación del todo; y como, por último, su orientación al todo y la forma ideológica que ella tome, pese a poderse entender genéticamente de un modo necesario-causal, tiene un carácter casual, resulta que los efectos de esos movimientos están determinados por motivos externos a ellos. La dirección que tomen definitivamente —el que contribuyan a una ulterior descomposición de la sociedad burguesa, o sean luego utilizados por la burguesía, o se suman en la pasividad una vez vista la esterilidad de su arranque, etc.— no depende intrínsecamente de la naturaleza interna de esos movimientos, sino que depende sobre todo del comportamiento de las clases capaces de conciencia autónoma, a saber, la burguesía y el proletariado. Pero cualquiera que sea su posterior destino, ya el mero estallido de esos movimientos puede acarrear fácilmente la paralización de todo el aparato que sostiene y pone en marcha la sociedad burguesa. Así puede imposibilitar, temporalmente al menos, toda acción de la burguesía.

La historia de todas las revoluciones a partir de la Gran Revolución francesa muestra cada vez más acusadamente esa estructura. La monarquía absoluta, y luego las monarquías militares semiabsolutas y semif feudales en que se apoya el poder económico de la burguesía en la Europa central y oriental, suelen perder «de repente» todo sostén social en cuanto que estalla la revolución. En ese momento el poder social se encuentra, por así decirlo, tirado sin dueño en la calle. La posibilidad de la restauración se debe siempre a que no hay nin-

guna capa revolucionaria que sepa hacer algo con ese poder sin dueño. Las luchas del absolutismo naciente con el feudalismo muestran una estructura completamente distinta. Como entonces las clases en lucha eran mucho más directamente las portadoras de sus propias organizaciones de la violencia, la lucha de clases fue mucho más directamente lucha entre dos violencias. Piénsese en los orígenes del absolutismo en Francia, por ejemplo, en las luchas de la Fronde. Hasta la ruina del absolutismo inglés discurre análogamente, mientras que ya el hundimiento del protectorado, y aún más el del absolutismo, superiormente aburguesado, de Luis XVI se parecen a las revoluciones modernas. La violencia inmediata procede de «afuera», es obra del estado absoluto todavía no desaparecido o de los territorios que siguen siendo feudales (Vendée). Y, por su parte, los complejos de poder puramente «democráticos» van llegando en el curso de la revolución y con suma facilidad a una situación análoga: mientras que en el momento de la catástrofe del viejo régimen nacieron en cierta medida espontáneamente y se hicieron con todo el poder, se encuentran de repente —a consecuencia del movimiento regresivo de las ambiguas capas sociales que los sostienen— desprovistos de todo poder (Kerensky, Károlyi). Hoy no puede preverse con claridad cómo procederá ese desarrollo en los países occidentales, más progresados desde el punto de vista burgués y democrático. De todos modos, Italia se ha encontrado desde el final de la guerra hasta 1920 aproximadamente en una situación muy parecida, y la organización del poder que se ha creado desde entonces (el fascismo) constituye un aparato de violencia que tiene una relativa independencia respecto de la burguesía. No tenemos todavía ninguna experiencia del efecto de los fenómenos de disolución en países capitalistas muy desarrollados con grandes imperios coloniales; en particular, no tenemos ninguna acerca de los efectos que tendrían en la actitud de la pequeña burguesía, de la aristocracia obrera (y, por lo tanto, del ejército, etc.) las rebeliones anticoloniales que en estos países pueden desempeñar parcialmente la función clásica de las rebeliones campesinas nacionales.

Así se produce para el proletariado un entorno social que asigna a los movimientos de masas espontáneos una función completamente distinta de la que habrían tenido en un orden estable capitalista, y ello aun en el caso de que esos movimientos, considerados en sí mismos, conserven su vieja naturaleza esencial. Pero aquí aparecen transformaciones cuantitativas muy importantes en la situación de las clases en lucha. En primer lugar, ha progresado aún más la concentración del capital, con lo cual se ha concentrado también intensamente el proletariado, aunque no haya sido capaz de seguir totalmente el desarrollo ni organizativamente ni desde el punto de vista de la conciencia de clase. En segundo lugar, la situación de crisis impide cada vez más al capitalismo evitar con pequeñas concesiones la presión del proletariado. Su salvación de la crisis, su solución «económica» de la crisis, no puede conseguirse más que por una exacerbada explotación del proletariado. Por eso las tesis tácticas del III Congreso subrayan muy acertadamente que «toda gran huelga tiende a convertirse en una guerra civil y en una lucha inmediata por el poder».

Pero solo tiende. Y la crisis ideológica del proletariado consiste precisamente en que esa tendencia no haya llegado a realidad a pesar de que en varios casos estaban dados los presupuestos económicos y sociales de su realización. Esta crisis ideológica se manifiesta, por una parte, en el hecho de que la situación de la sociedad burguesa, sumamente precaria objetivamente, sigue reflejándose en las cabezas de los proletarios como si tuviera su vieja solidez; en el hecho de que el proletariado sigue intensamente preso en las formas intelectuales y emocionales del capitalismo. Por otra parte, ese aburguesamiento del proletariado cobra una forma organizativamente propia en los partidos obreros mencheviques y en las direcciones sindicales dominadas por ellos. Estas organizaciones tienden conscientemente a mantener la mera espontaneidad de los movimientos del proletariado (su dependencia respecto de la ocasión inmediata, su fragmentación en oficios, países, etc.) al nivel de la mera espontaneidad, y a impedir su mutación en el sentido de la orientación al todo, tanto por lo que hace a la unificación territorial, profesional, etcétera, cuanto en lo que respecta a la unificación del movimiento económico con el político. En este proceso los sindicatos tienen más bien la función de atomizar, despolitizar el movimiento, ocultar su relación con el todo, mientras que los partidos mencheviques cumplen la de fijar ideológica y organizativamente la cosificación en la consciencia del proletariado, atándole al nivel de ese aburguesamiento relativo. Pero unos y otros pueden cumplir su función porque la descrita crisis ideológica existe realmente en el proletariado, porque es imposible, incluso teóricamente, para el proletariado un desarrollo ideológico gradual hasta la dictadura y el socialismo, y porque, consiguientemente, la crisis, al mismo tiempo que el resquebrajamiento económico del capitalismo, significa también una transformación ideológica del proletariado que se ha formado en el capitalismo, bajo la influencia de las formas de vida de la sociedad burguesa. Se trata de una transformación ideológica que nace, sin duda, a consecuencia de la crisis económica y de la posibilidad, en ella fundada objetivamente, de tomar el poder, pero que en su decurso no sigue en modo alguno una orientación paralela, por automatismo de «leyes naturales», a la crisis objetiva misma, sino que *solo puede resolverse por la acción autónoma del proletariado mismo*.

«Es ridículo creer», dice Lenin [56] de un modo solo formalmente caricaturesco y exagerado, pero no en lo esencial, «que en un determinado lugar aparecerá un ejército en línea y dirá: «¡Estamos por el socialismo!», y que en otro lugar surgirá otro ejército declarando: «¡Estamos por el imperialismo!», y que entonces habrá una revolución social». Los frentes de la revolución y la contrarrevolución surgen más bien en forma cambiante y sumamente caótica. Fuerzas que hoy actúan en el sentido de la revolución pueden actuar muy fácilmente mañana en el sentido contrario. Y —cosa de particular importancia— esos cambios de orientación no se siguen simple y mecánicamente de la situación de clase, ni menos de la ideología de las capas en cuestión, sino que están siempre decisivamente influidos por las cambiantes relaciones con la totalidad de la situación histórica y de las fuerzas sociales. De modo que no es en absoluto paradójico afirmar, por ejemplo, que Kemal Pachá (dadas ciertas

circunstancias) representa una agrupación de fuerzas revolucionaria, mientras que un gran «partido obrero» representa otra contrarrevolucionaria. Pero entre esos momentos decisivos hay que contar como uno *de primer orden el conocimiento correcto que tenga el proletariado de su propia situación histórica*. El decurso de la Revolución rusa en el año 1917 lo muestra de un modo clásico: las tesis de la paz, del derecho de autodeterminación, de la solución radical de la cuestión agraria han hecho de capas en sí vacilantes un ejército útil para la revolución (en aquel momento) y han desorganizado todo aparato de poder de la contrarrevolución, haciéndola incapaz de actuar. Tiene poco sentido objetar a esto que la revolución agraria y el movimiento de las masas por la paz se habrían producido también sin partido comunista e incluso contra él. Pues, en primer lugar, esa objeción es absolutamente indemostrable; la derrota del movimiento campesino que estalló, también espontáneamente, en Hungría, en octubre de 1918, da testimonio precisamente en contra de esa objeción: teniéndolo en cuenta, puede perfectamente pensarse que también en Rusia habría sido posible aplastar o agotar la revolución campesina mediante la «unidad» (contrarrevolucionaria) de todos los «partidos obreros» «importantes». En segundo lugar, ese «mismo» movimiento campesino habría tenido un carácter totalmente contrarrevolucionario si hubiera tenido que imponerse contra el proletariado urbano. Ya este solo ejemplo muestra que no es posible estimar según leyes mecánicas y fatales la agrupación de las fuerzas sociales en las situaciones de crisis aguda de la revolución social. Y muestra lo *decisivamente* que pesan la estimación y la decisión acertadas del proletariado, lo mucho que la decisión de la crisis *depende del proletariado mismo*. A propósito de lo cual hay que observar todavía que la situación rusa era relativamente simple en comparación con la de los países occidentales; que los movimientos de masas presentaban allí todavía un carácter más acusado de espontaneidad; que la influencia organizativa de las fuerzas revolucionarias no tenía mucha raíz, etc. De modo que probablemente no será exagerado afirmar que las observaciones aquí asentadas *valen aún más* para los países occidentales. Sobre todo porque la situación subdesarrollada de Rusia, la falta de una larga tradición legal del movimiento obrero —por no hablar aún de la existencia de un partido comunista ya constituido— dieron al proletariado ruso la posibilidad de superar rápidamente la crisis ideológica [57].

Así, pues, el desarrollo de las fuerzas económicas del capitalismo pone en las manos del proletariado la decisión acerca del destino de la sociedad. Engels [58] llama a la transición que la humanidad realiza *después* de esta transformación «salto del reino de la necesidad al reino de la libertad». Pero es obvio para el materialismo dialéctico que ese salto —pese, o precisamente a causa de ser un salto— representa un *proceso*. El mismo Engels, y precisamente en el paso citado, dice que las transformaciones en ese sentido ocurrirán «de modo continuo creciente». Lo que hay que preguntarse es: ¿dónde se sitúa el *punto inicial* del proceso? Lo más obvio sería, sin duda, atenerse al texto literal de Engels y situar el reino de la libertad como el *estadio* propio de la época posterior a la realización completa de la revolución social, con lo cual se negaría toda actualidad a este asunto. Pero hay que preguntarse si esa respuesta, sin

duda fiel al texto literal de Engels, agota la cuestión. Hay que preguntarse si es siquiera pensable —por no decir ya realizable socialmente— un estadio que no haya sido preparado por un largo *proceso* que actúe hacia él, un proceso que haya contenido —aunque en una forma inadecuada, necesitada de mutaciones dialécticas— los elementos de aquel estadio y los haya desarrollado. O sea, si una separación tajante, sin transiciones dialécticas, entre el «reino de la libertad» y el proceso destinado a darle vida no muestra una estructura de la consciencia tan utópica como la separación antes estudiada entre la meta final y el movimiento.

Pero si se considera el «reino de la libertad» en conexión con el proceso que conduce a él, queda fuera de duda que ya la primera aparición histórica del proletariado se orientaba hacia aquel estadio, aunque de modo inconsciente desde todos los puntos de vista. El objetivo final del movimiento proletario, en cuanto principio, en cuanto punto de vista de la unidad, no puede separarse totalmente, ni siquiera en teoría, de ningún momento del proceso, por más que su influencia en las diversas etapas del estadio inicial haya tenido que ser escasa. Pero no puede olvidarse que el período de las luchas decisivas se diferencia de los anteriores no solo por la dimensión y la intensidad de las luchas mismas: esas intensificaciones cuantitativas no son más que síntomas de las diferencias cualitativas, mucho más profundas, que hay entre estas luchas y las anteriores. Mientras que en niveles anteriores, según las palabras del *Manifiesto Comunista*, hasta «la solidaridad masiva de los trabajadores era aún no consecuencia de su propia unión, sino consecuencia de la unión de la burguesía», la autonomía o sustantividad del proletariado, «su organización en clase», va reproduciéndose a niveles cada vez más altos hasta que llega el momento, el período de la crisis definitiva del capitalismo, la época en la cual la decisión está cada vez más íntegramente en las manos del proletariado.

Esa situación no significa en modo alguno que hayan dejado de funcionar las «leyes» económicas objetivas. Al contrario. Esas leyes seguirán vigentes mucho tiempo *después de la victoria* del proletariado, y no se agotarán sino con el nacimiento de la sociedad sin clases, totalmente sometida al control humano; igual que el estado. La novedad de la situación actual consiste solo —solo— en que las ciegas fuerzas del desarrollo económico capitalista llevan la sociedad al abismo, en que la burguesía no puede ya salvar a la sociedad, tras cortas oscilaciones, para hacerle pasar el «punto muerto» de sus leyes económicas, y en que el proletariado, por el contrario, tiene la *posibilidad* de utilizar *conscientemente* las tendencias existentes del desarrollo para dar al desarrollo mismo *otra dirección*. Esta otra dirección es la regulación consciente de las fuerzas productivas de la sociedad. Y al *querer esto conscientemente se quiere* el «reino de la libertad», se da *el primer paso consciente* hacia su realización.

Ese paso, desde luego, se sigue «necesariamente» de la situación de clase del proletariado. Pero esta misma necesidad tiene carácter de salto [59]. La relación *práctica* con el todo, la unidad real de la teoría y la práctica que, por así decirlo, era en las anteriores acciones del proletariado inconscientemente intrínseca, aparece en ella clara y conscientemente. También en estadios anteriores del desarrollo la acción del proletariado se encontró frecuentemente

llevada a una altura del que su conexión y continuidad con el desarrollo anterior no pudo hacerse consciente más que *a posteriori*, para entenderla como producto necesario del desarrollo. (Piénsese en la forma estatal de la Comuna de 1871). Pero ahora el proletariado tiene que dar *conscientemente* el paso. No puede asombrar que todos los que están presos en las formas intelectuales del capitalismo retrocedan asustados ante él, se aferren con toda la energía de su pensamiento a la necesidad como «ley de retorno» de los fenómenos, como ley natural, y que rechacen como imposibilidad la producción de algo radicalmente nuevo de lo cual no podemos tener «experiencia» alguna. Esta situación ha sido formulada con los más claros acentos por Trotsky en su polémica con Kautsky, aunque ya se había rozado en las discusiones acerca de la guerra: «Pues el prejuicio básico bolchevique dice precisamente que solo se puede aprender a cabalgar cuando uno está ya firmemente sentado en un caballo» [60]. Pero Kautsky y sus pares no tienen importancia más que como síntomas de la situación, como expresión teórica de la crisis ideológica de la clase obrera, del momento del desarrollo de esta en el cual ella misma retrocede asustada «de nuevo ante la indeterminada e imponente novedad de sus propios fines», de la tarea que a pesar de todo tiene que asumir por fuerza *en esa forma consciente y solo en ella*, si no quiere perecer vergonzosa y dolorosamente junto con la burguesía en esta crisis del capitalismo en ruinas.

III

Mientras que los partidos mencheviques son la expresión organizativa de esa crisis ideológica del proletariado, el partido comunista es, por su parte, la forma organizativa de la preparación consciente del salto y, por lo tanto, el primer paso *consciente* hacia el reino de la libertad. Pero del mismo modo que antes, a propósito del concepto general de reino de la libertad, se mostró y aclaró que su aproximación no tiene por qué ser una cesación repentina de las necesidades objetivas del proceso económico, así también hay que examinar ahora más atentamente la indicada relación del partido comunista con el futuro reino de la libertad. Y ante todo hay que indicar que libertad *no* significa en este punto libertad del individuo. No se trata de que la sociedad comunista desarrollada no vaya a conocer la libertad del individuo. Al contrario. Ella será la primera sociedad de la historia humana que se tome realmente en serio y realice de hecho la libertad del individuo. Pero esta libertad no será en modo alguno la que piensan hoy los ideólogos de la clase burguesa. Para conquistar los presupuestos sociales de la libertad real hay que librar batallas en las cuales perecerá no solo la sociedad actual, sino también el tipo de hombre producido por ella. «El actual linaje humano», escribe Marx [61], «se parece a los judíos que Moisés condujo por el desierto. No solo tiene que conquistar un mundo nuevo, sino que, además, tiene que sucumbir él mismo para dejar sitio a los hombres dignos de un mundo nuevo». Pues la «libertad» del hombre actual es la libertad del individuo aislado por la propiedad cosificada y cosifi-

cadora, una libertad *frente a los demás* individuos (no menos aislados), una libertad del egoísmo y de la autocerrazón; una libertad en cuyo contexto la solidaridad y la unión no pueden tenerse en cuenta sino, a lo sumo, como «ideas reguladoras» sin eficacia [62]. La pretensión de proclamar hoy directamente esa libertad equivale a la renuncia a realizar de hecho la libertad real. Gozar, sin preocuparse por los demás hombres, de esa «libertad» que la situación social o el íntimo carácter pueden hoy ofrecer a individuos aislados significa, pues, eternizar la estructura esclava de la sociedad actual en la medida en que ello depende del individuo o de los individuos en cuestión.

La voluntad *consciente* de promover el reino de la libertad tiene que ser, por lo tanto, realización consciente de los pasos que acercan de hecho a él. Y, comprendiendo que en la actual sociedad burguesa la libertad individual no puede ser más que un privilegio corrompido y corruptor, porque está insolidariamente basado en la esclavitud de otros, eso significa precisamente la necesidad de renunciar a la propia libertad individual. Significa la autosubordinación consciente a la voluntad colectiva que está destinada a dar vida real a la libertad real y que hoy comienza a dar seriamente los primeros pasos, inseguros y por vía de intento, hacia ella. Esa voluntad colectiva consciente es el partido comunista. Y, como todo momento de un proceso dialéctico, también esa voluntad contiene —aunque sea, por supuesto, solo en germen, en una forma primitiva, abstracta y sin desplegar— las determinaciones propias de la meta que está destinada a alcanzar: la libertad en su unidad con la solidaridad. La unidad de estos dos momentos es la *disciplina*. Primero, porque solo gracias a una disciplina es capaz el partido de convertirse en una activa voluntad colectiva, mientras que toda introducción del concepto burgués de libertad impediría la formación de esa voluntad colectiva y trasformaría el partido en un agregado de individuos laxo e incapaz de acción. Y, además, porque la disciplina significa precisamente, incluso para el individuo, el primer paso hacia la libertad hoy posible —la cual es aún muy primitiva, como corresponde al estadio del desarrollo social—, y ese paso se encuentra en el sentido de la superación del presente.

Todo partido comunista es por su esencia un tipo de organización superior al de cualquier partido burgués y al de cualquier partido obrero oportunista. Esto se aprecia ya *en las superiores exigencias puestas a sus miembros individuales*. El rasgo se puso de manifiesto en la primera escisión de la socialdemocracia rusa. Mientras que los mencheviques (como todo partido esencialmente burgués) consideraron que la simple aceptación del programa era suficiente para ser miembro del partido, para los bolcheviques la pertenencia al partido significaba participación personal activa en el trabajo revolucionario. Este principio de la estructura del partido se ha mantenido sin alterar en el curso de la revolución. Las tesis organizativas del III Congreso afirman, por ejemplo: «La aceptación de un programa comunista no es más que la manifestación de la voluntad de llegar a ser comunista... la primera condición de la realización sería del programa consiste en llevar a todos los miembros a una colaboración constante y cotidiana». En muchos casos este principio no ha pasado hasta hoy de ser principio mero. Pero eso no afecta en nada a su

básica importancia. Pues del mismo modo que el reino de la libertad no nos va a ser regalado de golpe como *gratia irresistibilis*, y del mismo modo que el «objetivo final» no se encuentra fuera del proceso, esperándonos en algún enigmático lugar, sino que está dentro de cada momento del proceso y en forma procesual, así también el partido comunista mismo, en cuanto forma de la consciencia revolucionaria del proletariado, es siempre algo *procesual*. Rosa Luxemburg ha percibido muy acertadamente que «la organización tiene que nacer como producto de la lucha». Sin duda ha sobrestimado el carácter orgánico de ese proceso, y subestimado la importancia del elemento consciente y conscientemente organizador. Pero la indicación de este error no debe tampoco llevar a la exageración que sería el no ver el elemento procesual de las formas organizativas. Pues pese al hecho de que para los partidos no rusos los principios de la organización estaban desde el primer momento disponibles para la asimilación consciente (dado que era posible aprovechar la experiencia rusa), es imposible eliminar o saltarse el elemento procesual de su génesis y su desarrollo mediante simples medidas organizativas. Por supuesto, el acierto de las medidas organizativas puede acelerar extraordinariamente el proceso, prestar grandes servicios a la clarificación de la consciencia correspondiente; por eso mismo es condición imprescindible del nacimiento de la organización. Pero, en última instancia, la organización comunista no puede conseguirse más que en la lucha, ni puede realizarse más que consiguiendo que todo miembro del partido adquiriera por su propia experiencia consciente de la adecuación y de la necesidad de esa forma de unión.

Aquí tenemos, pues, la interacción de la espontaneidad con la regulación consciente. En sí mismo, el hecho no es nada nuevo en el desarrollo de las formas de organización. Por el contrario, es el modo típico de nacimiento de las formas nuevas de organización. Engels [63] describe, por ejemplo, el modo como se han impuesto espontáneamente, para fijarse organizativamente solo después, ciertas formas de acción militar a consecuencia de los instintos inmediatos de los soldados, sin preparación teórica, y hasta en contra de la actitud teórica entonces dominante, o sea, incluso en contra de las formas de organización militar vigentes. El elemento de novedad que hay en el proceso de formación de los partidos comunistas estriba simplemente en la alterada relación entre acción espontánea y acción consciente, previsión teórica, que equivale a una progresiva eliminación, por constante lucha, de la estructura puramente *post festum* de la consciencia burguesa, cosificada y solo «contemplativa». La nueva relación se basa en que, dado el presente nivel del desarrollo social, existe para la consciencia de clase del proletariado la *posibilidad objetiva* de un conocimiento no ya solo *post festum* de su propia situación de clase y de la acción adecuada que le corresponde. (Aunque *para cada obrero individual*, a consecuencia de la cosificación de su consciencia, el camino que lleva a la consecución de esa consciencia de clase objetivamente posible, a la actitud íntima en la cual puede elaborar para sí mismo esa consciencia de clase, tiene que pasar por fuerza por la clarificación *posterior* de sus experiencias inmediatas; o sea, que la consciencia psicológica conserva para cada individuo su carácter *post festum*). La contradicción entre consciencia

individual y consciencia de clase en cada proletario no es en absoluto casual. Pues la superioridad organizativa del partido comunista respecto de todas las demás organizaciones políticas se manifiesta precisamente en que en él —y por vez primera en la historia— el carácter práctico-activo de la consciencia de clase aparece como principio que influye *directamente* en las acciones de cada individuo, pero, al mismo tiempo también como factor que codetermina *conscientemente* el desarrollo histórico.

Esa significación dúplice de la actividad, su referencia simultánea al portador individual de la consciencia de clase proletaria y al curso de la historia —o sea, *la mediación concreta entre hombre e historia*— es decisiva para el tipo o forma de organización que así nace. Para las organizaciones políticas de tipo antiguo —ya se trate de partidos burgueses, ya de partidos obreros oportunistas—, el individuo no puede presentarse más que como «masa», seguidor, número. Max Weber [64] ha caracterizado muy propiamente ese tipo de organización: «Es común a todas ellas el que se asocien «miembros» de función esencialmente más pasiva a un núcleo de personas en cuyas manos se encuentra... la dirección *activa*, mientras que la masa de los miembros de la asociación tiene solo función de objeto». La democracia formal, la «libertad» que puede haber en esas organizaciones, no supera dicha función de objeto, sino que, por el contrario, la fija y la eterniza. La «falsa consciencia», la imposibilidad objetiva de intervenir en el curso de la historia mediante una acción consciente, se refleja organizativamente en la imposibilidad de constituir unidades políticas activas (partidos) que estén llamados a mediar entre la acción de cada miembro y la actividad de la clase entera. Como esas clases y esos partidos no son activos en un sentido histórico objetivo, como su actividad aparente es un mero reflejo de su acarreo fatal por fuerzas históricas incomprensibles, en ellos tienen que aparecer todos los fenómenos derivados de la separación del ser y la consciencia, la teoría o la práctica, o sea, de la estructura de la consciencia cosificada. O, lo que es lo mismo esas unidades se encuentran, *en cuanto complejos totales*, en una actitud puramente *contemplativa* respecto del curso del desarrollo. Y por eso aparecen necesariamente en ellas las dos concepciones complementarias, ambas simultáneas e igualmente erróneas, acerca del curso de la historia: la sobrestimación voluntarista de la importancia activa del individuo (el caudillo) y la subestimación fatalista de la importancia de la clase (la masa). El partido se divide en una parte activa y una parte pasiva, la última de las cuales no puede ponerse en movimiento más que ocasionalmente, y siempre mediante una orden de la otra. La «libertad» corrientemente dada en esos partidos para los miembros no es, por lo tanto, más que la libertad de estimar acontecimientos o fallos fatales, concedida a *espectadores* que han podido intervenir en los hechos más o menos, pero nunca con el centro de su existencia, nunca con su entera personalidad. Pues esas organizaciones no pueden afectar nunca a la personalidad total de sus miembros, y ni siquiera pueden proponérselo. Como todas las formas sociales de la «civilización», también estas organizaciones se basan en la división del trabajo más exacta y mecanizada, en el burocratismo, en la detallada estimación y distinción de derechos y deberes. Los miembros no tienen que

ver con la organización más que con la parte abstracta de su existencia, y ellos mismos objetivan esa abstracta vinculación en la forma de derechos y deberes bien distinguidos [65].

Solo mediante la intervención de la personalidad entera puede conseguirse la participación realmente activa en todos los acontecimientos, el comportamiento realmente práctico de todos los miembros de una organización. Solo cuando la actuación en una comunidad se convierte en asunto personal central de todos los participantes puede superarse la distinción entre derecho y deber, la forma organizativa de manifestarse la rotura entre el hombre y su personación, la fragmentación del hombre por las fuerzas sociales que lo dominan. Al describir la sociedad gentilicia ha subrayado Engels [66] esta diferencia: «No hay todavía ninguna diferencia entre derechos y deberes». Y según Marx [67] la característica particular de la relación jurídica consiste en que el derecho no puede «consistir por su naturaleza más que en la aplicación de una misma medida»; pero los individuos, necesariamente desiguales, «no pueden medirse con una sola medida más que si se les sitúa bajo el dominio de un mismo punto de vista... y no se tiene en cuenta nada más de ellos, sino que se prescinde de todo lo demás». Por eso toda relación humana que rompa con esa estructura, con la abstracción que ignora la personalidad total del hombre, con su subsunción bajo un punto de vista abstracto, será un paso hacia la rotura de esa cosificación de la consciencia humana. Pero un paso así *presupone la intervención activa de la entera personalidad*. Con eso queda claro que las formas de la libertad en las organizaciones burguesas no son más que una «falsa consciencia» de la efectiva ilibertad, o sea, una estructura de la consciencia en la cual el hombre *considera* formalmente libre su inserción en un sistema de necesidades ajenas a su esencia y confunde la «libertad» formal de esa contemplación con una libertad real. Solo una vez comprendido esto se disipa la aparente paradoja de nuestra anterior afirmación, según la cual la disciplina del partido comunista, la absorción incondicional de la personalidad total de cada miembro en la práctica del movimiento, es el único camino viable hacia la realización de la libertad auténtica. Y ello no solo para la colectividad que con esa forma de organización llega a disponer de la palanca adecuada para conquistar los presupuestos sociales objetivos de la libertad, sino también para el individuo, para el miembro individual del partido, que solo por ese camino puede avanzar hacia la realización de la libertad *también para sí mismo*. Así, pues, la cuestión de la disciplina es, por una parte, una cuestión práctica elemental para el partido, una condición práctica imprescindible de su funcionamiento real; y, por otra parte, no es una cuestión meramente técnico-práctica, sino uno de los asuntos *intelectuales* más altos e importantes del desarrollo revolucionario. Esta disciplina, que no puede producirse sino como acto libre y consciente de la más consciente parte, de la vanguardia de la clase revolucionaria, es irrealizable sin sus presupuestos ideales. Sin un conocimiento —instintivo al menos— de la conexión entre personalidad total y disciplina del partido para cada miembro de este, la disciplina se momificará en un sistema cosificado y abstracto de derechos y deberes, y el partido recaerá en el tipo de organización de los partidos burgueses. Así se comprende, por

una parte, que la organización muestre objetivamente la sensibilidad mayor para con el valor o la falta de valor de concepciones y orientaciones teóricas: y, por otra parte y subjetivamente, que la organización revolucionaria presuponga un grado y a tan alto de consciencia de clase.

IV

Por importante que sea el aclarar teóricamente esa relación de la organización del partido comunista con sus miembros individuales, sería sumamente peligroso contentarse con ello, tomar el problema de la organización desde un punto de vista ético-formal. Pues la relación aquí descrita del individuo con la voluntad colectiva a la que se subordina con su entera personalidad no es —aisladamente considerada— cosa exclusiva del partido comunista, sino que ha sido también un rasgo esencial de muchas formaciones sectarias utópicas. Aún más: algunas sectas pueden mostrar ese principio más visible y claramente que el partido comunista precisamente porque han entendido ese aspecto ético-formal de la organización como principio único o, por lo menos, decisivo, y no como mero momento del *entero* problema de la organización. Pero en su unilateralidad ético-formal este principio organizativo se destruye a sí mismo; su acierto, que no es un ser ya conseguido y pleno, sino solo la *orientación recta* hacia la meta que hay que alcanzar, se convierte en falsedad al perderse la relación adecuada con el todo del proceso histórico. Por eso al elaborar la relación entre el individuo y la organización pusimos el peso decisivo en la esencia del partido como principio concreto de mediación entre el hombre y la historia. Pues las exigencias puestas al individuo no pueden desprenderse de su carácter ético-formal más que si la voluntad colectiva reunida en el partido es un factor activo y consciente del desarrollo histórico y se encuentra, consiguientemente, en interacción viva y constante con el proceso de transformación social, por lo cual sus diversos miembros individuales consiguen también esa misma interacción viva con el proceso y con sus portadores, la clase revolucionaria. Por ello al tratar el problema de cómo se mantiene la disciplina revolucionaria del partido comunista Lenin [68] ha puesto en primer término, junto a la entrega de los militantes, la relación del partido con la masa y el acierto de su dirección política.

Pero esos tres momentos no son separables. La concepción ético-formal propia de las sectas fracasa precisamente porque no es capaz de comprender la unidad de esos momentos, la viva interacción entre la organización del partido y la masa sin organizar. Toda secta, por muy antiburguesamente que gesticule, por mucho que esté subjetivamente convencida de que hay un abismo entre ella y la sociedad burguesa, revela precisamente en este punto que aún se encuentra en terreno burgués por la esencia de su concepción de la historia, y que, por lo tanto, la estructura de su propia consciencia está muy emparentada con la burguesa. Ese parentesco puede reconducirse en última instancia a una análoga concepción de la duplicidad de ser y consciencia,

a la incapacidad de entender la unidad de uno y otra como proceso dialéctico, como *el* proceso de la historia. Y desde este punto de vista es del todo indiferente que esa unidad dialéctica objetiva se entienda en su reflejo falso y sectario como ser rígido o como no menos rígido no-ser, y el que se atribuya incondicional y míticamente a las masas la recta comprensión de la acción revolucionaria o se sostenga, por el contrario, que la minoría «consciente» tiene que obrar por la masa «inconsciente». Ambos extremos, aducidos aquí solo como ejemplos porque un tratamiento, por resumido que fuera, de la tipología de las sectas nos llevaría más allá del marco de nuestras presentes consideraciones, coinciden entre ellos y con la consciencia burguesa en considerar el proceso histórico real separado del desarrollo de la consciencia de la «masa». Cuando la secta actúa por la masa «inconsciente», en lugar y representación de ella, hace cristalizar la distinción históricamente necesaria y, por lo tanto, dialéctica y organizativa, entre el partido y la masa. Y cuando intenta sumirse sin resto en a movimiento instintivo, espontáneo, de la masa, tiene que identificar simplísticamente la consciencia de clase del proletariado con las ideas, las impresiones, etc., de las masas en el momento dado, perdiendo así inevitablemente el criterio de la estimación objetiva de la acción correcta. La secta ha sucumbido al dilema burgués de fatalismo y voluntarismo. Se sitúa en un punto de vista desde el cual es imposible estimar las etapas objetivas del desarrollo social o las etapas subjetivas. Se ve obligada a subestimar o sobrestimar desmedidamente la organización, y tiene que tratar los problemas de esta aisladamente, separados de las cuestiones generales, prácticas e históricas, tácticas y estratégicas.

Pues el criterio y la guía de la correcta relación entre el partido y la clase no pueden encontrarse más que en la consciencia de clase del proletariado. La unidad objetiva real de la consciencia de clase constituye el fundamento de la vinculación dialéctica en la separación organizativa de la clase y el partido. Por otra parte, la falta de unidad real, los diversos grados de claridad y profundidad de esa consciencia de clase en los diversos individuos, grupos y capas del proletariado, condiciona la necesidad de la separación organizativa entre el partido y la clase. Por eso Bujarin [69] destaca acertadamente que la formación del partido sería superflua para una clase que fuera íntimamente unitaria. El problema consiste en saber si a la sustantividad organizativa del partido, al destacarse de esa parte de la totalidad de la clase, corresponden diferencias objetivas en la estratificación de la clase misma, o si, por el contrario, el partido no está separado de la clase más que a consecuencia de su desarrollo consciente, de su condicionamiento por el desarrollo de la consciencia de sus miembros y de su retroacción sobre él. Sería, por supuesto insensato pasar completamente por alto las estratificaciones económicas objetivas en el seno del proletariado. Pero no hay que olvidar tampoco que esas estratificaciones no se basan en modo alguno en diferencias del mismo grado de objetividad de las que determinan la separación en clases. Pueden no ser siquiera subordinadas a esas líneas divisorias capitales. Así, por ejemplo, como dice Bujarin, «un campesino que acaba de entrar en una fábrica es un hombre distinto de un obrero que trabaje en ella desde niño», y esa es sin duda una diferencia

«entitativa», pero se encuentra en un plano completamente distinto del que es propio de la diferencia, también aducida por Bujarin, entre el trabajador de la moderna gran industria y el del pequeño taller. Pues en el segundo caso se trata de una situación objetivamente distinta en el proceso de producción, mientras que en el primer caso lo distinto es solo la situación individual (por típica que sea) en ese proceso. Por eso en este caso se trata de saber la velocidad con la cual el individuo (o la capa) va a ser capaz de adaptar su consciencia a su nueva situación en el proceso productivo, el tiempo durante el cual los restos psicológicos de su anterior y perdida situación de clase van a inhibir la formación de su consciencia de clase. Mientras que en el segundo caso hay que plantearse la cuestión de si los intereses de clase resultantes de un modo económico objetivo de esas diferentes situaciones dentro del proletariado son lo suficientemente distintos como para producir diferenciaciones dentro de los intereses objetivos de clase del proletariado entero. Se trata pues aquí de saber si hay que concebir la consciencia de clase objetiva, atribuida o imputada [70], como algo diferenciado, estratificado; mientras que en el otro caso se trata solo de saber cuáles son los destinos biográficos —a veces típicos— que obstaculizan el despliegue y la imposición de esta consciencia de clase objetiva.

Estará claro que el único caso que tiene importancia teórica es el segundo de los inicialmente enumerados. Pues desde Bernstein en adelante el oportunismo tendió siempre, por una parte, a presentar como muy profundas las estratificaciones económicas objetivas en el seno del proletariado, y, por otra, a acentuar el parecido de la «situación vital» de las diversas capas proletarias, semiproletarias, pequeñoburguesas, etcétera, de tal modo que *la unidad y la sustantividad de la clase se perdiera en esa «diferenciación»*. (El programa de Görlitz de la SPD [71] es la última expresión de esa tendencia, ya claramente llevada al plano organizativo). Como es natural, los bolcheviques serán los últimos en ignorar esas diferenciaciones. Pero la cuestión consiste en saber qué tipo de ser y qué funciones tienen esas diferenciaciones en la totalidad del proceso histórico-social. En qué medida el conocimiento de esas diferenciaciones conduce a planteamientos y decisiones (predominantemente) tácticos o (predominantemente) organizativos. Este planteamiento puede parecer a primera vista bizantino. Pero hay que tener en cuenta que una unión orgánica en el sentido del partido comunista presupone la unidad de consciencia, y, por lo tanto, la unidad del ser social subyacente a ella, mientras que es perfectamente posible, y hasta puede ser necesaria, una unión meramente táctica cuando las circunstancias históricas provocan en clases distintas, cuyo ser objetivo es diverso, movimientos que, aunque determinados por causas distintas, discurren, sin embargo, temporalmente en el mismo sentido desde el punto de vista de la revolución. Pero cuando el ser social objetivo es realmente diverso, esos sentidos iguales no pueden ser iguales «necesariamente», como en el caso de identidad de situación y fundamento de clase. Esto es: solo en el primer caso es la identidad de sentido lo socialmente necesario, aquello cuya aparición puede sin duda ser obstaculizada en lo empírico por diversas circunstancias, pero tiene que imponerse a la larga, mientras que en el segundo

caso ocurre simplemente que una combinación de diversas circunstancias históricas ha producido la convergencia de las tendencias de movimiento. Se trata entonces de un favor que hacen las circunstancias, el cual tiene que aprovecharse tácticamente porque, de no hacerlo, es fácil que la ocasión se pierda irremediabilmente. Es evidente, por lo demás, que tampoco la posibilidad de esa coincidencia del proletariado con capas semiproletarias, etc., es casual. Pero se funda *exclusivamente*, de modo necesario, en la situación de clase del proletariado; como el proletariado no puede liberarse más que mediante la destrucción de la sociedad de clases, se ve *forzado* a realizar su lucha liberadora también *para* todas las capas explotadas y oprimidas. En cambio, el que estas se encuentren en las diversas luchas al lado del proletariado o en el campo de sus enemigos es, desde el punto de vista de estas capas de oscura consciencia de clase, más o menos «casual». Como se mostró antes, todo dependerá intensamente del acierto de la táctica del partido revolucionario del proletariado. Por lo tanto, en este punto, cuando el ser social de las clases que actúan es diferente, cuando su vinculación no puede ser mediada más que por la misión histórico-universal del proletariado, lo único que interesa desde el punto de vista del desarrollo revolucionario es la unión *táctica* —conceptualmente ocasional, aunque en la práctica sea muchas veces de larga duración—, con completa separación orgánica. Pues la génesis en las capas semiproletarias, etc., del conocimiento de que su liberación depende de la victoria del proletariado es un proceso tan largo y difícil que una unión más que táctica podría poner en peligro el destino de la revolución. Con esto se entenderá por qué tuvimos que plantear tan tajantemente el problema de si a las estratificaciones en el seno del proletariado corresponde una gradación análoga (aunque sea más débil) del ser social objetivo, de la situación de clase, y, por lo tanto, de la consciencia de clase objetiva, atribuida o históricamente imputada. O si esas estratificaciones se deben solo a la diversa medida en la cual la verdadera consciencia de clase se impone en las diversas capas, grupos e individuos del proletariado. Pregunta que puede plantearse, en resolución, del modo siguiente: si las gradaciones objetivas, sin duda existentes, de la situación vital del proletariado determinan solo la *perspectiva* según la cual se consideran los intereses del momento, que sin duda aparecen como diversos, mientras que los *intereses mismos coinciden objetivamente* no solo desde el punto de vista de la historia, sino también actual e inmediatamente, aunque no todo trabajador lo perciba en cada instante; o si los intereses mismos pueden llegar a discrepar a causa de una diferencia objetiva en el ser social.

Planteadas así la cuestión, la respuesta no puede ser dudosa. Las palabras del *Manifiesto Comunista*, recogidas casi literalmente en las tesis sobre «la función del partido comunista en la revolución proletaria» del II Congreso —«el partido comunista no tiene intereses que diverjan de los de la clase trabajadora en su totalidad, y solo se distingue de esta porque posee una visión de conjunto del entero camino histórico de la clase obrera en su totalidad y se esfuerza por representar, en todas las inflexiones de ese camino, no los intereses de grupos particulares u oficios particulares, sino los de la clase trabajadora en su totalidad»— solo son comprensibles y significativas si se afirma

la unidad del ser económico objetivo del proletariado. Y entonces las estratificaciones del proletariado que producen los distintos partidos obreros y la formación del partido comunista no son estratificaciones económicas objetivas; sino gradaciones en el desarrollo de la consciencia de clase del proletariado. No hay capa alguna obrera que esté directamente determinada por su existencia económica a ser comunista, del mismo modo que ningún individuo obrero nace comunista. Todo obrero nacido en la sociedad capitalista y crecido bajo su influencia tiene que recorrer un camino más o menos cargado de experiencias para poder realizar en sí mismo la recta consciencia de su propia situación de clase.

La lucha del partido comunista se dirige a la consciencia de clase del proletariado. Su separación organizativa de la clase significa en este caso no una voluntad de luchar *en vez* de la clase por los intereses de la clase (como lo hacían, por ejemplo, los blanquistas). Cuando hace eso —cosa que puede ocurrir en el curso de la revolución— no lo hace, ni siquiera entonces, principalmente por los objetivos de la lucha en cuestión (que, a largo plazo, no pueden ser de todos modos conquistados ni mantenidos más que por la clase misma), sino para promover el desarrollo de la consciencia de clase y acelerarlo. Pues el proceso de la revolución es —a escala histórica— idéntico con el proceso de desarrollo de la consciencia de clase proletaria. La distinción organizativa entre el partido comunista y la amplia masa de la clase se basa en la variable articulación de la consciencia de clase, pero existe al mismo tiempo para promover el proceso de nivelación de esas estratificaciones al nivel más alto que sea posible alcanzar. La sustantividad organizativa del partido comunista es necesaria para que el proletariado pueda ver su propia consciencia de clase de un modo directo, como configuración histórica concreta; para que ante todo acontecimiento de la vida cotidiana aparezca clara y comprensiblemente para cada trabajador la toma de posición que favorece los intereses de la clase entera; para que pueda llegar a consciencia de la clase entera su propia existencia como clase. Mientras que la forma organizativa de las sectas separa artificialmente la «correcta» consciencia de clase (en la medida en que esta pueda desarrollarse en tan abstracto aislamiento) de la vida y del desarrollo de la clase, la forma organizativa de los oportunistas significa la nivelación de esas estratificaciones de la consciencia al nivel más bajo o, en el mejor de los casos, al nivel del término medio. Es obvio que las acciones de la clase en cada caso dependen en gran medida de ese término medio. Pero como esta media no es nada que pueda determinarse estática y estadísticamente, sino que ella misma es una consecuencia del proceso revolucionario, resulta no menos evidente que el apoyarse organizativamente en el término medio dado significa inhibir su desarrollo y hasta rebajar su nivel. Mientras que la explicitación clara de la posibilidad más alta *objetivamente* dada en un momento determinado —o sea, la independencia organizativa de la vanguardia consciente— es ella misma un medio para resolver la tensión entre esa posibilidad objetiva y el efectivo estado de consciencia del término medio de un modo favorable a la revolución.

La sustantividad organizativa es absurda y lleva a la simple secta si no significa al mismo tiempo la constante consideración *táctica* del estado de conciencia de las masas más amplias y atrasadas. En este punto se hace visible la función de la teoría correcta en el problema organizativo del partido comunista. El partido tiene que representar la más alta posibilidad objetiva de la acción proletaria. Pero la condición necesaria de esto es una comprensión teórica adecuada. La organización oportunista presenta menor sensibilidad que la organización comunista para con las consecuencias de una teoría falsa precisamente porque la primera es una reunión más o menos laxa de elementos heterogéneos en acciones puramente ocasionales, porque sus acciones son más bien efectos de los movimientos inconscientes y ya inevitables de las masas, en vez de ser el partido el que realmente dirija estos, y porque la conexión organizativa es esencialmente una jerarquía de dirigentes y funcionarios fijada por una división del trabajo mecánica y fija. (De todos modos, la constante aplicación errónea de falsas teorías tiene que acarrear a la larga el hundimiento del partido; pero esta es otra cuestión). El carácter eminentemente práctico de la organización comunista, precisamente su esencia de partido de lucha, presupone, por una parte, la teoría verdadera, porque en otro caso sucumbiría muy fácilmente ante las consecuencias de una teoría falsa; y, por otra parte, esta forma de organización produce y reproduce la adecuada comprensión teórica, porque aumenta la sensibilidad de la forma organizativa respecto de las consecuencias de una actitud teórica falsa. Así, pues, capacidad de acción y capacidad de autocritica, de autocorrección, de desarrollo teórico, se encuentran en interacción indisoluble. Tampoco en el terreno de la teoría obra el partido como representante del proletariado. Si la conciencia de clase es cosa procesual y fluida en relación con el pensamiento y la acción de la clase entera, ello tiene que reflejarse en la forma organizativa de esa conciencia de clase, en el partido comunista. Pero con la diferencia de que en él se ha objetivado organizativamente un estadio de conciencia superior: frente a las oscilaciones más o menos caóticas del desarrollo de la conciencia en la clase misma, frente a la alternancia de estallidos, en los cuales se manifiesta una madurez de la conciencia de clase mucho mayor que la que podía preverse en teoría, y estadios semiletárgicos de inmovilidad, de pasivo sufrimiento, de desarrollo meramente subterráneo, el partido comunista significa una acentuación consciente de la relación entre el «objetivo final» y la acción presentemente actual y necesaria [72]. Lo procesual, el elemento dialéctico de la conciencia de clase, se convierte así en dialéctica conscientemente manejada en la teoría del partido.

Esta interacción dialéctica ininterrumpida entre la teoría, el partido y la clase, esa orientación de la teoría a las necesidades inmediatas de la clase, no significa, pues, en modo alguno, la disolución del partido en la masa del proletariado. Las discusiones acerca del Frente Único han mostrado en casi todos los enemigos de esa táctica la falta de comprensión dialéctica, de comprensión pura y simple de la función real del partido en el proceso de desarrollo de la conciencia del proletariado. No me refiero siquiera a los que entendieron erróneamente la política de Frente Único como inmediata reunificación or-

ganizativa del proletariado. El miedo a que el partido, realizando demasiado al pie de la letra la política aparentemente «reformista» y por su ocasional coincidencia táctica con los oportunistas, pudiera perder su carácter comunista muestra que en muchos comunistas no se había consolidado aún suficientemente la confianza en la teoría correcta, en el autoconocimiento del proletariado como conocimiento de su situación objetiva en un determinado estadio del desarrollo histórico, la confianza en la presencia dialéctica del «objetivo final» en toda política temporal formulada con acierto revolucionario; muestra que todavía hoy muchos comunistas, como las viejas sectas, obran en realidad en vez del proletariado, cuando su misión es promover por su acción el proceso real de desarrollo de la consciencia de clase proletaria. Pues la adecuación íntima de la táctica del partido comunista a los momentos de la vida de la clase en los cuales —aunque sea mediante formas falsas— la adecuada consciencia de clase pugna por manifestarse no significa en modo alguno que el partido haya decidido cumplir con absoluto sometimiento la mera voluntad momentánea de las masas. Al contrario. Precisamente porque el partido se esfuerza por alcanzar el máximo posible desde el punto de vista revolucionario objetivo —y la parte principal de esa posibilidad y su síntoma más importante es a menudo la voluntad momentánea de las masas—, se ve a veces obligado a tomar posición contra las masas, a mostrarles el camino recto mediante la negación de su voluntad presente. Y se ve obligado a contar con que las masas no entiendan sino *post festum*, tras muchas experiencias amargas, lo acertado de su posición.

Pero ni esta posibilidad ni la de coincidencia con las masas deben generalizarse para dar un esquema táctico general. El desarrollo de la consciencia de clase proletaria (o sea, el desarrollo de la revolución proletaria) y el del partido comunista son, ciertamente, un mismo proceso desde el punto de vista de la historia universal. Por eso se condicionan mutuamente en la práctica de la vida cotidiana; *pero su crecimiento concreto no se presenta como un solo y mismo proceso, y ni siquiera puede mostrar un paralelismo completo*. Pues el modo como se desarrolla ese proceso, la forma en la cual se elaboran ciertas transformaciones económicas objetivas en la consciencia del proletariado y, ante todo, el modo como se configura en ese desarrollo la interacción entre el partido y la clase, no pueden reducirse a «leyes» esquemáticas. La maduración del partido, su consolidación externa e interna, no se realiza, por supuesto, en el vacío del aislamiento sectario, sino en medio de la realidad histórica, en interacción dialéctica ininterrumpida con la crisis económica objetiva y con las masas revolucionadas por esta. Puede ocurrir que el curso del desarrollo —como ocurrió en Rusia entre las dos revoluciones— ofrezca al partido la posibilidad de llegar a claridad plena consigo mismo antes de las luchas decisivas. Pero también puede presentarse el caso —como en algunos países de la Europa occidental y central— de que la crisis revolucione las amplias masas tan general y tan velozmente que estas se hagan comunistas en parte, incluso organizativamente, antes de haber conseguido los presupuestos conscientes internos de estas organizaciones, con lo que se producen partidos comunistas de masas que solo en el curso de las luchas llegarán a ser partidos realmente

comunistas, etc. Por mucho que se pueda ramificar esta tipología de la formación de partidos, por mucho que en algunos casos extremos pueda surgir la apariencia de que el partido comunista nace con necesidad de «ley» orgánica de la crisis económica, el hecho es que el paso decisivo, la reunión consciente, interna, organizativa de la vanguardia revolucionaria, o sea, el nacimiento real de un partido comunista, *es acto libre y consciente de esa misma vanguardia consciente*. Nada afecta a este hecho (por citar solo dos casos extremos) el que un partido relativamente pequeño e internamente consolidado se convierta en un gran partido de masas en la interacción con amplias capas del proletariado, o que un partido de masas nacido espontáneamente se convierta —al cabo de muchas crisis— en un partido comunista de masas. Pues la esencia teórica de todos esos procesos es la misma, a saber: la superación de la crisis ideológica, la conquista de la recta consciencia proletaria de clase. Desde este punto de vista es igualmente peligroso para la revolución el que se sobrestime el factor de necesidad en ese proceso y se suponga que una táctica cualquiera es capaz de conducir una serie de acciones, por no hablar ya del curso mismo de la revolución, con intensificación necesaria por encima de sí mismos y hasta fines más lejanos, o que se crea que la mejor acción del partido comunista mayor y mejor organizado puede conseguir algo más que una adecuada dirección del proletariado en la lucha por una finalidad que este mismo se ha puesto, aunque sea sin completa consciencia. No menos falso sería, desde luego, tomar aquí el concepto de proletariado de un modo meramente estático y estadístico; «pues el concepto de masa cambia en el curso de la lucha», ha dicho Lenin. El partido comunista es una *configuración autónoma* de la consciencia de clase proletaria, autónoma en interés de la revolución. Se trata de entenderlo adecuadamente en esa doble relación dialéctica, al mismo tiempo como *configuración* de esa consciencia y como configuración *de esa consciencia*, o sea, tanto en su independencia cuanto en su coordinación.

V

La anterior distinción, siempre cambiante de acuerdo con las circunstancias, entre la unión táctica y la organizativa en la relación partido-clase cobra, como problema interno del partido, la forma de la unidad de las cuestiones tácticas y las organizativas. Es verdad que, por lo que hace a esta vida interna del partido, no tenemos casi a disposición más que las experiencias del partido ruso como pasos reales y conscientes hacia la realización de la organización comunista. La exclusividad de esas experiencias es aquí más acusada que en las cuestiones anteriormente tratadas. Del mismo modo que los partidos no rusos tuvieron muchas veces —en la época de su «enfermedad infantil»— una tendencia a entender el partido como una secta, así también se inclinan luego muchas veces a descuidar su vida «interior» en comparación con la acción propagandista y organizativa del partido sobre las masas, en comparación con su vida «hacia afuera» También esta es, por supuesto,

una «enfermedad infantil», condicionada en parte por la rápida formación de grandes partidos de masas, por la sucesión casi ininterrumpida de decisiones y acciones importantes, por la necesidad, que tienen los partidos de vivir «hacia afuera». Pero entender la cadena causal que ha llevado a un error no significa en modo alguno adaptarse a él. Sobre todo porque el tipo correcto de acción «hacia afuera» muestra del modo más llamativo lo absurdo que es distinguir en la vida interna del partido entre táctica y organización, lo intencionalmente que esta unidad interna influye en la íntima vinculación entre la vida «hacia adentro» y la vida «hacia afuera» del partido (aunque esa separación empírica parece al principio insuperable para todo partido comunista, que la hereda del ambiente en que ha nacido). La práctica inmediata cotidiana enseña a todo el mundo que la centralización organizativa del partido (con todos los problemas de la disciplina que se siguen de ella o no son más que su otra cara) y la capacidad de iniciativa táctica son conceptos que se condicionan recíprocamente. Por una parte, la posibilidad de que una táctica a la que aspira el partido influya en las masas presupone su influencia dentro del partido mismo. No solo en un sentido de disciplina mecánica, o sea, en el sentido de que las diversas partes del partido se encuentren firmemente en las manos de la central y obren hacia fuera como verdaderos miembros de una voluntad colectiva. Sino también y particularmente en el sentido de que el partido sea una formación tan unitaria que toda alteración de la orientación de la lucha se manifieste como reagrupación de todas las fuerzas, y todo cambio de posiciones repercuta en los militantes individuales, con lo que se agudice hasta el extremo la sensibilidad de la organización para con los cambios de orientación, el aumento de la actividad de lucha, las retiradas, etc. Espero que no haga falta explicar a estas alturas que todo eso no equivale a la «obediencia de cadáver» [73]. Pues está claro que precisamente esa sensibilidad de la organización puede descubrir con la mayor rapidez el error de determinadas instrucciones, etc., en el momento de su aplicación práctica, y que ella es lo que más facilita la posibilidad de una autocrítica sana, destinada a aumentar la capacidad de acción [74]. Por otra parte, es obvio que la firme unidad organizativa suministra al partido no solo la capacidad de acción objetiva, sino también la atmósfera interna del partido que posibilita una intervención activa en los acontecimientos, el aprovechamiento de las oportunidades que estos ofrezcan. Por lo tanto, una centralización real de todas las fuerzas del partido tiene que impulsar a este en el sentido de la actividad y la iniciativa ya por su mera dinámica interna. Mientras que la sensación de una organización insuficientemente firme tiene que influir inhibitoriamente paralizando las decisiones tácticas, y hasta ha de mostrar efectos negativos en la actitud teórica básica del partido. (Recuérdese la situación del Partido Comunista de Alemania durante el *putsch* de Kapp).

Las tesis de organización del III Congreso dicen que «para un partido comunista no hay época alguna en la cual la organización del partido no puede tener actividad política». Esta permanencia táctica y organizativa no solo de la disposición a la lucha revolucionaria, sino también de la actividad revolucionaria misma, no puede entenderse adecuadamente más que si se tiene una

comprensión plena de la unidad de la táctica y la organización. Pues si la táctica se separa de la organización, si no se ve en ambas el mismo proceso de desarrollo de la consciencia de clase proletaria, es inevitable que el concepto de la táctica sucumba al dilema oportunismo-putschismo; es inevitable que la acción se entienda como acción aislada de la «minoría consciente» para hacerse con el poder o como mera adaptación a los deseos del día presentes en las masas, o sea, al modo «reformista», mientras que la organización no recibe más función que la de «preparar» la acción. (Las concepciones de Serrati y sus partidarios se encuentran en este punto en el mismo plano que las de Paul Levi). Pero la permanencia de la situación revolucionaria no significa en modo alguno que sea posible en cualquier momento la toma del poder por el proletariado. Significa solo que, a consecuencia de la situación objetiva global de la economía, toda alteración de esa situación y todo movimiento de las masas producido por ella contienen una tendencia que puede orientarse en sentido revolucionario y puede ser aprovechada para el ulterior desarrollo de la consciencia de clase del proletariado. Pero en este contexto es un factor de primerísimo orden el desarrollo interno de la configuración sustantiva de esa consciencia de clase, o sea, del partido comunista. La situación revolucionaria se manifiesta ante todo y del modo más visible en la estabilidad continuamente decreciente de las formas sociales, producida a su vez por la creciente inestabilidad del equilibrio entre las fuerzas y los poderes sociales en cuya colaboración descansa la sociedad burguesa. La independización de la consciencia de clase, su cristalizar en configuración sustantiva, no puede, pues, tener sentido para el proletariado más que si en todo momento y efectivamente *encarna el sentido revolucionario de ese momento precisamente para el proletariado*. Por lo tanto, la verdad del marxismo revolucionario en una situación revolucionaria es mucho más que la mera verdad «general» de una teoría. Precisamente porque se ha hecho completamente actual, práctica, la teoría tiene que convertirse en guía de cada paso práctico de la vida cotidiana. Pero esto no es posible más que si la teoría depone su carácter puramente teórico, si se hace puramente dialéctica, esto es, si supera prácticamente toda contraposición entre lo general y lo particular, entre la ley y el caso «singular» subsumido bajo ella, entre la ley, pues, y su aplicación, con lo que superará al mismo tiempo toda contraposición entre la teoría y la práctica. Mientras que la táctica y la organización de los oportunistas de la «política realista», basadas en el abandono del método dialéctico, satisfacen las exigencias del día destruyendo la firmeza del fundamento teórico, para caer, por otra parte, y precisamente en su práctica cotidiana, en el esquematismo paralizador de sus cosificadas formas organizativas y de su rutina táctica, el partido comunista tiene que conseguir y preservar viva en sí la tensión dialéctica entre la reafirmación del «objetivo final» y la más exacta adaptación a las concretas necesidades de la hora. Si se tratara de un individuo, eso supondría una «genialidad» con la que jamás puede contar una política revolucionaria realista. Pero ocurre que el partido no está obligado a contar con ella, pues precisamente el desarrollo consciente del principio organizativo comunista es el camino adecuado para llevar adelante el proceso educativo de la vanguardia

revolucionaria en esa dirección, en la dirección de la dialéctica práctica. Pues la unidad comunista de la táctica y la organización, la necesidad de que toda aplicación de la teoría, todo paso táctico, se oriente enseguida organizativamente, es el principio corrector, conscientemente empleado, de la cristalización dogmática que amenaza constantemente a toda teoría aplicada por hombres de conciencia cosificada, crecidos en el capitalismo. Este peligro es muy grande precisamente porque el mundo circundante capitalista que produce esa esquematización de la conciencia toma, en su actual situación de crisis, formas constantemente nuevas y resulta, por lo tanto, inaccesible para una comprensión esquemática. Lo que hoy es acertado puede ser falso mañana. Lo que, aplicado con cierta intensidad, puede ser saludable, puede ser nocivo aplicado con intensidades mayores o menores. «Basta con dar un paso más, y manifiestamente en la misma dirección —ha dicho Lenin [75] a propósito de ciertas formas de dogmatismo comunista— para que la verdad se convierta en un error».

Pues la lucha contra los efectos de la conciencia cosificada es un proceso largo y necesitado de tenaces esfuerzos, en el cual es imposible atenerse a formas determinadas de esas influencias o a contenidos de fenómenos determinados. Mas el dominio de la conciencia cosificada sobre los hombres de esta época se manifiesta precisamente en la tendencia a hacerlo así. En cuanto que la cosificación se supera en un punto, surge el peligro de que el estado de conciencia de esa superación cristalice en una nueva forma no menos cosificada. Por ejemplo: los trabajadores que viven bajo el capitalismo tienen que superar la ilusión de que las formas económicas o jurídicas de la sociedad burguesa sean el mundo circundante «eterno», «racional», «natural» del hombre, y terminar con el desmedido respeto que sienten por el medio social al que están acostumbrados; pero tras la toma del poder, tras la derrota de la burguesía en abierta lucha de clases, el «orgullo comunista» que así se engendra —según la expresión de Lenin—, puede resultar tan peligroso como la anterior humildad menchevique ante la burguesía. Precisamente porque el materialismo histórico correctamente entendido de los comunistas —en tajante contraposición con las teorías oportunistas— parte del hecho de que el desarrollo social produce constantemente *novedad*, y *novedad* en sentido cualitativo [76], toda organización comunista tiene que estar dispuesta a intensificar todo lo posible su propia sensibilidad para con cualquier forma nueva del proceso, su capacidad de *aprender* de todos los momentos del desarrollo. Y tiene que evitar que las armas con las que ayer se consiguió una victoria se conviertan hoy, por su cristalización, en un obstáculo para la lucha subsiguiente. «Tenemos que aprender de los viajantes de comercio», dice Lenin, en el discurso que acabamos de citar, acerca de las tareas de los comunistas en la Nueva Política Económica.

Flexibilidad, capacidad de cambio y de adaptación de la táctica, y firme y concentrada organización son pues, simplemente, dos caras de una sola cosa. Pero pocas veces se capta según todo su alcance —ni siquiera en ambientes comunistas— este sentido, el más profundo, de la forma organizativa comunista. Y ello a pesar de que de su recta aplicación dependen no solo la posibili-

dad de la acción correcta, sino también la capacidad interna de desarrollo del partido comunista. Lenin repite tenazmente la recusación de todo utopismo referente al material humano con el que hay que hacer la revolución y llevarla a la victoria: se trata necesariamente de hombres educados en y corrompidos por la sociedad capitalista. Pero la recusación de esperanzas o ilusiones utópicas no significa en modo alguno el derecho a detenerse y contentarse con fatalismo con el reconocimiento del hecho. Significa que, puesto que toda esperanza en la transformación interna de los hombres es una ilusión utópica mientras subsista el capitalismo, hay que buscar y encontrar *medidas y garantías organizativas* adecuadas para oponerse a las consecuencias corruptoras de esta situación, para corregir inmediatamente su inevitable aparición y para eliminar las degeneraciones que así se produzcan. El dogmatismo teórico no es más que un caso particular de los fenómenos de cristalización a que están constantemente expuestos todos los hombres y todas las organizaciones que viven en un ambiente capitalista. La cosificación [77] capitalista de la conciencia acarrea al mismo tiempo una ultraindividualización y una cosificación mecánica del hombre. La división del trabajo, no basada en la peculiaridad humana, hace que los hombres cristalicen esquemáticamente en su actividad, hace de su ocupación un mero automatismo y de ellos mismos meros practicantes rutinarios. Pero, por otra parte, esa misma causa exaspera su conciencia individual —vacía y abstracta a consecuencia de la imposibilidad de encontrar en la actividad misma la satisfacción y la difusión de la personalidad— hasta hacer de ella un egoísmo brutal, ansioso de posesión o ansioso de gloria. Estas tendencias tienen por fuerza que seguir actuando en el partido comunista, el cual, por cierto, no ha pretendido nunca transformar internamente, por un golpe milagroso, a los hombres suyos. Sobre todo porque las necesidades de la acción eficaz imponen a todo partido comunista una división del trabajo también en gran parte cósmica, la cual acarrea necesariamente los peligros vistos de cristalización, burocratismo, corrupción, etc.

La vida interna del partido es una lucha constante contra esa su herencia capitalista. La única arma organizativa decisiva es la inserción de los miembros del partido en la actividad de este *con su entera personalidad total*. Solo si la función no es en el partido «función» oficial, cosa de funcionario, el cual puede sin duda ejercerla con toda entrega y puntualidad, pero siempre, de todos modos, como se ejerce un cargo burocrático; solo si la actividad de todos los miembros se refiere a todas las clases imaginables de trabajo de partido; y solo si, además, esa actividad se intercambia según las posibilidades objetivas, solo entonces entran los miembros del partido, con su personalidad total, en una relación viva con la totalidad de la vida del partido y de la revolución, y dejan de ser meros especialistas necesariamente sometidos al peligro de la cristalización íntima [78]. También en este punto se vuelve a manifestar la unidad indivisible de la táctica y la organización. Toda jerarquía de funcionarios en el partido, cosa absolutamente inevitable por las necesidades de la lucha, tiene que basarse en la presencia de un determinado tipo de capacidad para hacer frente a las exigencias de una determinada fase de la lucha. Cuando el desarrollo de la revolución rebasa esa fase, el mero cambio de táctica, e in-

cluso la alteración de las formas de la organización (por ejemplo, el paso de la ilegalidad a la legalidad); resultarán insuficientes para conseguir una real redistribución en atención a la acción ahora acertada. Hace falta además una redistribución de la jerarquía de los funcionarios en el partido; la elección del personal tiene que adecuarse exactamente al nuevo modo de lucha [79]. Es obvio que esto no podrá hacerse sin «errores» ni sin crisis. El partido comunista sería una isla fantástica y utópica en el océano del capitalismo si su desarrollo no estuviera constantemente amenazado por esos peligros. Lo único decisivamente nuevo de su organización es que lucha contra ese peligro interno en forma constante y consciente.

Cuando todo miembro del partido se sume con su personalidad entera, con su entera existencia, en la vida del partido, entonces un mismo y único principio, el de la centralización y la disciplina, es el que tiene que velar por la interacción viva entre la voluntad de los miembros y la de la dirección del partido, por la vigencia de la voluntad y los deseos, las iniciativas y la crítica de los miembros respecto de la dirección. Precisamente porque toda decisión del partido tiene que realizarse en las acciones de todos sus miembros, porque a toda instrucción tienen que seguir acciones de los miembros en las cuales estos ponen en juego toda su existencia física y moral, los miembros están en situación de y están incluso obligados a empezar inmediatamente su crítica, a formular inmediatamente sus experiencias, sus reservas, etc. Si el partido consiste en una mera jerarquía de funcionarios aislada de las masas de los miembros comunes a los que no compete en la vida cotidiana más que una función de espectadores, si la acción del partido como un todo es solo ocasional, entonces se produce en los miembros una cierta indiferencia, mezcla de ciega confianza y de apatía, respecto de las acciones cotidianas del partido. Su crítica no puede ser, en el mejor de los casos, más que una crítica *post festum* (en congresos, etc.) que pocas veces tendrá una influencia determinante en la orientación real de las acciones futuras. En cambio, la intervención activa de todos los miembros en la vida cotidiana del partido, la necesidad de comprometerse con la personalidad entera en toda acción del partido, es el único medio que obliga al partido a hacer realmente comprensibles sus decisiones para todos los miembros, a convencerles de su acierto, puesto que de otro modo es imposible que estos las pongan acertadamente en práctica. (Esta necesidad será tanto más intensa cuanto más organizado esté el partido, cuanto más importantes sean las funciones que recaen sobre cada miembro, por ejemplo, en una fracción sindical, etc.) Por otra parte, estas discusiones, ya antes de la acción, pero también durante ella, tienen que producir la interacción viva entre la voluntad de la colectividad del partido y la de la central; tienen que influir en la transición efectiva de la resolución a la acción por vía de modificación, corrección, etc. (También en este punto hay que decir que la interacción será tanto mayor cuanto mejor y más intensamente configuradas estén la centralización y la disciplina). Cuanto más profundamente se imponen estas tendencias, tanto más resueltamente desaparece la contraposición cruda y sin transiciones entre dirigente y masa, heredada de la estructura de los partidos burgueses; y el cambio en la jerarquía de los funcionarios tiene

en esto una función de refuerzo. La crítica que, al principio, es inevitablemente *post festum*, se transforma cada vez más resueltamente en un intercambio de experiencias tácticas y organizativas *concretas y generales*, las cuales se orientan también cada vez más hacia el futuro. Pues la libertad —como ya descubrió la filosofía clásica alemana— es algo práctico, una actividad. Y solo porque es un mundo de actividad para cada uno de sus miembros puede el partido comunista superar realmente el papel de espectador del hombre burgués ante la necesidad de un acaecer incomprendido, así como su forma ideológica, la libertad formal de la democracia burguesa. La distinción de deberes y derechos no es posible más que sobre la base de la separación entre los dirigentes activos y la masa pasiva, sobre la base de una acción de los dirigentes en representación de y *para* la masa, o sea, sobre la base de una concepción contemplativo-fatalista de la masa. La verdadera democracia, la separación de la distinción entre derechos y deberes, no es, empero, una libertad formal, sino una *actividad* solidaria, íntimamente vinculada, de los miembros de una voluntad colectiva.

El problema de la «depuración» del partido, objeto de tanto insulto y tanta calumnia, no es más que el aspecto negativo del mismo tema. También en este caso —como en todos los demás problemas— había que recorrer el camino que va de la utopía a la realidad. Así, por ejemplo, el postulado de las 21 condiciones del II Congreso —que todo partido legal tiene que practicar periódicamente esas depuraciones— ha resultado ser una exigencia utópica incompatible con la fase evolutiva de los nacientes partidos de masas de Occidente. (El III Congreso ha sido mucho más reservado acerca de esta cuestión). Pero, a pesar de ello, su formulación no fue ningún «error». Pues ella indica clara y tajantemente la *dirección* que ha de tomar el desarrollo interno del partido comunista, aunque sean las circunstancias históricas las que hayan de determinar la *forma* de realización de ese principio. Precisamente porque la cuestión organizativa es la más profunda y espiritual de las cuestiones del desarrollo revolucionario, resultó de absoluta necesidad llevar esos problemas a la consciencia de la vanguardia revolucionaria, aunque momentáneamente no fueran resolubles en la práctica. Pero el desarrollo del partido ruso muestra de un modo magnífico la importancia práctica de la cuestión: y ello, como se sigue, de nuevo, de la unidad indisoluble de táctica y organización, no solo para la vida interna del partido mismo, sino también para su relación con las amplias masas de los trabajadores. La depuración del partido ha ocurrido en Rusia de modos muy diversos según las diversas etapas del desarrollo. En la última, que se realizó en otoño del año pasado, se introdujo el principio, muy interesante e importante, de que hay que aprovechar las experiencias y los juicios de los obreros y campesinos sin partido, de que las masas deben ser llamadas al trabajo de depuración del partido. No porque el partido haya ahora de aceptar ciegamente todo juicio de esas masas, pero sí porque debe tener muy en cuenta las iniciativas y las recusaciones de estas al expulsar a los elementos corrompidos, burocratizados, alejados de las masas y no dignos de confianza revolucionaria [80].

De este modo, ese asunto sumamente interno del partido muestra; a un nivel ya desarrollado del partido comunista, la relación interna más íntima entre el partido y la clase. Muestra en qué gran medida la tajante separación organizativa entre la vanguardia consciente y las amplias masas no es más que un momento del proceso de desarrollo unitario, pero dialéctico, de la clase entera, del desarrollo de la consciencia. Pero al mismo tiempo indica que ese proceso abarca, utiliza, lleva a verdadero despliegue y juzga a cada miembro del partido, en su actividad como individuo, en la medida en la cual consigue ser mediador enérgico y claro entre las necesidades del momento y su significación histórica. Del mismo modo que el partido como un todo supera mediante su acción, dirigida a la unidad y la reunión revolucionarias, la división cosificada en naciones, oficios, etc., formas de manifestación de la vida (economía y política), con objeto de constituir la verdadera unidad de la clase proletaria, así también desgarrar para sus miembros individuales, precisamente por obra de su tensa organización, de su consiguiente disciplina férrea, de la exigencia de intervención con la personalidad entera, los velos cosificados que nieblan la consciencia del individuo en la sociedad capitalista. El que se trate de un proceso largo y el que no estemos sino en sus comienzos no puede ni debe impedirnos esforzarnos por reconocer el *principio* que así se manifiesta, con la claridad hoy posible, el futuro «reino de la libertad», como exigencia para el trabajador con consciencia de clase. Precisamente porque la génesis del partido comunista no puede ser más que obra consciente de los trabajadores con consciencia de clase; todo paso en el sentido de un recto conocimiento de estas cuestiones es al mismo tiempo un paso de su realización.

Georg Lukács, septiembre de 1922. |

LEGALIDAD E ILEGALIDAD

La doctrina materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y, por lo tanto, unos hombres nuevos serán producto de nuevas condiciones y de educación nueva, olvida que son los hombres, precisamente, los que alteran las circunstancias, y que también los educadores tienen que ser educados.

Marx, Tesis sobre Feuerbach. |

Como a propósito de toda cuestión que se refiera a las formas de la acción, también para el estudio de la legalidad y la ilegalidad en la lucha de clases del proletariado los motivos y las tendencias resultantes son a menudo más importantes y más explicativos que los meros hechos. Pues el mero hecho de la legalidad o la ilegalidad de una parte del movimiento obrero depende tanto de «casualidades» que su análisis no siempre ofrece, al dividirlo según ese criterio, un conocimiento básico. No hay partido, por oportunista y hasta socialtraidor que sea, que no pueda verse sumido por las circunstancias en la ilegalidad. En cambio, es perfectamente posible imaginar condiciones en las cuales el partido comunista más revolucionario y ajeno a compromisos pueda trabajar temporalmente en perfecta legalidad. Así pues, dado que ese criterio de distinción no es satisfactorio, tenemos que entrar en el análisis de los motivos de la táctica legal y la ilegal. Pero al hacerlo no hay que contentarse tampoco con identificar abstractamente los motivos, los estados de opinión. Pues, aunque sin duda es característico de los oportunistas el aferrarse a la legalidad *a cualquier precio*, sería completamente incorrecto definir al partido revolucionario por la voluntad contraria, por el deseo de ilegalidad. Sin duda hay en todo movimiento revolucionario períodos en los cuales el *romanticismo de la ilegalidad* es dominante o, por lo menos, poderoso. Pero ese romanticismo (cuyas causas quedarán claras más adelante) es evidentemente enfermedad infantil del movimiento comunista, una reacción contra la legalidad a cualquier precio, reacción, pues, que tiene por fuerza que ser superada por todo movimiento adulto y sin duda lo será.

|

¿Cómo debe entender el pensamiento marxista los conceptos de legalidad e ilegalidad? La pregunta nos conduce inevitablemente al problema general

de la violencia organizada, al problema del derecho y el estado y, en última instancia, al problema de las ideologías. En su polémica contra Dühring Engels ha refutado brillantemente la teoría abstracta del poder. Pero su argumentación de que el poder (el estado y el derecho) «descansa originariamente en una función económica, social» [81] tiene que interpretarse —en plena conformidad con la doctrina de Marx y Engels— en el sentido de que esa conexión tiene su correspondiente reproducción ideológica en el pensamiento y en el sentimiento de los hombres situados en el ámbito de dominio de esa violencia. Esto significa que las organizaciones del poder o violencia armonizan tan plenamente con las condiciones de vida (económicas) de los hombres, o representan una tal superioridad, aparentemente insuperable, respecto de ellas, que los hombres sienten dichas condiciones como mundo circundante necesario de su existencia, como fuerzas de la naturaleza, y se someten así *voluntariamente* a ellas. (Lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que estén *de acuerdo* con ellas). Pues aunque un poder, una organización de la violencia, no puede subsistir más que si consigue imponerse por la fuerza, cada vez que es necesario, a la resistente voluntad de individuos o grupos, también es cierto que no conseguiría existir si tuviera que aplicar la violencia indefectiblemente en todos los momentos de su funcionamiento. Si se presenta esta necesidad, queda dada la situación revolucionaria; la organización de la violencia, el poder, se encuentra en contradicción con los fundamentos económicos de la sociedad, y esa contradicción se refleja de tal modo en las cabezas de los hombres que estos no consideran ya el orden de cosas existente como necesidad natural y contraponen a la violencia organizada otra violencia. Sin negar la base económica de esa situación, hay que añadir, sin embargo, que la transformación de una organización de la violencia no es posible más que si se ha resquebrajado ya la fe de las clases dominantes, igual que la de las dominadas, en la posibilidad exclusiva del orden existente. *Presupuesto necesario* es la revolución del orden de producción. La transformación misma del poder no puede ser obra sino de los hombres, de unos hombres que se hayan emancipado, intelectual y emocionalmente, de la fuerza del orden existente.

Pero esa emancipación no procede en paralelismo y simultaneidad mecánicas con el desarrollo económico, sino que se le anticipa por una parte y se retrasa, por otra, respecto de ella. En cuanto emancipación puramente ideológica puede darse, y suele darse, en tiempos en los cuales la realidad histórica no presenta aún más que la *tendencia* a la problematización del fundamento económico de un orden social. En estos casos la teoría piensa hasta el final la mera tendencia y la interpreta o traspone en realidad del deber-ser, que contrapone, como realidad «verdadera», a la «falsa» realidad de lo existente. (El derecho natural como precursor de las revoluciones burguesas). Por otra parte, es seguro que incluso los grupos y las masas inmediatamente interesados —de acuerdo con su posición de clase— en el éxito de la revolución, no se desprenderán íntimamente del orden viejo sino *durante* la revolución (y muchas veces solo *después* de ella). Necesitarán la educación de los hechos para comprender cuál es la sociedad concorde con sus intereses, para liberarse íntimamente del viejo orden de cosas.

Si esas observaciones valen para toda transición revolucionaria de un orden social a otro, resultarán aún más válidas para una revolución social que para una revolución predominantemente política. Pues una revolución política se limita a sancionar una situación económico-social que se haya impuesto ya, parcialmente por lo menos, en la realidad económica. La revolución implanta entonces por la violencia en el lugar del viejo orden jurídico ya percibido como «injusto» el derecho nuevo y «justo». El mundo de la vida social no experimenta ninguna reestructuración radical. (Los historiadores conservadores de la Gran Revolución francesa han subrayado esa permanencia relativa de la situación «social» durante la época). En cambio, la revolución social apunta precisamente a la transformación de ese mundo circundante. Y cada una de esas transformaciones choca tan abruptamente con los instintos del hombre medio que este ve en ella una amenaza catastrófica *contra la vida en general*, una ciega fuerza de la naturaleza, como una inundación o un terremoto. Incapaz de entender la naturaleza del proceso, su defensa ciega y desesperada consiste en una lucha contra las *formas aparienciales inmediatas* que amenazan su habitual «existencia». De este modo se sublevaron contra la fábrica y la máquina, a comienzos del desarrollo capitalista, los proletarios educados en el mundo pequeño burgués; la misma teoría de Proudhon puede entenderse como eco de esa desesperada defensa del viejo y sólito mundo social.

El elemento revolucionario del marxismo puede entenderse del modo más fácil precisamente en este punto. El marxismo es la doctrina de la revolución porque capta la esencia del proceso (no solo sus síntomas, sus formas de manifestación), porque muestra su tendencia decisiva, la que apunta al futuro (y no solo los fenómenos cotidianos). Y precisamente por eso es al mismo tiempo expresión ideológica de la clase proletaria que se libera. Esta liberación se consume por de pronto en la forma de rebeliones fácticas contra los fenómenos más opresivos del orden social capitalista y de su estado. Estas luchas, naturalmente aisladas e incapaces de ser decisivas ni siquiera en caso de éxito, no pueden llegar a ser revolucionarias sino por la *consciencia* de la conexión entre todas ellas y de todas ellas con el proceso que lleva constantemente al final del capitalismo. Cuando el joven Marx se puso como programa la «reforma de la consciencia» anticipó ya la esencia de su posterior actividad. Pues su doctrina no es utópica, sino que parte del proceso en decurso real y no pretende realizar contra él «ideal» alguno, sino solo descubrir su sentido innato; pero, al mismo tiempo, rebasa necesariamente lo efectivamente dado y orienta la consciencia del proletariado al conocimiento de la esencia, no a la vivencia de lo inmediatamente dado. «La reforma de la consciencia», dice Marx [82], «consiste simplemente en interiorizar la consciencia del mundo, en despertarle del sueño que sueña sobre sí mismo, *en explicarle sus propias acciones...* Se verá entonces que el mundo posee desde hace mucho tiempo el sueño de una cosa *de la que le basta con tener consciencia para poseerla realmente*».

Esta reforma de la consciencia es el proceso revolucionario mismo. Pues la toma de consciencia no puede actuarse en el proletariado mismo sino lentamente, tras duras y graves crisis. Aunque en la doctrina de Marx se encuentren explícitas todas las consecuencias teóricas y prácticas de la situación

de clase del proletariado (y ello mucho antes de que se hicieran históricamente «actuales»), y aunque esas doctrinas no sean en modo alguno utopías ahistóricas, sino conocimiento del proceso histórico mismo, de ello no se sigue en absoluto que el proletariado —pese a que en sus *acciones singulares* obre de acuerdo con esa doctrina— haya llevado ya a consciencia la liberación consumada en la obra de Marx. En otro contexto [83] hemos aludido a ese proceso, subrayando que el proletariado puede ya tener consciencia de la necesidad de su lucha económica contra el capitalismo y seguir aún políticamente sometido al estado capitalista. La verdad de esa observación queda probada por el hecho de que toda la crítica del estado realizada por Marx y Engels cayera en completo olvido, mientras los principales teóricos de la segunda internacional aceptaban sin más el estado capitalista como estado en general y entendían su actividad, su lucha contra él, como «oposición». (El hecho es especialmente manifiesto en la polémica Pannekoek-Kautsky de 1912). Pues la actitud de «oposición» significa que *se acepta lo existente como fundamento en lo esencial inmutable*, y los esfuerzos de la «oposición» tenderán exclusivamente a conseguir para la clase obrera todo lo que sea posible lograr *dentro* del ámbito de vigencia de lo existente.

Es verdad que solo unos locos situados fuera del mundo habrían podido poner en duda la realidad del estado burgués como factor de fuerza. La gran diferencia entre los marxistas revolucionarios y los oportunistas pseudomarxistas consiste en que para los primeros el estado capitalista cuenta *solo como factor de fuerza contra el cual* hay que movilizar la fuerza del proletariado organizado, mientras que para los otros el estado es la *institución superclasista por cuyo dominio* luchan el proletariado y la burguesía. Pero al entender el estado como objeto de la lucha y no como enemigo, se sitúan intelectualmente en el terreno de la burguesía y tienen la batalla medio perdida antes de empezarla. Pues todo orden estatal y jurídico —y el capitalista en primer lugar— descansa en última instancia en que no se problematice nunca su existencia, la validez de su estructura, sino que se acepte simplemente. La violación de sus leyes *en casos particulares* no significa ningún peligro particular para la subsistencia de un estado, siempre que esas violaciones aparezcan en la consciencia general como casos particulares. En sus recuerdos de Siberia, Dostoievski ha indicado agudamente que todo delincuente (sin que por ello sienta arrepentimiento) se considera culpable, ve claramente que ha conculcado leyes que valían también para él. Por lo tanto, las leyes siguen siendo válidas para él aunque motivos personales o la fuerza de las circunstancias le movieron a conculcarlas. El estado dominará fácilmente esas violaciones en casos particulares, precisamente porque en ellas sus fundamentos no se ponen en duda ni por un instante. Pues bien: el comportamiento de «oposición» significa una actitud análoga respecto del estado, un reconocimiento de que, por su esencia, se encuentra fuera de las luchas de clases, de que la validez de sus leyes no queda *directamente* afectada por la lucha de clases. Así, pues, o bien la «oposición» intenta alterar legalmente las leyes, con lo cual las viejas leyes siguen vigentes hasta que entren en vigor las nuevas, o bien se producen aisladas e individuales violaciones de la legalidad. Por eso los oportunistas caen en

una vulgar demagogia cuando relacionan la crítica marxista del estado con el anarquismo. No se trata en modo alguno de alusiones o utopías anarquistas, sino exclusivamente de que el estado de la sociedad capitalista tiene que *entenderse y estimarse como fenómeno histórico ya durante su existencia*. Se trata de ver en él, por lo tanto, una mera formación de fuerza que hay que tener en cuenta en la medida, y solo en la medida, de lo que alcanza su fuerza real, pero examinando al mismo tiempo con toda exactitud y falta de prejuicios las fuentes de su fuerza, con objeto de identificar los puntos en los cuales es posible debilitar y minar esa fuerza. *Y el punto de fuerza o de debilidad del estado es precisamente el modo como se refleja en la consciencia de los hombres*. La ideología no es en este caso mera consecuencia de la estructura económica de la sociedad, sino también presupuesto de su tranquilo funcionamiento.

II

Cuanto más claramente la crisis del capitalismo deja de ser mero conocimiento del análisis marxista para convertirse en realidad tangible, tanto más decisiva se hace esa función de la ideología para el destino de la revolución proletaria. En la época en que el capitalismo estaba aún íntimamente intacto, era comprensible que grandes masas de la clase trabajadora estuvieran *ideológicamente* en el terreno del capitalismo. Pues la aplicación consecuente del marxismo les exigía una toma de posición de la que en modo alguno podían ser capaces. Marx ha escrito a este respecto: «Para reconocer una determinada época histórica tenemos que rebasar sus límites». Y eso comporta un esfuerzo intelectual extraordinario cuando se trata del conocimiento del *presente* como época. Pues todo el mundo circundante social, económico y cultural tiene que someterse para ello a una consideración crítica en la cual —y esto es lo decisivo— el punto arquimédico de la crítica, el punto a partir del cual pueden entenderse todos esos fenómenos, no puede tener, comparado con la realidad del presente, más que un carácter de postulado, algo «irreal», «mera teoría», mientras que para el conocimiento histórico del pasado el punto de partida es el presente mismo. Es verdad que el postulado en cuestión no es una utopía pequeño burguesa ansiosa de un mundo «mejor» o «más hermoso», sino un postulado proletario que se limita a descubrir y formular claramente la dirección, la tendencia y el sentido del proceso social y se orienta activamente al presente en nombre de ese proceso. Pero la tarea es entonces aún más difícil. Pues del mismo modo que el mejor astrónomo, a pesar de su saber copernicano, sigue sometido a la intuición sensible de que el Sol «sale», etc., así también la más resuelta descomposición marxista del estado capitalista sigue siendo incapaz de eliminar su realidad empírica. Y tiene que serlo. La peculiar actitud intelectual en la cual el conocimiento marxista tiene que poner al proletariado consiste precisamente en que para su consideración el estado capitalista aparezca como un eslabón de un proceso histórico. El estado capitalista no constituye en modo alguno «el» mundo circundante

«natural» «del» hombre, sino solo un dato real cuya fuerza efectiva hay que tener en cuenta, pero que no puede pretender ningún derecho intrínseco a la determinación de nuestras acciones. Así, pues, la vigencia del estado y del derecho tiene que tratarse como un dato meramente empírico. Del mismo modo, por ejemplo, que un navegante a vela ha de atender cuidadosamente a la dirección del viento, sin dejar que este determine su ruta, sino, por el contrario, manteniendo la dirección fijada a pesar del viento y aprovechando el viento. Pero esa falta de prejuicios que el hombre ha conquistado frente a las fuerzas contrarias de la naturaleza a lo largo de un prolongado desarrollo histórico falta todavía en muchos casos al proletariado ante los fenómenos de la vida social. Y se comprende. Pues por robusta y brutalmente materiales que sean las medidas constrictivas de la sociedad en casos particulares, de todos modos, *el poder de toda sociedad es esencialmente un poder espiritual* del que solo el conocimiento puede liberarnos. Y no un conocimiento meramente abstracto, que quede en la consciencia (muchos «socialistas» han tenido este conocimiento), sino uno que se haga carne y sangre, un conocimiento que sea, según las palabras de Marx, «actividad práctico-crítica».

La actualidad de la crisis del capitalismo hace que ese conocimiento sea posible y necesario. Se hace posible porque, a consecuencia de la crisis, la vida misma presenta a la visión y a la experiencia el entorno social habitual ya como problemático. Y se hace decisivo y, por lo tanto, necesario para la revolución porque la fuerza efectiva de la sociedad capitalista está tan resquebrajada que en modo alguno sería capaz de imponerse por la violencia si el proletariado contrapusiera a esa fuerza, consciente y resueltamente, la suya propia. El obstáculo que impide esa acción es de naturaleza puramente ideológica. En plena crisis mortal del capitalismo, amplias masas del proletariado sienten el estado, el derecho y la economía de la clase burguesa como el único entorno posible de su existencia, el cual, sin duda, puede perfeccionarse de muchos modos («restablecimiento de la producción»), pero que constituye siempre la base «natural» de «la» sociedad.

Ese es el fondo ideológico de la legalidad. No es siempre traición consciente, ni siquiera consciente compromiso. Es más bien la orientación natural e instintiva por el estado, o sea, por la única formación que les parece a los hombres que actúan un punto fijo en el caos de los fenómenos. Hay que superar esa concepción si es que el partido comunista quiere crear un fundamento sano para su actividad legal y para su actividad ilegal. Pues el romanticismo de la ilegalidad, con el que empieza todo movimiento revolucionario, no rebasa casi nunca, en cuanto a claridad, el nivel de la legalidad oportunista. Ese romanticismo —como todas las tendencias *putschistas*— subestima considerablemente la fuerza efectiva que posee la sociedad capitalista incluso en sus épocas de crisis; esa subestimación puede ser muy peligrosa, pero, de todos modos, no es más que un síntoma de la verdadera enfermedad de esa tendencia; la enfermedad es la falta de visión sin prejuicios frente al estado como mero factor de fuerza, la cual se basa, en última instancia, en la falta de visión de las cuestiones que acabamos de analizar. Al darse a los medios ilegales de lucha y a sus métodos una especial consagración, el acento de una particu-

lar «autenticidad» revolucionaria, se está al mismo tiempo reconociendo a la legalidad del estado existente una cierta vigencia, y no un ser meramente empírico. Pues la cólera contra la ley *en cuanto ley*, la preferencia por ciertas acciones *a causa* de su ilegalidad, significa que para los que así se conducen el derecho sigue teniendo su naturaleza de vigencia vinculadora. Si se alcanza la completa y clara falta comunista de prejuicios respecto del derecho y el estado, ni la ley ni sus consecuencias previsibles tienen más (ni menos) significación que cualquier otro hecho de la vida externa de los que hay que tener en cuenta para estimar la viabilidad de una acción determinada; la posibilidad de violar la ley no tiene, pues, por qué recibir acentos distintos de los que afecten, por ejemplo, a la posibilidad de llegar a tiempo para un trasbordo en un viaje importante. Si el estado de ánimo no es ese, sino que la violación de la ley se prefiere patéticamente, entonces se tiene un indicio de que, aunque sea con los signos cambiados, el derecho sigue teniendo vigencia para los hombres que así se comportan, porque es capaz de influir *íntimamente* en sus actos, lo que quiere decir que no se ha producido la emancipación interna de esos hombres. A primera vista esa distinción puede parecer un bizantinismo. Pero si se tiene en cuenta lo fácilmente que han conseguido siempre los partidos típicamente ilegalistas —como los socialrevolucionarios rusos— volver a desandar el camino que les separaba de la burguesía, y lo profundamente que las primeras acciones ilegales realmente revolucionarias —las que no eran ya violaciones romántico-heroicas de leyes sueltas, sino eliminación y destrucción de todo el orden jurídico burgués— desenmascararon la prisión ideológica de aquellos «héroes de la ilegalidad» en los conceptos jurídicos de la burguesía, queda claro que no hemos hecho una construcción abstracta y vacía, sino descrito la situación verdadera. (Piénsese en Boris Savinkov, que fue no solo organizador famoso de casi todos los grandes atentados contra los zares, sino, además, uno de los principales teóricos de la ilegalidad ético-romántica, y hoy se encuentra en el ejército blanco polaco en lucha contra la Rusia proletaria).

Así, pues, la reducción de la cuestión de la legalidad o ilegalidad, para el partido comunista, es *cuestión meramente táctica*, y hasta de la táctica momentánea, sobre la cual es casi imposible dar orientaciones generales, puesto que tiene que decidirse constantemente y completamente de acuerdo con *consideraciones momentáneas de utilidad*, ese planteamiento que niega a la cuestión toda cualidad de principio es la única recusación de principio prácticamente posible de la vigencia del orden jurídico burgués. Esa táctica queda, pues, prescrita para los comunistas no solo por motivos de utilidad, no solo porque solo así podrá tener su acción una flexibilidad real y capacidad de adaptarse a las condiciones necesarias de lucha del momento dado, no solo porque las armas legales y las ilegales tienen que intercambiarse muy frecuentemente, y hasta tienen que aplicarse muchas veces al mismo tiempo y en el mismo asunto para poder combatir con verdadera eficacia a la burguesía; sino también por contribuir a la autoeducación revolucionaria del proletariado. Pues la liberación del proletariado de la prisión ideológica en las formas de vida creadas por el capitalismo no es posible más que si el

proletariado ha aprendido a actuar de tal modo que esas formas de vida sean ya incapaces de influirle íntimamente; solo si esas formas le son ya, como motivos, del todo indiferentes. Eso, por supuesto, no disminuye en nada su odio a lo existente, su ardiente deseo de aniquilarlo. Al contrario: gracias precisamente a esa actitud puede el orden social del capitalismo presentarse al proletariado como un obstáculo repulsivo, muerto, pero homicida, contrario al sano desarrollo de la humanidad, lo cual es absolutamente necesario para el comportamiento revolucionario consciente y tenaz del proletariado. Esta autoeducación del proletariado, en la cual se despliega su «madurez» para la revolución, es un proceso largo y difícil, tanto más cuanto más desarrollados estén el capitalismo y la cultura burguesa en cada país; y cuanto más intensamente, por lo tanto, esté el proletariado contagiado ideológicamente por las formas de vida capitalistas.

Afortunadamente (y de un modo nada casual), la consideración absolutamente necesaria de la acción útil desde el punto de vista revolucionario coincide con las exigencias de esa obra educativa. Así, por ejemplo, el que las tesis adicionales respecto del problema del parlamentarismo en el Segundo Congreso de la Tercera Internacional dispongan la completa subordinación de la fracción parlamentaria del partido al Comité Central —aunque este se encuentre en la ilegalidad— no tiene como único objeto el garantizar la necesaria unidad de acción, sino también el disminuir en la consciencia de amplias masas proletarias el prestigio del parlamento, en el que se basa esa roca fuerte del oportunismo que es la independencia de la fracción parlamentaria, de los diputados del partido. La necesidad de esa medida se aprecia, por ejemplo, al examinar cómo el proletariado inglés ha sido siempre desviado en sus acciones hacia vías oportunistas por su *íntimo reconocimiento*. Y la esterilidad de la aplicación exclusiva de la «acción directa» antiparlamentaria, igual que la esterilidad de las discusiones acerca de las excelencias de un método u otro, prueban que ambos, aunque sea en sentidos contrarios, siguen presos análogamente en prejuicios burgueses.

La aplicación simultánea y sucesiva de armas legales e ilegales es necesaria también porque posibilita el desenmascaramiento del orden jurídico como brutal aparato de fuerza al servicio de la opresión capitalista, lo cual es un presupuesto para conseguir una actividad revolucionaria sin prejuicios respecto del derecho y el estado. Si se aplica uno de los dos métodos exclusiva o predominantemente, aunque solo sea en campos determinados, la burguesía cuenta con la posibilidad de mantener su orden jurídico en la consciencia de las masas como derecho en general. Uno de los fines principales de la actividad de todo partido comunista es obligar al gobierno de su país a violar él mismo su propio orden jurídico, y el obligar al partido de los socialtraidores a apoyar, abiertamente esa «violación de la ley». Y aunque en algunos casos —por ejemplo, si prejuicios nacionalistas ofuscan la mirada del proletariado— eso puede ser ventajoso para un gobierno capitalista, el resultado será aún más peligroso para él cuando lleguen momentos en los cuales el proletariado empiece a agruparse para la lucha decisiva. De aquí precisamente, de la prudencia de los opresores al darse cuenta de ello, nacen esas peligrosas ilu-

siones acerca de la democracia, acerca de la transición pacífica al socialismo, particularmente alimentadas por el hecho de que los oportunistas adoptan una actitud de legalidad a cualquier precio, posibilitando así a la clase dominante esa conducta. Solo una táctica objetiva y sobria, que aplique todos los medios legales e ilegales por razones de pura utilidad y según los casos, podrá dirigir adecuadamente la obra de educación del proletariado.

III

Pero, con toda seguridad, la lucha por el poder no podrá sino empezar esa educación del proletariado, no consumarla. La «prematividad» inevitable de la toma del poder, descubierta hace ya muchos años por Rosa Luxemburg, se manifiesta ante todo en el terreno ideológico. Muchos fenómenos de la primera fase de toda dictadura del proletariado se explican precisamente porque *el proletariado se ve obligado a tomar el poder en un momento y en un estado de consciencia en los cuales aún siente íntimamente el orden social burgués como el propiamente legal*. Al igual que todo orden-jurídico, también el gobierno de los consejos se basa en que le reconozcan como legal masas tan amplias de la población que solo en casos particulares tenga que proceder a aplicar la violencia (el poder). Pero es claro desde el primer momento que la burguesía no prestará en modo alguno ese reconocimiento desde el principio. Una clase acostumbrada por la tradición de muchas generaciones al poder y al disfrute de los privilegios no puede nunca aceptar fácilmente el mero hecho de *una* derrota y dejar sin más que el nuevo orden de cosas pase por encima de ella. Hay que *romperla antes ideológicamente* para que luego se ponga voluntariamente al servicio de la nueva sociedad y reconozca las normas de esta como legales, como orden jurídico, no como meros hechos en bruto de una momentánea correlación de fuerzas que mañana podría invertirse. Es una ingenua ilusión creer que esa resistencia —igual si se manifiesta en contrarrevolución abierta que si lo hace en oculto sabotaje— vaya a poder desarmarse por concesiones de un tipo u otro. Al contrario. El ejemplo de la dictadura de los consejos en Hungría muestra que todas esas concesiones —que allí fueron todas, por supuesto, concesiones a la socialdemocracia— se limitaron a robustecer la consciencia de fuerza de la antigua clase dominante y retrasaron su aceptación del dominio proletario hasta imposibilitarla. Pero el retroceso del poder soviético (o de los consejos) ante la burguesía es todavía más peligroso para el comportamiento ideológico de las amplias capas pequeño burguesas. Pues es característico de la consciencia de clase de estas capas el que para ellas el estado aparezca efectivamente como el estado en general, en cuanto tal, como una soberana formación abstracta. Dejando, naturalmente, aparte la importancia de una hábil política económica que sea capaz de neutralizar ciertos grupos de la pequeña burguesía, mucho depende aquí del proletariado mismo el conseguir dar a su estado una autoridad que alimente la fe de estas capas en toda autoridad, su inclinación a someterse voluntariamente

«al» estado. La vacilación del proletariado, su escasa fe en su propio destino de dominio, puede volver a lanzar esas capas a los brazos de la burguesía, a la contrarrevolución directa.

Pero el cambio funcional experimentado por la relación entre legalidad e ilegalidad en la dictadura del proletariado a causa de que la anterior legalidad se ha convertido en ilegalidad y viceversa puede a lo sumo acelerar algo el proceso de emancipación ideológica ya comenzado bajo el capitalismo, no consumarlo de golpe. Del mismo modo que la burguesía no puede perder por una sola derrota el sentimiento de su legalidad, así tampoco puede conseguir el proletariado consciencia de su propia legalidad por solo el hecho de una victoria. Esta consciencia, que bajo el capitalismo no pudo madurar más que lentamente, no terminará su proceso de maduración, tampoco bajo la dictadura del proletariado, sino poco a poco. La primera fase aportará incluso diversas inhibiciones al proceso. Pues el proletariado llegado al poder se dará solo entonces cuenta plena de los logros intelectuales levantados y sostenidos por el capitalismo. No solo la mejor penetración en la cultura de la sociedad burguesa, sino también la comprensión del esfuerzo intelectual necesario para dirigir la economía, y el estado llegarán a la consciencia de amplios círculos del proletariado solo una vez conseguido el poder. A ello se añade que el proletariado carece en muchos terrenos del ejercicio y la tradición de acción independiente y responsable y, por lo tanto, sentirá muchas veces la necesidad de actuar así más como carga que como liberación. Por último, el elemento pequeño burgués, y muchas veces hasta burgués, de las costumbres de vida de las capas proletarias que ocupan una gran parte de los lugares de dirección hace que precisamente lo nuevo de la nueva sociedad les aparezca extraño y casi hostil.

Todos esos obstáculos serían bastante inocentes y fáciles de superar si no fuera porque la burguesía —cuyo problema ideológico respecto de la legalidad y la ilegalidad ha experimentado un cambio funcional análogo— se mostrará, en este punto mucho más madura y desarrollada que el proletariado (por lo menos, mientras luche contra un estado proletario naciente). Pues la burguesía considerará ilegal el orden jurídico del proletariado con la misma ingenuidad y seguridad con que antes consideraba legal el suyo propio; en este momento la burguesía siente instintivamente con toda vitalidad el postulado que antes formulábamos para el proletariado en lucha por el poder: entender el estado de la burguesía como mero hecho, como mero factor de fuerza. Por lo tanto, y a pesar de haber conquistado el poder del estado, la lucha contra la burguesía sigue siendo para el proletariado una lucha con armas desiguales, mientras el proletariado no consiga la misma ingenuidad respecto de la legalidad única de su propio orden jurídico. Pero esta consecución está gravemente obstaculizada por la actitud que el proletariado ha aprendido de los oportunistas a lo largo de la lucha por su liberación. Como se ha acostumbrado a rodear de una aureola de legalidad las instituciones del capitalismo, le es difícil superar eso ante los restos que pueden sostenerse aún por mucho tiempo. Tras la toma del poder el proletariado sigue por mucho tiempo preso en las limitaciones que le impuso el desarrollo capitalista. Esto se manifiesta

ta, por una parte, en que deja intactas muchas cosas que tendría que arrasar imprescindiblemente. Y, por otra parte, en que practica las destrucciones y las construcciones no con el sentimiento seguro del dominador legítimo, sino en una alternancia de vacilación y precipitación, como un usurpador que ya anticipara íntimamente, en su pensamiento, su sentimiento y su decisión, la restauración inevitable del capitalismo.

No estoy pensando aquí solo en el sabotaje —más o menos abiertamente contrarrevolucionario— que la burocracia sindical practicó contra la socialización durante toda la dictadura de los consejos húngaros, con la intención de restablecer del modo más liso posible el capitalismo. También la corrupción en los soviets, tantas veces advertida, tiene una de sus fuentes principales en la situación recién descrita. Así ocurría con la mentalidad de muchos funcionarios de los soviets, que íntimamente estaban esperando la vuelta del capitalismo «legítimo» y, por lo tanto, siempre pensaban en cómo justificar sus actos llegado aquel momento. Y cosa parecida ocurría a muchas personas que habían intervenido en el necesario trabajo «ilegal» (introducción clandestina de mercancías y de propaganda en el extranjero) y no conseguía entender ni, sobre todo, ver moralmente que su actividad, desde el punto de vista del estado proletario, había sido tan «legal» como cualquier otra. En hombres de constitución moral débil, esa confusión se manifestó pura y llanamente en corrupción. En algunos revolucionarios honrados, se manifestó más bien en una exageración romántica de la «ilegalidad», en una inútil provocación de las posibilidades «ilegales», en una *falta de sensibilidad respecto de la legitimidad de la Revolución* y su derecho a crear un orden legal propio.

Pero en la época de la dictadura del proletariado un nuevo sentimiento y una nueva consciencia de la legitimidad de la revolución tienen que ocupar el lugar de la falta de prejuicios respecto del derecho burgués, que es lo exigido en la fase anterior de la revolución. Sin embargo, y pese al cambio, *el desarrollo sigue siendo unitario y rectilíneo en cuanto es desarrollo de la consciencia de clase proletaria*. Esto se ve del modo más claro en la política internacional de los estados proletarios, los cuales, cuando se enfrentan con los poderes del capitalismo, tienen que llevar adelante una lucha contra el estado de la burguesía exactamente igual (aunque parcialmente —y solo parcialmente— con otros medios) que en la época de la lucha por alcanzar el poder en su propio estado. La altura y la madurez de la consciencia de clase del proletariado ruso se manifestaron ya espléndidamente en las negociaciones de paz de Brest-Litovsk. Aunque negociaban con el imperialismo alemán, los representantes del proletariado ruso reconocieron como parte legítima en la mesa de negociaciones a sus hermanos oprimidos del mundo entero. Y aunque Lenin, con superior prudencia y con la sobriedad más realista, reconoció la efectiva correlación de fuerzas, hizo que sus negociadores se dirigieran siempre al proletariado mundial, y en primer término al proletariado de las potencias centrales. Su política exterior era menos una negociación entre Rusia y Alemania que una promoción de la revolución proletaria, de la consciencia proletaria en todos los países de la Europa Central. Y por grandes que hayan sido los cambios de la política interior y exterior del gobierno de los consejos, por mucho

que se haya adecuado siempre a la real correlación de fuerzas, este principio básico, el principio de la legitimidad del propio poder, que es al mismo tiempo promoción de la consciencia revolucionaria de clase del proletariado mundial, quedó siempre como punto incommovible del desarrollo. Por lo tanto, la entera problemática del reconocimiento de la Rusia soviética por los estados burgueses tiene que entenderse no solo como un asunto de ventajas para Rusia, sino como el problema del reconocimiento de la legitimidad de la Revolución proletaria por parte de la burguesía. La significación de ese reconocimiento varía según las circunstancias concretas en que se produce. Pero su efecto en los vacilantes elementos de las clases pequeño burguesas de Rusia es en todo caso esencialmente el mismo, a saber, una sanción de la legitimidad de la Revolución, sanción que ellas necesitan para poder sentir la legalidad de los exponentes estatales de la Revolución, la república de los consejos. Los diversos procedimientos utilizados por la política rusa —el aplastamiento sin contemplaciones de la contrarrevolución interna, el enfrentamiento valiente con las potencias victoriosas en la guerra, frente a las cuales Rusia (a diferencia de la Alemania burguesa) no ha adoptado nunca la actitud del vencido, el apoyo abierto a los movimientos revolucionarios, etc.— sirven todos a esa misma finalidad. Consiguen que partes del frente contrarrevolucionario interior se resquebrajen y desprendan y se inclinen ante la legitimidad de la revolución. Ayudan a la autoconsciencia revolucionaria a consolidar el conocimiento de la fuerza y la dignidad del proletariado.

Así, pues, precisamente en los momentos que los oportunistas occidentales y sus adoradores centroeuropeos consideran sintomáticos del atraso del proletariado ruso —la clara e inequívoca derrota de la contrarrevolución interior, la lucha sin prejuicios, ilegal y «diplomática» a la vez, por la revolución mundial— se manifiesta claramente la madurez ideológica del proletariado ruso. Este ha realizado victoriosamente su revolución no porque circunstancias afortunadas le hayan puesto el poder en las manos (esta situación de fortuna se produjo precisamente para el proletariado alemán en noviembre de 1918, y en el mismo momento y en marzo de 1919 para el proletariado húngaro), sino porque el proletariado ruso, endurecido en una larga lucha ilegal, reconoció claramente la naturaleza del estado capitalista y orientó sus acciones teniendo en cuenta la verdadera realidad, no insensatas imágenes ideológicas. El proletariado de la Europa central y occidental tiene todavía un difícil camino ante sí. Para llegar a la consciencia de su misión histórica, de la legitimidad de su dominio, tiene que aprender ante todo que ilegalidad y legalidad son asuntos de naturaleza meramente táctica, y desprenderse así del cretinismo legalista y del romanticismo de la ilegalidad.

Georg Lukács, julio de 1920. |

NOTAS

- [1] Nicos Poulantzas, *Pouvoir politique et classes sociales*, Maspero, París, p. 11.
- [2] Lenin, *Oeuvres*, t. I, p. 324 y 257, éd. de Moscou.
- [3] Lenin, *Oeuvres*, t. IV, p. 20, éd. de Moscou.
- [4] Lenin, *Obras*, t. XXVIII, p. 296, Cartago, Buenos Aires.
- [5] Lukács, *Histoire et Conscience de Classe*, p. 101, éd. de Minuit.
- [6] Lukács, *Ibid.*, p. 281.
- [7] Lenin, *Obras*, t. I, pp. 268, 284, 288, edic. Cartago, Buenos Aires.
- [8] Rosa Luxemburg, *Cuestiones de organización de la socialdemocracia rusa*.

Véase en el presente volumen.

- [9] *Ibid.*
- [10] *Ibid.*
- [11] *Ibid.*
- [12] *Ibid.*
- [13] *Ibid.*
- [14] Lenin, *Obras*, t. VII, 479, Cartago, Buenos Aires.
- [15] Lenin, *Obras*, t. IV, p. 213, Cartago, Buenos Aires.
- [16] Lenin, *Oeuvres*, t. XI, p. 172, éd. de Moscou.
- [17] Lenin, *Obras*, t. XXXI, p. 97, Cartago, Buenos Aires.
- [18] Cf. el folleto de los militantes del C. A. Vincennes-Sorbonne: *Après Mai*, éd. Maspero, pp. 21, 23 y 28

Maspero, pp. 21, 23 y 28

[19] El presente trabajo se basa en las condiciones rusas, pero las cuestiones organizativas que trata son también importantes para la socialdemocracia alemana, no solo por la gran importancia internacional que ha adquirido hoy nuestro partido hermano ruso, sino también porque problemas similares de organización ocupan actualmente a nuestro propio partido de la manera más viva. Por ello, compartimos con nuestros lectores este artículo de «Iskra». [*La ed.*].

[20] Karl Marx, Friedrich Engels: *Manifiesto del Partido Comunista*. En: Karl Marx, Friedrich Engels: *Werke*, Vol. 4, p. 470.

[21] Del 30 de julio al 23 de agosto de 1903 se celebró en Bruselas y Londres el II Congreso del Partido del POSDR. Los seguidores de Lenin, que obtuvieron la mayoría en las elecciones de los órganos dirigentes del partido, se llaman desde entonces bolcheviques, sus oponentes mencheviques.

[22] N. Lenin: *Un paso adelante, dos pasos atrás*, Ginebra 1904. [V. I. Lenin: *Un paso adelante, dos pasos atrás*. En: *Werke*, vol. 7, Berlín 1968, pp. 199-430]. [*Nota en el original.*]

[23] Lenin respondió a las observaciones de Rosa Luxemburg con el artículo: *Un paso adelante, dos pasos atrás. Respuesta de N. Lenin a Rosa Luxemburg*. En: *Werke*, Vol. 7, pp. 480-491. «La camarada Luxemburg quiere decir con ello que defiende un sistema de organización contra otro. Pero esto es en realidad falso. A lo largo del libro, desde la primera página hasta la última, defiende los principios elementales de todos los sistemas de todas las organizaciones partidarias imaginables. Mi libro no se ocupa de la diferencia entre este o aquel sistema de organización, sino de la cuestión de la forma en que se debe adherir, criticar y corregir cualquier sistema sin contradecir el principio del partido. Rosa Luxemburg continúa diciendo que, según este punto de vista (de Lenin), el Comité Central tiene el poder de organizar todos los subcomités del partido». En realidad esto es falso. Mi opinión sobre esta cuestión

puede demostrarse de forma documental con el proyecto de Estatuto de Organización del Partido que he presentado. En este proyecto no se menciona el derecho a organizar las subcomisiones. La comisión elegida en el Congreso del Partido para redactar el Estatuto del Partido añadió este derecho, y el Congreso del Partido aprobó el proyecto de la comisión. En esta comisión, además de mí y de otro partidario de la mayoría, habían sido elegidos tres partidarios de la minoría del Congreso del Partido, de modo que en la comisión que otorgaba al Comité Central el derecho a organizar las subcomisiones, eran precisamente mis oponentes quienes tenían la ventaja» (p. 480 y ss.).

[24] «La camarada Rosa Luxemburg dice que para la socialdemocracia de Rusia no se trata de la necesidad de un partido unido, y que toda la disputa es sobre el mayor o menor grado de centralización. En realidad esto es falso. Si la camarada Luxemburg se hubiera tomado la molestia de conocer las resoluciones de los numerosos comités locales del partido que forman la mayoría, podría haber comprendido fácilmente (esto, por cierto, también se desprende de mi libro) que la disputa en nuestro país es principalmente sobre si el Comité Central y el Órgano Central deben representar o no la dirección de la mayoría del Congreso del Partido. Sobre esta exigencia «ultracentralista» y puramente «blanquista», la digna camarada no dice una palabra; prefiere despotricar contra la sujeción mecánica de una parte al todo, contra la obediencia de los cuadros, contra la subordinación ciega y otros engendros similares». (*Ibid.*, p. 481 s.).

[25] «El jacobino que está inseparablemente ligado a la *organización* del proletariado, que *ha tomado conciencia* de sus intereses de clase, ese es precisamente el *socialdemócrata revolucionario*». (V. I. Lenin: *Un paso adelante, dos pasos atrás*. En: *Werke*, Vol. 7, p. 386). «La camarada Luxemburg dice que tal vez he marcado mi punto de vista más astutamente de lo que podría hacerlo cualquiera de mis oponentes al definir a mi «socialdemócrata revolucionario» como un jacobino asociado a la organización de los trabajadores con conciencia de clase. De nuevo una falsedad fáctica. No fui yo, sino P. Axelrod, quien habló por primera vez de jacobinismo. Axelrod fue el primero en comparar los matices de nuestro partido con los de la época de la gran Revolución francesa. Me limité a señalar que esta comparación solo era admisible en el sentido de que la división de la socialdemocracia moderna en revolucionaria y oportunista se corresponde en cierta medida con la división en montoneros y girondinos. La antigua «Iskra», reconocida por el Congreso del Partido, ha hecho una comparación similar con bastante frecuencia. Y precisamente por reconocer esta división, la antigua «Iskra» combatió el ala oportunista de nuestro partido, la dirección del «Rabócheie Delo». Rosa Luxemburg confunde aquí la relación entre dos direcciones revolucionarias en el siglo XVIII y en el siglo XX con la identificación de estas mismas direcciones». (V. I. Lenin: *Un paso adelante, dos pasos atrás. Respuesta de N. Lenin a Rosa Luxemburg*. En: *Werke*, vol. 7, p. 483).

[26] «La camarada Rosa Luxemburg me imputa prácticamente la idea de que ya se dan todas las condiciones previas para organizar un partido obrero grande y extremadamente centralizado en Rusia. De nuevo una falsedad fáctica. En ninguna parte de mi libro expresé, y mucho menos defendí, esta idea. La tesis que expuse decía y dice otra cosa. A saber, insistí en que ya se dan todas las condiciones previas para reconocer las decisiones del Congreso del Partido, y que ya ha pasado el mo-

mento en que un órgano colegiado del Partido podía ser sustituido por un círculo privado. Cité la evidencia de que ciertos académicos de nuestro Partido estaban revelando su inconsistencia e inconstancia y que no tenían ningún derecho a culpar de su indisciplina a los proletarios rusos. Los trabajadores rusos se han pronunciado en varias ocasiones a favor de seguir las decisiones del Congreso del Partido». (*Ibid.*, p. 482).

[27] «No el proletariado, sino *algunos intelectuales* de nuestro partido carecen de *autoeducación* en el espíritu de organización y disciplina, en el espíritu de hostilidad y desprecio por la frase anarquista». (V. I. Lenin: *Un paso adelante, dos pasos atrás*. En: *Werke*, vol. 7, p. 393).

[28] Véase *ibid*, p. 395. «La camarada Luxemburgo cree que glorifico el efecto educativo de la fábrica. Esto no es cierto. No fui yo, sino mi oponente, quien afirmo que me imagino el partido como una fábrica. Me reí de él con ganas y le demostré con sus propias palabras que confundía dos vertientes distintas de la disciplina fabril, lo que desgraciadamente también ocurre con la camarada Rosa Luxemburg». (V. I. Lenin: *Un paso adelante, dos pasos atrás. Respuesta de N. Lenin a Rosa Luxemburg*. En: *Werke*, vol. 7, p. 482 s.)

[29] Bajo la dirección de la Liga de Combate para la Liberación de la Clase Obrera, unos 30 000 obreros textiles se habían declarado en huelga en Petersburgo en el verano de 1896. Exigían el pago por la pérdida de trabajo en las fiestas de la coronación y una reducción de la jornada laboral. Para evitar que la huelga se convirtiera en una huelga general, las reivindicaciones de los trabajadores se cumplieron parcialmente y la huelga terminó después de tres semanas.

[30] El 4 de marzo de 1901 había tenido lugar en Petersburgo una gran manifestación obrera y estudiantil contra la reaccionaria política estudiantil del gobierno zarista. La policía y el ejército reprimieron brutalmente a los manifestantes.

[31] En noviembre de 1902 había comenzado una huelga en las fábricas de ferrocarril de Rostov del Don, que pronto se extendió a todas las fábricas de la ciudad. Esta huelga económica se convirtió en la mayor acción política de masas hasta la fecha, en la que el proletariado «por primera vez se enfrentó a todas las demás clases y al gobierno zarista como clase» (Lenin). Esta acción contribuyó significativamente a un mayor auge del movimiento obrero en Rusia.

[32] En Inglaterra, son los fabianos los más celosos defensores de la centralización burocrática y los opositores a las formas democráticas de organización. Especialmente los Webb. [*La ed.*].

[33] «No se trata de que los puntos del estatuto puedan generar oportunismo, sino de forjar un arma más o menos afilada contra el oportunismo con la ayuda de estos puntos. Cuanto más profundas sean sus causas, más afilada debe ser esta arma». (V. I. Lenin: *Un paso adelante, dos pasos atrás*. En: *Werke*, vol. 7, p. 271).

[34] «Burocratismo frente a democratismo, es decir, precisamente centralismo frente a autonomismo, es decir, precisamente el principio organizativo de la socialdemocracia revolucionaria frente al principio organizativo de los oportunistas de la socialdemocracia». (*Ibidem*, p. 400 y ss.). «Cita mis palabras de que tal o cual versión de un estatus organizativo puede servir como medio más o menos agudo de lucha contra el oportunismo. Sobre las versiones que hablé en mi libro y que todos hablamos en el Congreso del Partido, Rosa Luxemburg no dice una palabra. La polémica

que llevé a cabo en el Congreso del Partido, contra quien expuse mis principios, no le concierne en absoluto a la camarada. En cambio, se digna a darme toda una conferencia sobre el oportunismo... ¡¡en los países del parlamentarismo!! Pero sobre las variedades especiales y específicas del oportunismo, sobre los matices que ha asumido en Rusia y de los que me ocupó en mi libro, no encontramos ni una palabra en el artículo de la camarada». (V. I. Lenin: *Un paso adelante, dos pasos atrás. Respuesta de N. Lenin a Rosa Luxemburg*. En: *Werke*. Vol. 7, p. 484.)

[35] En Inglaterra, son los fabianos los más fervientes defensores de la centralización burocrática y los que se oponen a las formas democráticas de organización. Especialmente los Webb. *La ed.*

[36] El artículo de Lenin, *Un paso adelante, dos pasos atrás* (respuesta al artículo de Rosa Luxemburg titulado *Cuestiones de organización de la socialdemocracia rusa*) fue enviado a Kautsky para su publicación en *Die Neue Zeit*, órgano de la socialdemocracia alemana, pero Kautsky se negó a publicarlo.

[37] Ver en el folleto en ruso titulado *Nuestros malentendidos*, el artículo «R. Luxemburg contra Carlos Marx».

[38] *Montes de los Alpes berneses*. (Ed.)

[39] *Rabóchaia Gazeta* [*La Gaceta Obrera*]: órgano ilegal del grupo de los socialdemócratas de Kiev. Llegaron a publicarse dos números: el nº 1 (agosto de 1897) y el nº 2 (diciembre del mismo año). El I Congreso del POSDR había declarado a *Rabóchaia Gazeta* órgano oficial del partido. El periódico dejó de publicarse después del congreso, al ser destruida la imprenta por la policía y detenidos los miembros del Comité Central.

[40] El camarada Kautsky se manifestó en pro de la fórmula de Mártoff, alegando en apoyo de ella una razón de conveniencia. A esto diremos que, en primer lugar, en nuestro congreso este punto no se enjuició desde el punto de vista de la conveniencia, sino atendiendo a razones de principio. Así fue, en efecto, como planteó el problema el camarada Axelrod. En segundo lugar, el camarada Kautsky se equivoca si piensa que, en un régimen policíaco como el ruso, media una diferencia tan grande entre el hecho de pertenecer a una organización del partido y el de trabajar bajo el control de ella. Y, en tercer lugar, constituye un gran error empeñarse en comparar la situación que actualmente impera en Rusia con la que existía en Alemania bajo la vigencia de la ley de excepción contra los socialistas.

La ley de excepción contra los socialistas fue promulgada en Alemania en 1878. Se declaraban prohibidas en ella todas las organizaciones del partido socialdemócrata, las organizaciones obreras de masas y la prensa obrera, se confiscaban las publicaciones socialistas y se deportaba a los socialdemócratas. Dicha ley hubo de ser derogada en 1890, bajo la presión del movimiento obrero de masas.

[41] En el II Congreso del partido fueron elegidos para el C. C. Léngnik, Krzhizhanovski y Noskov. En octubre de 1903 se incorporaron al C. C., por cooptación, Zemliachka, Krasin, Essien y Gusárov. En noviembre del mismo año entró en el C. C. Lenin y fue incorporado por cooptación Gálperin. Durante los meses de julio a setiembre de 1904, se introdujeron nuevos cambios en la composición del C. C.: dos leninistas, Léngnik y Essien, fueron detenidos. Los conciliadores Krzhizhanovski y Gusárov presentaron su dimisión. Los miembros conciliadores del C. C. Krasin, Noskov y Gálperin, haciendo caso omiso de las protestas de Lenin, eliminaron ile-

galmente del C. C. a Zemliachka, partidaria de la mayoría, e incorporaron a él a tres conciliadores, Liubimov, Kárpov y Dubrovinski. Como resultado de todos estos cambios, la mayoría del C. C. pasó a manos de los conciliadores.

[42] Lenin se refiere aquí al acuerdo del C. C. de disolver el Buró del Sur del C. C., que hacía labor de agitación en pro de la convocatoria del III Congreso del partido.

[43] La editorial de publicaciones socialdemócratas de partido, de W. Bonch-Bruievich y N. Lenin, fue creada por los bolcheviques después que la Redacción menchevique de *Iskra* les cerró las columnas del periódico y se negó a publicar las declaraciones de las organizaciones y los miembros del partido que salían en defensa de los acuerdos del II Congreso y exigían la convocatoria del III Congreso del partido. En dicha editorial se publicaron una serie de trabajos dirigidos contra los mencheviques y los conciliadores: N. Lenin, *La campaña de los zemstvos y el plan de Iskra*; Galiorka, *¡Abajo el bonapartismo!*; Orlovski, *El Consejo contra el partido*, y otros.

[44] Condiciones de admisión de partidos obreros en la Internacional Comunista: los «21 puntos» de Lenin votados por el II Congreso (1º de julio-6 de agosto de 1920). Los puntos exigían la expulsión de los reformistas. (T.)

[45] Frente único con las demás fuerzas obreras, señaladamente la socialdemocracia. Política decidida por el III Congreso de la I. C. (1921). (T.)

[46] *Elend der Philosophie* [*Miseria de la filosofía*, ed. alemana], 109.

[47] *Massenstreik* [*La huelga general*], 47.

[48] *Ibid.*, 49. Sobre esta cuestión, así como acerca de otras que han de discutirse más adelante, *cfr.* el muy interesante artículo de J. Révais «Kommunistische Selbstkritik und der Fall Levi» [*La autocrítica comunista y el caso Levi*], *Kommunismus*, II, 15/16. Aquí no dispongo de espacio para una discusión detallada de ese trabajo.

[49] Sobre las consecuencias de esta situación *cfr.* la crítica de Lenin al folleto de Junius, así como la crítica a la actitud de la izquierda alemana; polaca y holandesa durante la guerra mundial (en *Contra la corriente*). Pero todavía el programa espartaquista trata en su esbozo del decurso de la revolución las tareas del proletariado de un modo muy utópico y sin mediar. *Bericht über den Gründungsparteitag der KPD* [*Informe acerca del Congreso fundacional del Partido Comunista de Alemania*], 51.

[50] Puede tomarse como ejemplo de una crítica metódicamente acertada, orientada a cuestiones de organización, la intervención de Lenin en el II Congreso del Partido Comunista de Rusia, en el que concibe centralmente la incapacidad de comunistas bien probados incluso en luchas anteriores a propósito de las cuestiones económicas, y concibe los errores concretos como meros síntomas. Es obvio que eso no disminuye en nada la energía de la crítica a los individuos.

[51] *Cfr.* el artículo anterior.

[52] *Cfr.* la polémica de Rosa Luxemburg contra la resolución presentada por David en Maguncia. *Massenstreik*, 59. También su exposición en el discurso programático del Congreso fundacional de la KPD sobre la «Biblia» del legalismo, el prólogo de Engels a *Las luchas de clases en Francia*, *loc. cit.*, 22 ss.

[53] Esta concepción no es meramente una consecuencia de lo que suele llamarse desarrollo lento de la revolución. Ya en el I Congreso [de la III Internacional] expresó Lenin el temor «de que las luchas se hagan tan tempestuosas que la conciencia de las masas obreras no pueda sostener la velocidad del proceso». También la concepción del programa espartaquista, según la cual el partido comunista se

niega a considerar suficiente para tomar el poder el hecho de que la «democracia» burguesa y socialdemócrata haya llevado a la sociedad a la catástrofe económica, parte de esa idea de que el hundimiento objetivo de la sociedad burguesa puede ocurrir antes de que se consolide en el proletariado la consciencia de clase revolucionaria. *Bericht über den Gründungsparteitag* [Informe del Congreso fundacional del Partido Comunista de Alemania], 56.

[54] En *Contra la corriente* [ed. alemana, 516-517] se encuentra un buen resumen de conjunto de sus tesis.

[55] Cfr. el artículo «Consciencia de clase».

[56] *Contra la corriente*, ed. alemana, 412.

[57] Con eso no pretendo afirmar que el problema esté definitivamente resuelto en Rusia. Por el contrario, el problema subsiste mientras dura la lucha contra el capitalismo. Lo que pasa es que en Rusia el problema tiene formas distintas (y previsiblemente más débiles) que en Europa, en razón de la menor influencia ejercida por las formas intelectuales y emocionales del capitalismo en el proletariado. Sobre el problema mismo cfr. Lenin, *Der Radikalismus* [El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo], ed. alemana, 92-93.

[58] *Anti-Dühring*, 306.

[59] Cfr. el artículo «El cambio funcional del materialismo histórico».

[60] *Terrorismus und Kommunismus* [Terrorismo y comunismo, ed. alemana], 82. No creo en absoluto casual —aunque, por supuesto, no hablo ahora filológicamente— que la polémica de Trotsky contra Kautsky utilice en un terreno político los elementos esenciales que usó Hegel en su polémica contra la teoría kantiana del conocimiento. Cfr. Hegel, *Werke* [Obras], XV, 504. Por lo demás, Kautsky ha sostenido más tarde explícitamente que las leyes del capitalismo son absolutamente válidas para el futuro, aun en la imposibilidad de conocer concretamente las tendencias del desarrollo. Cfr. *Die proletarische Revolution und ihr Programm* (La revolución proletaria y su programa), 57.

[61] *Klassenkämpfe* [Las luchas de clases en Francia], 85.

[62] Cfr. la metodología de la ética en Kant y en Fichte; la metodología solo, porque en la construcción práctica de esa ética se debilita esencialmente dicho individualismo. Fichte, sin embargo, subraya que la fórmula «limita tu libertad de tal modo que el semejante que está junto a ti pueda también ser libre» —tan emparentada con la de Kant— no tiene (en el sistema de Fichte) validez absoluta, sino solo «validez hipotética». *Grundlage des Naturrechts* [Fundamento del derecho natural], § 7, IV, *Werke* [Obras] (nueva edición), II, 93.

[63] *Anti-Dühring*, 174 ss., particularmente 176.

[64] *Wirtschaft und Gesellschaft* [Economía y sociedad], 169.

[65] En las tesis organizativas del III Congreso (II, 6) se encuentra una buena descripción de estas formas de organización. En ellas se las compara muy acertadamente con la organización del estado burgués.

[66] *Ursprung* [El origen de la familia, de la propiedad privada y del estado], 164.

[67] *Kritik des Gothaer Programmes* [Crítica del programa de Gotha de la socialdemocracia alemana], ed. de Karl Korsch, 26-27.

[68] *Der «Radikalismus» die Kinderkrakheit des Kommunismus* [El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo]. 6-7.

[69] «Klasse, Partei, Führer» [*Clase, partido, dirigentes*], *Die internationale*, Berlín 1922, IV, 22.

[70] Véase sobre este concepto el artículo «Consciencia de clase».

[71] *Sozialdemokratische Partei Deutschland*, Partido Socialdemócrata de Alemania.

[72] Sobre la relación entre objetivo final y acción inmediata *cfr.* el artículo «¿Qué es el marxismo ortodoxo?».

[73] Expresión militar prusiana.

[74] «Puede aplicarse, con las modificaciones correspondientes, a la política y a los partidos lo que se dice de los individuos. No es inteligente el que no comete errores, pues no hay ni puede haber hombres así. Inteligente es el que no comete errores particularmente esenciales y sabe además corregir fácil y rápidamente los que comete». Lenin, *Der Radikalismus*, etc., [*El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*], 17.

[75] *Ibid.*, 80.

[76] Ya las discusiones acerca del problema de la acumulación giran en torno de este punto. Aún más les ocurre eso a las discusiones acerca de la guerra y el imperialismo. *Cfr.* Zinóviev contra Kautsky en *Contra la corriente*, ed. alemana, 321. Y de modo especialmente claro en la intervención de Lenin en el II Congreso del Partido Comunista de Rusia a propósito del capitalismo de estado: «Un capitalismo estatal de la forma del que hoy tenemos entre nosotros no aparece analizado por ninguna teoría ni en ninguna bibliografía por la sencilla razón de que todas las representaciones asociadas con esas palabras se adaptan al gobierno burgués y al orden social capitalista. Nosotros, en cambio, tenemos un orden social que ha abandonado ya los raíles del capitalismo, pero no ha llegado aún a ninguna vía nueva, pues este estado no está dirigido por la burguesía, sino por el proletariado. Y de nosotros, del partido comunista y de la clase obrera, depende la naturaleza que vaya a tener este capitalismo estatal».

[77] *Cfr.* sobre esto el artículo «La cosificación y la consciencia del proletariado».

[78] Léase sobre esto la interesantísima sección acerca de la prensa del partido de las Tesis sobre organización de III Congreso. En el punto 48 se formula con toda claridad esa exigencia. Pero toda la técnica de la organización —por ejemplo la relación de la fracción parlamentaria con el Comité Central, la alternancia del trabajo legal y trabajo ilegal, etc.— está basada en este principio.

[79] *Cfr.* al respecto la intervención de Lenin en el Congreso Panruso de los Obreros Metalúrgicos, 6-III-1922, así como la del II Congreso del Partido Comunista de Rusia acerca de las consecuencias organizativas para el partido de la Nueva Política Económica.

[80] *Cfr.* artículo de Lenin en *Pravda*, 21-1X-1921. Es obvio sin más que esta medida organizativa ha sido al mismo tiempo una medida táctica espléndida para elevar la autoridad del partido comunista, para consolidar sus relaciones las masas trabajadoras.

[81] *Anti-Dühring*, 191.

[82] *Nachlass* [*Póstumos*] I, 382-383. (*Cursiva mía*).

[83] *Cfr.* el artículo «Consciencia de clase».

AL LECTOR

La Editorial quedará muy agradecida si le comunica su opinión de este libro que le ofrecemos, informa de erratas, problemas en la traducción, presentación o de algún aspecto técnico, así como cualquier sugerencia que pudiera tener para futuras publicaciones.

DANIEL BENSAÏD Y ALAIN NAIR

A propósito de la cuestión de organización: Lenin y Rosa Luxemburg

ROSA LUXEMBURG

Cuestiones de organización de la socialdemocracia rusa

VLADIMIR I. LENIN

Un paso adelante, dos pasos atrás

GEORG LUKÁCS

Observaciones metodológicas sobre el problema de la organización
Legalidad e ilegalidad

